UNA NOVELA DE MISTERIO HISTÓRICO ACOGEDOR DE LOS AÑOS 20 DE PUREREAD

ASESINATO EN EL JARDÍN DE LA MANSIÓN



LOS MISTERIOS DE LADY ASHCOMBE

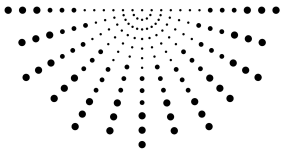
FELICITY PENN

ASESINATO EN EL JARDÍN DE LA MANSIÓN

UN MISTERIO HISTÓRICO DE ÉPOCA EN LA INGLATERRA DE LOS AÑOS VEINTE

LOS MISTERIOS DE LADY ASHCOMBE

LIBRO DOS



FELICITY PENN

PUREREAD.COM

Copyright © 2026 PureRead Ltd

www.pureread.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sin el permiso previo por escrito.

Nota del editor: Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor. En ocasiones se utilizan localidades y nombres públicos con fines ambientales. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con negocios, empresas, eventos, instituciones o localidades es pura coincidencia.

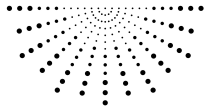
ÍNDICE

1. EL JARDÍN SALVAJE
2. El escenario perfecto
3. Secretos ocultos
4. Una propuesta interesante
5. El señor Alistair Finch
6. Archibald Goodfellow
7. Profundidades ocultas
8. Excavaciones
9. Fiebre del tesoro
10. Little Codding
11. Una oda al viejo Silas
12. La sociedad histórica
13. Donde está tu tesoro
14. Una visitante inesperada
15. Lady Constance
16. Interés aristocrático
17. Un reencuentro animado
18. Asuntos pendientes
19. Debacle en una jornada de cacería
20. Encuentros nocturnos
21. Barty Bloom
22. El viejo roble
23. La persecución
24. TIERRA MALDITA
25. Una muerte de lo más sospechosa
26. Extraña simetría
27. La sala de investigación
28. POR EL CAMINO DEL JARDÍN
29. El cobertizo de herramientas
30. MILES
31. Investigación post mórtem

32. LA CONFESIÓN DEL SEÑOR GOODFELLOW
33. EL DISPOSITIVO DE DETECCIÓN ESPECTRAL MARK III
34. La excusa de Pettigrew
35. SEÑORITA PUMBLE
36. Un peligroso doble engaño
37. Todo bien atado
38. Investigaciones espiritistas
39. El recorrido de la maldición
40. El suelo recuerda
41. Hallazgos del incinerador
42. LA SALA DEL DUELO
43. La última pieza del rompecabezas
44. LA VERDAD ELÉCTRICA
45. BLOOM
46. ¿Un conspirador local?
47. ¿Es el señor Goodfellow un buen hombre?
48. La dama del jardín
49. ¿Un rencor mezquino?
50. LA TRÁGICA VERDAD SALE A LA LUZ
51. El secreto del viejo Silas
52. Un caso complejo
53. Después de la tormenta
54. Una Connie arrepentida
55. El Señor provee
56. Epílogo

1

EL JARDÍN SALVAJE



Lady Cecily Ashcombe estaba de pie con las manos en las caderas, examinando la maraña silvestre de lo que los registros de la finca denominaban con optimismo "el Jardín Salvaje". El sol de finales de octubre proyectaba largas sombras entre las retorcidas ramas del roble, iluminando una escena de magnífico abandono. Las zarzas se enroscaban alrededor de antiguas urnas de piedra, la hiedra estrangulaba estatuas que alguna vez fueron elegantes, y lo que podrían haber sido canteros ornamentales ahora se asemejaban a junglas en miniatura.

—Debí haber traído un machete en lugar de tijeras de podar —murmuró, limpiándose la frente con dedos manchados de tierra. Su práctica falda de tweed y botas resistentes, claramente poco elegantes en comparación con los vestidos frágiles que adornaban actualmente a la sociedad londinense, eran perfectas para tales expediciones. La guerra le había enseñado muchas cosas, sobre todo el valor del calzado práctico.

Pip, su terrier Jack Russell, corría entre los rosales descuidados, su pelaje desaliñado se volvía una mancha borrosa contra el follaje oscuro. Emergió triunfante con lo que parecían ser los restos secos del guante de alguien, meneando la cola con la emoción del descubrimiento.

—Al menos uno de nosotros está disfrutando esta expedición —comentó Cecily, metiendo un mechón rebelde de cabello castaño rojizo bajo su gastado sombrero cloché. Inhaló profundamente, recordándose saborear la alegría de estar al aire libre, en la creación de Dios, aunque estuviera un poco descuidada.

—¡Mi lady! —la voz de la señora Fotheringill resonó por el jardín. El ama de llaves se acercó con el andar cuidadoso de alguien navegando un campo minado, con la expresión que Cecily ya reconocía: la de «lady Cecily está haciendo algo inapropiado otra vez».

—¿Sí, señora Fotheringill? —Cecily se volvió, las tijeras de podar todavía en la mano.

—Debo insistir en que reconsidere esta... noción de jardinería —pronunció la palabra «jardinería» como si fuera una condición médica particularmente desagradable—. Especialmente en esta parte de los terrenos. No es apropiado que la señora de la casa ande revolviendo la tierra como una...

—¿Como una hija de vicario? —sugirió Cecily con una sonrisa irónica.

Los labios de la señora Fotheringill se apretaron hasta casi desaparecer.

—Iba a decir «obrera común», mi lady.

—Fui enfermera voluntaria de la VAD durante la guerra, señora Fotheringill. Después de los hospitales de campaña, unas cuantas zarzas no son para tanto. Además —añadió, señalando hacia la extensión crecida—, si vamos a devolver a Ashcombe algo que se asemeje a su antigua gloria, alguien tiene que tomar cartas en el asunto.

—Hay jardineros para tales tareas —respondió la señora Fotheringill rígidamente, abriendo de golpe su reloj de bolsillo como para

verificar precisamente cuántos minutos de luz diurna estaba malgastando lady Cecily en esta empresa descabellada.

—A quienes no podemos permitirnos contratar en cantidad suficiente —le recordó Cecily gentilmente—. No hasta que se repare el techo del ala norte, al menos.

—No es solo la impropiedad, mi lady —la señora Fotheringill bajó la voz, mirando alrededor como si las estatuas pudieran estar escuchando—. Este jardín en particular tiene... una reputación.

Cecily levantó una ceja.

—¿Una reputación? ¿A qué se refiere?

El ama de llaves juntó las manos con recato a la altura de la cintura.

—No me corresponde hablar de tales cosas.

—Y sin embargo, me encuentro extraordinariamente curiosa acerca de qué cosas podrían ser —respondió Cecily secamente.

La señora Fotheringill hizo un mohín de desaprobación.

—El viejo Silas, mi lady. Dicen que su espíritu todavía ronda estos terrenos.

—¿El viejo Silas?

—El jardinero jefe, en tiempos de su bisabuelo. Un hombre peculiar con costumbres peculiares —la mirada del ama de llaves se desvió hacia el antiguo roble que dominaba el centro del jardín—. La leyenda dice que lo encontraron justo allí, entre esas zarzas, muerto de golpe, con el rostro petrificado por el terror.

Cecily siguió su mirada hacia el enorme roble, sus ramas retorcidas se extendían por el jardín como dedos artríticos. El matorral de zarzas debajo de él parecía particularmente denso y sombrío.

—Un escenario de lo más gótico —comentó Cecily—. Y supongo que hay una maldición involucrada de alguna manera. Generalmente la

hay en estos relatos.

—No es un asunto de broma, mi lady —la voz de la señora Fotheringill bajó a un susurro escandalizado—. Dicen que había descubierto oro, un tesoro antiguo enterrado en los terrenos. Y que su espíritu lo custodia todavía, castigando a quien ose perturbar su descanso —se persignó apresuradamente—. Supersticiones de la gente del pueblo, por supuesto. Puras tonterías. Pero aun así...

—«El Señor no nos ha dado espíritu de temor» —citó Cecily con una sonrisa irónica—, «sino de poder, de amor y de dominio propio».

—2 Timoteo, capítulo 1 —asintió la señora Fotheringill con aprobación—. Su padre estaría orgulloso, mi lady. Aunque me atrevería a decir que hasta él se lo habría pensado dos veces antes de perturbar el lugar de descanso del viejo Silas.

Pip eligió ese momento para romper a ladrar frenéticamente desde algún lugar en lo profundo de la maleza.

—¡Pip! —llamó Cecily, procurando no sonar alarmada—. ¡Ven aquí ahora mismo!

Como no apareció ningún terrier blanco, Cecily suspiró y echó a andar hacia las zarzas. La señora Fotheringill le sujetó el brazo con una fuerza sorprendente.

—Por favor, mi lady. Deje que uno de los jardineros vaya por él. O quizá el señor Penrose…

—No sea tonta —dijo Cecily, soltándose con suavidad de la mano del ama de llaves—. Seguramente encontró una madriguera de conejo o una bota vieja. Apartó una cortina de zarzas, e hizo una mueca al sentir las espinas engancharse en sus guantes de jardinería—. ¡Pip! ¡No es momento para bromas!

A su derecha se oyó un crujido entre el follaje, y Cecily se volvió justo cuando Pip irrumpió entre la maleza, arrastrando una maraña de zarzas y visiblemente asustado. Su habitual seguridad vivaz había

desaparecido. Con las orejas gachas, corrió hacia Cecily con un quejido.

—Cielos, ¿qué te pasa? —Cecily se arrodilló para examinar a su perro, que se apretó contra sus faldas, con los ojos vueltos nerviosamente hacia el roble—. Parece como si hubieras visto un fantasma.

La señora Fotheringill volvió a persignarse.

—Ha visto algo, mi lady. Los animales tienen un sentido especial para estas cosas. Mi abuela siempre decía que los perros pueden ver lo que los ojos humanos no ven.

—Más bien habrá visto una ardilla particularmente agresiva —replicó Cecily, aunque no pudo evitar notar el temblor poco habitual en el pequeño cuerpo de Pip.

Lo alzó, zarzas espinosas y todo, y se enderezó.

—Quizá dejemos el Jardín Salvaje para otro día.

Cuando se volvieron hacia la casa, el repique distante del timbre de la puerta resonó por toda la finca.

—Debe de ser el canónigo —dijo la señora Fotheringill—. Mencionó que tal vez pasaría esta tarde para hablar del festival de la cosecha de la parroquia.

Cecily asintió, agradecida por la distracción.

—Entonces no lo hagamos esperar.

—¿Quiere que le diga al señor Digby que sirva el té en el salón azul?

—En el invernadero, creo. Hace un día tan bonito.

La expresión de la señora Fotheringill sugería que servir el té en el invernadero era apenas un poco más respetable que servirlo en los establos, pero asintió con rigidez.

—Como desee, mi lady. Aunque quizá el canónigo Bott prefiera la formalidad del salón.

—El Canónigo Bott sobrevivirá a la indignidad de tomar el té entre los helechos —dijo Cecily con una sonrisa—. Sospecho que Nuestro Señor mismo habría preferido el jardín al templo en un día como este.



Mientras regresaban a la casa, Cecily lanzó una última mirada por encima del hombro a la maraña salvaje del jardín. Por un instante, podría haber jurado que vio un destello de movimiento bajo el viejo roble. Una sombra donde no debía haber ninguna. Luego Pip se removió en sus brazos y, cuando volvió a mirar, no vio más que la luz del sol salpicando el follaje crecido.

—Ese lugar es nido de chismes y supersticiones —murmuró la señora Fotheringill—. Nunca sale nada bueno de revolver el pasado, si quiere mi opinión.

—Al contrario —replicó Cecily—, a menudo he comprobado que sacar las cosas a la luz es la manera más segura de disipar las sombras, imaginarias o no.

El ama de llaves hizo un ruidito inespecífico que, de algún modo, logró transmitir décadas de profundo escepticismo.

—Además —añadió Cecily con deliberada ligereza—, si de verdad hay oro escondido en ese jardín, a Ashcombe Hall le vendría muy bien. El techo no va a repararse solo, y las cuentas de la finca están… —Hizo una pausa, buscando una forma delicada de describir una ruina financiera inminente.

—Un desastre —completó la señora Fotheringill con una franqueza sorprendente—. Sí, mi lady, el personal está perfectamente al tanto.

El señor Digby ha estado racionando el betún para muebles gota a gota.

Cecily procuró no sonreír ante la imagen de su mayordomo midiendo el betún con precisión científica.

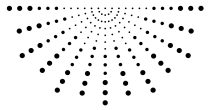
—Entonces quizá un poco de caza de fantasmas sea justo lo que necesitamos.

—Espero que esté bromeando, mi lady.

La única respuesta de Cecily fue un murmullo evasivo mientras cruzaban la terraza, con Pip todavía temblando levemente en sus brazos.

2

EL ESCENARIO PERFECTO



El canónigo Alistair Bott era el habitual ovillo de energía nerviosa, encaramado al borde de una silla de mimbre en el invernadero como si estuviera listo para salir huyendo en cualquier momento. Su alzacuello parecía estar librando una batalla perdida contra su prominente manzana de Adán, que subía y bajaba de forma alarmante mientras aceptaba una taza de té del señor Digby.

—Gracias, Digby —logró decir; su atención ya estaba fija en Cecily cuando ella entró con Pip todavía en brazos—. ¡Lady Cecily! Justamente estaba admirando su magnífica aspidistra. Un follaje tan… robusto.

La expresión del señor Digby permaneció impasible, aunque Cecily detectó una leve contracción en la comisura de su boca que, en su caso, equivalía a una diversión extrema. La planta en cuestión era, en efecto, robusta: había sobrevivido tanto al descuido del conde anterior como a la poda agresiva de la señora Fotheringill.

—Gracias, canónigo —dijo Cecily, acomodándose en un sillón de mimbre y soltando a Pip, que de inmediato buscó refugio debajo—. Me temo que el Jardín Salvaje no está en tan buenas condiciones. De hecho, justo le estaba contando a la señora Fotheringill mis planes para restaurarlo.

—¡Ah, el Jardín Salvaje! —el canónigo Bott se inclinó hacia adelante con entusiasmo—. Es un sitio fascinante. Tengo entendido que encierra mucho interés histórico.

El señor Digby tosió discretamente.

—Si me permite añadir, mi lady, la historia del viejo Silas es una de las leyendas más persistentes asociadas con Ashcombe Hall. Creo que incluso hay menciones de ella en los registros de la parroquia.

Cecily enarcó una ceja.

—¿De verdad? Me gustaría verlos.

—Por supuesto, mi lady. Haré que los lleven a la biblioteca.

Con una reverencia calculada al milímetro, el señor Digby se retiró, y Cecily volvió a preguntarse cómo lograba aquel hombre moverse tan silenciosamente por un piso de tablas crujientes.

—¿El viejo Silas? —Los ojos del canónigo Bott se abrieron mucho—. ¿El jardinero que tuvo ese… ah… desafortunado final?

—Entonces sí conoce la historia —dijo Cecily, mientras revolvía una cucharadita de azúcar en el té.

—Solo vagamente —dijo el canónigo en voz baja, en un tono confidencial que contrastaba con la luminosidad del invernadero—. Lo encontraron muerto entre las zarzas, ¿no? Algunos dicen que fue una maldición.

Lanzó una mirada nerviosa a su alrededor, como si esperara que un ejército de jardineros vengativos se materializara entre las palmeras en maceta.

—Según la señora Fotheringill —respondió Cecily—, aunque sospecho que la historia ha crecido bastante con cada versión.

—Oh, sin duda —convino el canónigo Bott, aunque su mirada seguía desviándose con inquietud hacia las ventanas—. Aun así, no

conviene descartar por completo el folclore local. A menudo hay un grano de verdad sepultado bajo los… adornos de la historia.

—¿Como el famoso oro? —preguntó Cecily con inocencia.

La taza del canónigo repiqueteó contra el platillo.

—¿Oro? No había oído ese detalle en particular. ¡Qué fascinante!

—¿Verdad que sí? Al parecer, el viejo Silas descubrió alguna clase de tesoro en los terrenos, y ahora su fantasma lo custodia celosamente.

—Como hombre de la Iglesia, la idea de las maldiciones me resulta más bien… bueno, teológicamente cuestionable —dijo el canónigo Bott, ajustándose el alzacuello—. Aunque, desde un punto de vista narrativo, es de lo más sugestiva. El espíritu vengativo, el tesoro escondido…

Su voz se apagó con aire soñador antes de recobrarse.

—Pero, por supuesto, tales historias no son más que supersticiones.

—Y, sin embargo, resultan notablemente eficaces para mantener a la gente alejada de ciertos lugares —observó Cecily, ofreciéndole una galleta de mantequilla al canónigo, que la tomó con un asentimiento abstraído.

El canónigo parpadeó.

—No había considerado ese aspecto. ¿Cree que la maldición podría ser una invención destinada a disuadir la curiosidad?

—Es una posibilidad que vale la pena considerar —dijo Cecily, partiendo un pedacito de galleta para Pip, que por fin se había serenado lo suficiente para salir de debajo de la silla—. La gente suele invocar lo sobrenatural cuando tiene algo muy terrenal que ocultar.

—Qué cinismo tan fascinante —murmuró el canónigo Bott, con los ojos como platos—. Sería una premisa magnífica para un…

Se interrumpió bruscamente, mientras el color le subía a las mejillas.

—¿Un sermón? —sugirió Cecily con inocencia.

—Sí, exactamente. Un sermón sobre los… ah… peligros de la superstición.

Dio un apresurado sorbo a su té.

—¿Quizá podría ver ese jardín por mí mismo? Puramente en interés del cuidado pastoral, comprenderá. Si mis feligreses andan preocupándose por maldiciones, debería estar debidamente informado.

Cecily sonrió.

—Por supuesto. Con gusto se lo mostraré después del té. Aunque debo advertirle que está bastante crecido. Tal vez prefiera dejar aquí su buen abrigo.

—Oh, no le tengo miedo a unas cuantas zarzas —dijo el canónigo Bott con una temeridad propia de quien nunca se había enfrentado a la variedad particularmente feroz de Ashcombe—. ¡Adelante!

Veinte minutos después, estaban al borde del Jardín Salvaje; el canónigo Bott aferraba el sombrero con nerviosismo mientras contemplaba la extensión invadida por la maleza que se abría ante ellos.

—Desde luego, tiene... ambiente —comentó—. Casi podría imaginarse… ¡Santo cielo!

Su exclamación coincidió con un estallido repentino y violento de agua que brotó de una fuente de piedra medio oculta entre el follaje. El chorro se elevó casi dos metros en el aire y golpeó al canónigo de lleno en el pecho, salpicándole además el ya húmedo cuello clerical.

—¡Oh! Mil disculpas —Cecily se mordió el labio, tratando de no reírse ante la expresión de desconcierto del canónigo mientras chorreaba

sobre el sendero de grava—. Supongo que eso habrá sido cosa del señor Goodfellow. Ha estado trabajando en restaurar las viejas fuentes.

Como si lo hubieran convocado sus palabras, una figura robusta con un mono manchado de aceite apareció detrás de la fuente, secándose las manos con un trapo. El rostro rubicundo, tan de Yorkshire, de Archibald Goodfellow se encendió hasta un rojo mortificado al ver al eclesiástico empapado.

—Perdone, mi lady, reverendo —llamó, apresurándose hacia ellos—. El maldito cuadro de interruptores está fallando otra vez. Esta mañana logré poner en marcha la fuente del norte, pero ahora parece que crucé mal los cables y también eché a andar la del oeste.

Cecily le tendió su pañuelo al canónigo Bott, que lo aceptó con una sonrisa débil.

—Permítame presentarle al señor Archibald Goodfellow. Es nuestro asesor para la modernización de la finca.

—Encantado —dijo el canónigo Bott, empapado.

—Señor Goodfellow, este es el canónigo Bott, nuestro pastor local y sucesor de mi padre.

—Mucho gusto, señor. Disculpe el remojón. —Archibald se tocó la gorra— He estado tendiendo un cable provisional desde la caseta del generador para probar las nuevas bombas, pero está resultando más complicado de lo que creía. Estos sistemas viejos tienen peor genio que el gato de mi mujer.

Cecily siguió la dirección de su gesto y frunció el ceño al ver un cable eléctrico serpenteando por el suelo hacia el Jardín Salvaje.

—¿Ese cable es seguro, señor Goodfellow? Se ve un poco… expuesto.

—Sí, no es lo ideal —admitió Archibald—. Voy a enterrarlo como es debido en cuanto ponga en orden los circuitos. Es solo temporal.

Aunque no recomendaría andar por ahí cerca de él con los zapatos mojados. Lanzó una mirada significativa a los zapatos empapados del canónigo.

El canónigo Bott se apartó con premura del cable, a punto de perder el equilibrio sobre la grava resbaladiza.

—Tal vez deberíamos continuar el recorrido en otro momento, lady Cecily. Me encuentro un tanto… en desventaja.

—Por supuesto —convino Cecily—. El señor Digby podrá conseguirle algo seco para que se cambie antes de que regrese a la vicaría.

Cuando se volvieron para marcharse, el canónigo Bott lanzó una última mirada hacia el viejo roble.

—Debo decir que este jardín suyo sería un escenario magnífico para mi próximo… sermón.

—¿De veras? —Cecily mantuvo el rostro cuidadosamente neutro.

Sabía perfectamente que los «sermones» del canónigo Bott solían terminar en las novelas policíacas que publicaba bajo el seudónimo de Silas Bellweather, aunque su vida secreta como escritor todavía le aguijoneaba la conciencia.

El rostro del canónigo se tiñó de un rojo intenso.

—Sí, bueno, hay que mantener a la congregación atenta, ¿no le parece? Aunque, desde luego —añadió apresuradamente, ajustándose el cuello empapado—, lo presentaría puramente como una lección moral contra la superstición, no como… entretenimiento.

—Por supuesto —respondió Cecily, notando cómo sus ojos se quedaban fijos en el roble con un brillo de inspiración.

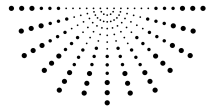
Los dedos le temblaron ligeramente, como si ya estuvieran buscando una pluma para atrapar sus ideas.

Regresó a la casa chapoteando miserablemente, murmurando sobre «una atmósfera excelente» y «el escenario perfecto para un

asesinato», antes de añadir apresuradamente: «…del que sacar parábolas morales, claro está». Su expresión revelaba que en ese momento le interesaba mucho más tramar una historia que salvar almas, una debilidad por la que más tarde se sentiría culpable, incluso mientras añadía otro capítulo a su manuscrito más reciente.

3

SECRETOS OCULTOS



Más tarde esa noche, Cecily estaba sentada en la biblioteca con el libro de cuentas de la finca abierto frente a ella, una columna de cifras que se desdibujaba ante sus ojos cansados. El cálido resplandor de la lámpara de lectura apenas lograba penetrar las sombras crecientes a medida que caía la noche, y se encontró encendiendo una segunda lámpara para disipar la penumbra.

Los números no cuadraban, por más que los reordenara. Entre los salarios del personal, las reparaciones esenciales del techo y los costos de mantenimiento aparentemente interminables de la finca envejecida, los modestos ingresos de las granjas arrendatarias de Ashcombe se agotarían para Navidad. Ya había reducido su propia asignación doméstica a una miseria, vendido las perlas de su madre y pospuesto todas las renovaciones salvo las más críticas.

—¿Puedo entrar, mi lady?

Lucy Thompson permanecía vacilante en la puerta, con una carta en la mano.

Cecily sonrió con calidez, agradecida por la interrupción.

—Por supuesto, Lucy. ¿Es de tu tía?

La muchacha asintió, acercándose al escritorio con tímido entusiasmo. Próxima a cumplir dieciséis años, Lucy se comportaba con una gravedad impropia de su edad, aunque sus ojos aún conservaban la confianza sin reservas de la infancia. Su vestido sencillo y su rebeca cuidadosamente remendada de alguna manera le sentaban mejor a sus delicados rasgos de lo que podría haberlo hecho cualquier vestido a la moda.

—Llegó con el correo de hoy. ¿Se la leo? La tía Marjorie pregunta por usted.

—Me encantaría.

Cecily cerró el libro de cuentas quizás con más fuerza de la necesaria, aliviada por cualquier excusa para dejar de mirar las cifras menguantes.

Lucy desdobló cuidadosamente la carta, con la marca de agua de la prisión visible a la luz de la lámpara. Se aclaró la garganta y comenzó a leer:

> «Mi querida Lucy,

>

> La vida detrás de estos muros grises continúa con su peculiar ritmo. La señora Winchcombe, mi vecina en la celda adyacente, ha comenzado a tejer, aunque lo que produce se parece más a redes de pesca que a prendas de vestir. El guardián confiscó sus agujas ayer, convencido de que podían usarse para fugarse. Sugerí que era más probable que fueran un riesgo para el buen gusto, lo que me ganó una hora extra de estudio bíblico. Quizás Proverbios 21:23 fue incluido específicamente para mi beneficio: "El que guarda su boca y su lengua, su alma guarda de angustias".»

Lucy soltó una risita, y Cecily se sorprendió sonriendo ante la imagen mental de Marjorie Blight, antigua sombrerera del pueblo y envenenadora convicta, criticando el tejido carcelario.

> «Tenemos una nueva reclusa, una mujer fascinante llamada Dorothy que insiste en que es la legítima duquesa de no-sé-qué. Intenta dar órdenes a los guardias como si fueran lacayos y se dirige a mí como "mi buena mujer". Aún no he tenido el valor de decirle que mi crimen involucró mucha más creatividad que su mera falsificación de cheques. La pobre querida lloró ayer cuando sirvieron gachas de avena para el desayuno. Me temo que la prisión será una cruda realidad para Su Gracia Autoproclamada.»

—Oh, cielos —murmuró Cecily, aunque no pudo evitar reírse.

Lucy continuó, su voz volviéndose más animada mientras imitaba el distintivo estilo narrativo de su tía:

> «El capellán de la prisión continúa hablando de redención, aunque no estoy del todo convencida de que él mismo crea en ella. Sin embargo, me encuentro recurriendo con más frecuencia a los Salmos estos días. Hay algo reconfortante en la honestidad de David con Dios, su disposición a llevar tanto la alegría como la desesperación ante el Señor. Supongo que así se ve el verdadero arrepentimiento: no simplemente lamentar las consecuencias, sino un genuino cambio de corazón.»

Lucy hizo una pausa, su expresión suavizándose.

> «Por favor, transmite mi más profunda gratitud a lady Cecily por su bondad al permitir que estas cartas continúen. En mis momentos más oscuros, saber que estás cuidada me trae más paz de la que merezco. Rezo a diario para que mis acciones no hayan proyectado una sombra demasiado larga sobre tu futuro.»

La carta concluía con calidez y algunas preguntas domésticas, firmada con la mano característicamente extravagante de Marjorie. Cuando Lucy terminó de leer, volvió a doblar cuidadosamente el papel.

—Parece estar bien —comentó Cecily.

—Sí, mi lady. Mejor que el mes pasado, creo.

Lucy vaciló.

—Le preocupa abusar de su generosidad.

—Tonterías —dijo Cecily con firmeza—. Tu lugar está aquí mientras lo desees. Le hice esa promesa a tu tía y tengo la intención de cumplirla.

—Gracias, mi lady.

La sonrisa de Lucy era tímida pero genuina.

—¿Le escribirá pronto? Creí que tal vez le gustaría oír acerca del Jardín Salvaje. A la tía Marjorie siempre le encantaban las buenas historias de fantasmas.

Cecily se rió entre dientes.

—No me cabe duda. Sí, escribiré mañana, y usted también puede agregar su propia carta.

Vaciló un instante y luego añadió:

—Su tía tiene muy buen ojo para los detalles. Quizá pueda aportar alguna idea sobre las viejas historias del pueblo acerca de tesoros enterrados.

Los ojos de Lucy se abrieron de par en par.

—No creerá de verdad que hay oro en el jardín, ¿verdad?

—Probablemente no —admitió Cecily con una sonrisa—. Pero han pasado cosas más extrañas. Y, desde luego, Ashcombe agradecería un milagro financiero.

Cuando Lucy se hubo marchado, Cecily volvió a abrir el libro de cuentas con un suspiro. El legado del conde había sido de una generosidad pasmosa… o de una falta de juicio espectacular, según cómo se viera. Fuera como fuese, ahora Cecily se encontraba al frente de una finca que se caía a pedazos, con mucha más historia que solvencia.

Un suave golpe en la puerta interrumpió sus cálculos. Elsie Pickering entró con una bandeja de té equilibrada con pericia sobre una mano.

—Pensé que quizá necesitaría algo más fuerte que té, mi lady —dijo, dejando la bandeja para revelar un pequeño decantador de líquido ámbar junto a la tetera.

—Elsie, me lee el pensamiento.

Cecily le sonrió agradecida a su doncella, aunque «doncella» apenas bastaba para abarcar el papel que Elsie había desempeñado en su vida desde los días de infancia en la vicaría.

—No hace falta leerle el pensamiento para ver que está frunciendo el ceño sobre esos libros.

Elsie sirvió con discreción una medida modesta de brandy en una taza de té.

—Por cierto, el personal está de lo más alborotado. La aventura de Pip entre las zarzas ha puesto a todo el mundo a chismear desde aquí hasta el pueblo.

Cecily aceptó la taza y alzó una ceja.

—No me diga que de verdad creen en ese disparate de la maldición, ¿o sí?

—Oh, más que creer en ella, la agrandan a cada minuto.

Elsie se acomodó en el borde de una silla con la confianza cómoda de muchos años de trato.

—Según Cook, Old Silas no solo encontró oro: se lo robó de la bóveda de la familia Ashcombe, y por eso su fantasma está atrapado en el jardín. Castigo eterno, dice, como algo sacado de Dante.

—¿Y la versión del señor Digby?

—Mucho más digna. Según él, Silas era un genio incomprendido que desarrolló técnicas revolucionarias de jardinería demasiado

avanzadas para su época. Una especie de Tesla botánico, por así decirlo.

Cecily soltó una carcajada.

—¿Y la señora Fotheringill?

—Afirma que Silas fue fulminado por el juicio divino tras practicar rituales paganos bajo el Viejo Roble.

Los ojos de Elsie brillaban de diversión.

—Aunque también le echa la culpa a influencias extranjeras, así que no estoy del todo segura de la coherencia de su teología. Está convencida de que trajo de vuelta del Continente «prácticas impropias».

—¿Y usted qué piensa? —preguntó Cecily, dando un sorbo a su té con brandy.

Elsie lo meditó un momento.

—Creo que a la gente le gustan las buenas historias, sobre todo las que explican aquello que la asusta.

Se alisó el delantal, ya de por sí impecable.

—Y creo que Pip se topó con algo más sustancioso que historias de fantasmas en ese zarzal. Lleva toda la noche con un hipo de lo más raro.

—¿De veras?

El interés de Cecily se avivó.

—Debería verlo antes de acostarme.

—Eso ya está resuelto, mi lady. Mary le dio un poco de pan y leche. Ahora está hecho un ovillo sobre su cama, la perfecta imagen de un perro satisfecho.

Elsie se enderezó y retomó una postura más correcta.

—¿Desea algo más, mi lady?

—No, gracias, Elsie.

Cecily sonrió con afecto a su amiga más antigua.

—Aunque tal vez podría pedirle al señor Digby que traiga esos registros parroquiales que mencionó. Si van a perseguirme jardineros antiguos, al menos me gustaría conocer los detalles.

Cuando Elsie se fue, Cecily se acercó casi sin pensarlo a la ventana. La luna creciente derramaba una luz plateada sobre los terrenos y, a lo lejos, la silueta del Viejo Roble se alzaba como un centinela contra el cielo nocturno. El Jardín Salvaje yacía en sombras, misterioso y extrañamente fascinante.

Si el legendario oro del viejo Silas existía, podría resolver de un solo golpe los problemas financieros de Ashcombe. La precaria situación económica de la finca hacía que la posibilidad resultara muy tentadora, maldición o no. Y si no había tesoro, bueno… al menos un jardín restaurado aumentaría el encanto de Ashcombe y quizá atraería visitantes de pago.

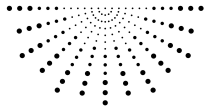
Fuera como fuese, decidió Cecily, al día siguiente empezaría a desenredar los secretos del Jardín Salvaje, comenzando por esos registros parroquiales. Alguien se había tomado muchas molestias para desalentar el interés por aquel rincón descuidado de la finca. Y, por experiencia, Cecily sabía que donde había humo por lo general había algo muy concreto —aunque no necesariamente sobrenatural — ardiendo por debajo.

—«La verdad los hará libres» —murmuró, y las conocidas palabras de Juan le dibujaron una sonrisa en los labios.

Aprobara o no el fantasma del viejo Silas, había llegado la hora de sacar los secretos de Ashcombe a la luz.

4

UNA PROPUESTA INTERESANTE



La luz de la mañana se filtraba por las ventanas emplomadas de la biblioteca, proyectando patrones de diamante sobre el antiguo escritorio de roble donde Cecily había extendido una colección de registros parroquiales. El señor Digby había cumplido su palabra con creces: no solo había traído los documentos prometidos, sino también varios volúmenes encuadernados en cuero con los archivos de la finca, que olían a historia y a secretos.

Cecily se inclinó sobre las páginas desvaídas.

—El viejo Silas parece haber sido toda una leyenda local —murmuró, recorriendo con el dedo una página de letra menuda y enmarañada —. Según este registro parroquial de defunciones, era «Silas Winterbottom, jardinero jefe de Ashcombe Hall, que partió de esta vida de la manera más misteriosa el 14 de octubre de 1789».

El señor Digby, que había estado acomodando el servicio de té con precisión científica en una mesa cercana, hizo una pausa.

—«De la manera más misteriosa» —repitió—. Una anotación bastante inusual en un registro oficial.

—En efecto.

Cecily miró con más atención a través de sus lentes y siguió leyendo.

—«Hallado entre las zarzas del jardín oeste, con el rostro contraído en aparente terror. No se determinó causa evidente de muerte». Y luego hay una nota en otra letra: «Que esto sirva de advertencia para quienes buscan lo que no debe encontrarse».

—Excesivamente teatral —observó el señor Digby, con un tono que sugería que la teatralidad era un defecto moral equiparable a la mala educación en la mesa.

—Hay más.

Cecily hojeó otro documento: los registros de empleo de la finca.

—Silas Winterbottom trabajó en Ashcombe durante más de cuarenta años. Empezó como ayudante de jardinería y con el tiempo llegó a ser jardinero jefe. Lo curioso es la anotación de que estaba «educado por encima de su condición» y tenía «intereses peculiares en asuntos eléctricos y mecánicos».

—¿En 1789?

La ceja del señor Digby se elevó una fracción de pulgada; en él, aquello equivalía a una expresión de asombro.

—Precisamente. Parece que el viejo Silas iba bastante adelantado a su tiempo.

Cecily se echó hacia atrás y se frotó los ojos cansados.

—Los registros también mencionan sus «viajes por el extranjero» con el quinto conde. A la señora Fotheringill le encantaría saber que sus sospechas sobre la influencia continental estaban justificadas.

—La señora Fotheringill, en general, supone lo peor de cualquier cosa que se origine más allá de Oxfordshire, mi lady.

Cecily sonrió.

—También hay un inventario de las pertenencias de Silas al momento de su muerte. Entre los utensilios corrientes de jardinería y sus modestos efectos personales, anotan «diversos papeles y diseños de naturaleza peculiar» y «varios trozos de metales y minerales recogidos en los terrenos». Al parecer, todo fue destruido o se perdió después de su muerte.

El señor Digby tosió con discreción.

—Si me permite, mi lady, hay un asunto financiero concreto que podría resultar de interés en este contexto.

—¿Ah, sí?

—Las cuentas de la finca de 1788 a 1789 muestran varios gastos considerables en «mejoras al jardín oeste», autorizados por el propio quinto conde. Sin embargo, no hay ningún registro correspondiente de en qué consistieron esas mejoras, ni existe hoy evidencia alguna de ellas en el jardín.

El interés de Cecily se agudizó.

—¿Qué tan considerables fueron esos gastos?

—Lo suficiente para poner en aprietos incluso los considerables recursos de la finca de Ashcombe en aquel entonces.

El tono del señor Digby fue delicado.

—Bien podría describírselos como… extravagantes.

—Qué curioso. Cada vez más.

Cecily tamborileó los dedos pensativa sobre el escritorio.

—Entonces, el quinto conde gastó una fortuna en mejoras del jardín que han desaparecido misteriosamente, y poco después su jardinero murió en circunstancias extrañas en ese mismo jardín.

—Desde luego, son hechos que dan mucho que pensar —convino el señor Digby.

Vaciló, y luego añadió:

—¿Puedo hablar con franqueza, mi lady?

—Desearía que siempre lo hiciera, señor Digby.

—La situación financiera actual de Ashcombe es…

Pareció buscar un término lo bastante discreto.

—…no muy distinta de la que siguió a los gastos del quinto conde en el jardín. Sin ingresos adicionales de importancia, pronto podrían volverse inevitables ciertas decisiones difíciles.

Cecily suspiró.

—Entonces ha visto los libros de cuentas.

—No me atrevería a entrometerme, mi lady. Sin embargo, como mayordomo, es natural que me preocupe la capacidad de la finca para mantenerse y sostener a su personal.

—Una manera diplomática de decir que nos estamos acercando rápidamente a la insolvencia —dijo Cecily secamente—. Tiene razón, desde luego. Solo las reparaciones del techo consumirán la mayor parte de los fondos que nos quedan, y todavía debemos pensar en los sueldos del personal.

La expresión del señor Digby permaneció impasible, aunque Cecily detectó un dejo de preocupación en sus ojos.

—¿Quizá la restauración del Jardín Salvaje podría posponerse hasta que las finanzas de la finca sean más seguras?

—O quizá —replicó Cecily con una sonrisa reflexiva— el propio Jardín Salvaje sea la clave para asegurar esas finanzas. Si de verdad hay algo valioso escondido allí, ya sea el legendario oro o simplemente elementos históricos que puedan atraer visitantes, valdría la pena investigarlo. «Buscad, y hallaréis», como a mi padre le gustaba citar.

—Es una apuesta arriesgada, mi lady.

—A veces la especulación es lo único que le queda a una, señor Digby.

Su conversación se vio interrumpida por un golpe rápido en la puerta, seguido de inmediato por la entrada de Elsie. Tenía las mejillas encendidas, fuera por el esfuerzo o por la agitación, y un mechón suelto se había escapado de su peinado habitualmente pulcro.

—Perdone, mi lady, ¡pero jamás adivinará lo que está pasando en el pueblo!

—¿El Apocalipsis? ¿Una visita real? ¿La señora Brimley por fin dejó de leer las postales ajenas? —sugirió Cecily, divertida por la animación de su doncella.

—¡Es una fiebre del tesoro, mi lady! El oro del viejo Silas tiene a todo el mundo vuelto loco. Timothy, de la oficina de correos, dice que se habla de formar un comité de exploración. El señor Thorne, de The Gilded Goose, dice que no veía tanto alboroto desde la coronación del rey. ¡Dos granjeros casi se fueron a los golpes discutiendo cuál de sus antepasados pudo haber ayudado a Silas a enterrar el botín!

—Santo cielo. ¿Cómo pudo pasar eso tan rápido?

Cecily parpadeó, sorprendida.

—El canónigo Bott se lo mencionó a la señora Brimley cuando fue a enviar una carta ayer por la tarde. A la hora del té ya había llegado a la granja de Tom Pickering, y para la cena no quedaba un alma en Little Codding que no hubiera oído hablar de la «Maldición del viejo Silas» y del tesoro que podría romperla.

Los ojos de Elsie brillaron con picardía.

—El canónigo está mortificado. Dice que solo lo mencionó de pasada como una «pintoresca leyenda local». Casi se desploma el pobre

hombre cuando Nancy Crimp lo acorraló para pedirle detalles mientras compraba sellos.

Los labios del señor Digby se tensaron apenas.

—Es muy irregular que el pueblo se involucre en asuntos de la finca.

—Era inevitable que ocurriera tarde o temprano —dijo Cecily con pragmatismo—. Ashcombe y Little Codding siempre han estado entrelazados. Mejor que estén entusiasmados con un tesoro a que anden chismeando sobre mi gestión inadecuada de la mansión.

—Eso también lo hacen, mi lady —aseguró Elsie alegremente—. Pero el oro es mucho más interesante. La joven Nancy Crimp ya está componiendo un poema épico al respecto, que piensa recitar en la plaza del pueblo. Oí la primera estrofa… algo sobre «monedas malditas de brillo sin igual, que traen la muerte en noche sin luna». No es que sea Wordsworth, pero sin duda tiene su efecto teatral.

Cecily soltó una risa.

—Bueno, al menos mantiene alto el ánimo…

El repique de la campanilla de la puerta principal la interrumpió. El señor Digby se enderezó, y su momentánea consternación por la intromisión del pueblo fue sustituida con suavidad por su habitual corrección.

—Iré a atender, mi lady.

—Gracias, señor Digby. ¿Y quizá también un poco de té fresco? Tengo la impresión de que podríamos recibir visitas.

Cuando el mayordomo se retiró, Elsie empezó a recoger rápidamente los registros parroquiales esparcidos.

—¿Quiere que los guarde, mi lady? No querríamos parecer demasiado interesadas en la búsqueda del tesoro si es alguien del pueblo.

—Déjelos. Un poco de interés erudito es perfectamente respetable.

Cecily se arregló el sencillo pero elegante vestido de día, muy distinto de la ropa de jardinería del día anterior.

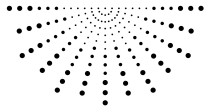
—Además, aún no he encontrado nada concluyente.

Oyeron el regreso cadencioso de los pasos del señor Digby, acompañado de otros más rápidos y decididos. Apareció en la puerta de la biblioteca, con la expresión cuidadosamente neutra.

—El señor Alistair Finch, mi lady. Arquitecto paisajista de Londres.

5

EL SEÑOR ALISTAIR FINCH



El hombre que entró en la biblioteca detrás del señor Digby era alto, iba impecablemente vestido con un traje de tweed a la moda y tenía ese porte seguro de quien rara vez encontraba una puerta cerrada en la vida. Su frente amplia, nariz aguileña y bigote cuidadosamente encerado le daban un aspecto aristocrático, algo desmentido por el cálculo sagaz de sus ojos. Un monóculo brillaba con importancia en su ojo derecho, aunque Cecily sospechaba que era más afectación que necesidad.

—¡Lady Ashcombe! —exclamó, avanzando con la mano extendida—. Qué honor conocerla por fin. Su reputación como administradora innovadora de la propiedad la precede.

Cecily se puso de pie y le aceptó el apretón de manos con cortés reserva.

—¿De veras, señor Finch? ¡Qué fascinante, considerando que llevo menos de un año «al frente de» Ashcombe!

Si percibió su suave ironía, no dio señal alguna.

—Los rumores corren rápido en ciertos círculos, mi lady. Quienes nos dedicamos a preservar el patrimonio hortícola de Inglaterra mantenemos muy vigiladas las fincas del calibre de Ashcombe.

Detrás de él entró una joven casi sin hacerse notar. Tendría unos veintitantos años y vestía un traje de viaje práctico pero bien cortado, con el cabello castaño claro cuidadosamente arreglado bajo un modesto sombrero cloché. Llevaba una carpeta abultada y lo que parecía una pesada maleta Gladstone, que dejó en el suelo con la soltura de quien está acostumbrada a cargar bultos. Cecily se fijó en sus manos: no eran manos de señorita consentida, sino fuertes y capaces, con una pequeña mancha de tinta en un dedo.

—Y esta —dijo Alistair Finch con un gesto desdeñoso de la mano— es la señorita Eleanor Pumble, mi asistente. Se encarga de la cartografía y los dibujos.

Cecily observó el sereno aplomo de la joven y la pulcritud casi antinatural de su atuendo.

—Un honor, mi lady —dijo la señorita Pumble. Su voz era suave, pero su mirada, aguda y analítica.

—Se ocupa de los aspectos técnicos de mis diseños. Es muy competente con las mediciones y demás. Ellie, encárgate de organizar esas muestras, por favor.

—Por supuesto, señor Finch.

La voz de la señorita Pumble era suave, pero clara, con un acento refinado que sorprendió a Cecily considerando su posición subordinada. Sus ojos, cuando se cruzaron brevemente con los de Cecily, eran inteligentes y evaluadores.

—Señorita Pumble —dijo Cecily con una sonrisa cordial—. Bienvenida a Ashcombe. Por favor, siéntense ambos. El señor Digby está trayendo té recién hecho.

—Muy amable de su parte.

Finch se acomodó en un sillón con el aire de un hombre acostumbrado a ocupar los mejores asientos.

—Vengo directamente de la finca de lord Hartwood, en Gloucestershire. La transformación de su jardín italiano aparecerá en Architectural Digest el mes próximo. ¿Quizá ha oído hablar de ella? Mi Alvis 12/50 prácticamente voló por los caminos para llegar hasta aquí; una máquina espléndida, lo mejor de la ingeniería británica.

—No puedo decir que haya oído hablar de ello —respondió Cecily con suavidad—. ¿Qué lo trae a Ashcombe, señor Finch? No recuerdo haber solicitado asesoría paisajística.

La sonrisa de Finch no vaciló.

—¡Directa y refrescante! Eso me gusta, lady Ashcombe. La verdad es que he desarrollado un interés particular por el Jardín Salvaje de Ashcombe, o como se lo conocía en el siglo XVIII, el Jardín Experimental de Silas Winterbottom.

Las cejas de Cecily se alzaron.

—Parece estar extraordinariamente bien informado sobre un rincón bastante poco conocido de nuestros jardines.

—Los jardines históricos son mi especialidad, mi lady. He estudiado diseños innovadores a lo largo de los siglos, y la obra de Winterbottom fue verdaderamente revolucionaria, aunque hoy esté en gran parte olvidada.

Se inclinó hacia adelante con entusiasmo.

—Lo que la mayoría no comprende es que Silas Winterbottom no era solo un jardinero: era un hombre de ciencia experimental, años adelantado a su tiempo.

El señor Digby regresó con el té y lo sirvió con silenciosa eficiencia. La señorita Pumble permaneció de pie, ligeramente detrás del sillón de Finch, hasta que Cecily le indicó deliberadamente otra silla. La joven se sentó y le dirigió una mirada agradecida, acomodándose las faldas con una precisión que hablaba de austeridad más que de vanidad.

—Estaba diciendo que Silas era un científico… —lo animó Cecily, tendiéndole una taza de té a la señorita Pumble, que la aceptó con un agradecimiento apenas murmurado.

—En efecto —continuó Finch, aceptando su propia taza sin dar las gracias—. Winterbottom viajó extensamente con el quinto conde, y conoció las teorías científicas más recientes en Francia e Italia. Le fascinó especialmente el naciente campo de la electricidad. Era la época de Franklin y Galvani, ya comprende. Lo que volvía único a Winterbottom era su visión de integrar esos principios científicos al diseño de jardines.

A pesar de su escepticismo respecto de su inesperado visitante, Cecily se descubrió intrigada.

—¿De qué manera?

—Sistemas hidráulicos, experimentos eléctricos, incluso automatización rudimentaria, todo disfrazado de elementos convencionales del jardín —los ojos de Finch brillaron de entusiasmo —. Los registros son fragmentarios, pero he pasado años reconstruyendo las pruebas a partir de diversas fuentes. El Jardín Salvaje no era meramente decorativo; era un campo de pruebas para las innovaciones de Winterbottom.

—Y esas innovaciones las financiaba el quinto conde —observó Cecily.

—¡Precisamente! Un mecenas visionario que sabía apreciar el genio de Winterbottom —Finch dejó su taza de té con un tintineo decidido —. Y eso me lleva a mi propuesta, lady Ashcombe. Deseo restaurar el Jardín Salvaje según los diseños originales de Winterbottom, sin costo alguno para usted.

Cecily advirtió la casi imperceptible rigidez de la señorita Pumble al oír esas palabras. Los ojos de la asistente se desviaron un instante hacia Finch antes de volver al té.

—Eso es extraordinariamente generoso de su parte, señor Finch —dijo Cecily, mientras su escepticismo regresaba con toda su fuerza—. ¿Y qué obtendría usted a cambio?

—La satisfacción profesional de resucitar una obra maestra perdida —respondió con soltura—. Y, por supuesto, el reconocimiento académico que vendría después. Ya he trazado algunos planos preliminares a partir de mi investigación —se volvió hacia su asistente—. Ellie, la carpeta, por favor.

La señorita Pumble se levantó para recoger la carpeta y estuvo a punto de chocar con Elsie, que se había quedado en la habitación con el pretexto de ordenar unos libros. Las dos intercambiaron breves sonrisas de disculpa.

—He estado desarrollando estos conceptos desde hace tiempo —continuó Finch, desplegando elaborados dibujos del trazado del jardín—. Desde luego, sería necesario un estudio arqueológico completo antes de llevarlos a cabo.

Cecily examinó los dibujos con interés. Mostraban senderos intrincados, juegos de agua y curiosas estructuras que podían ser *follies* decorativas o algo más funcional. Un detalle le llamó la atención: el antiguo roble estaba marcado con un símbolo peculiar.

—Están bastante detallados para ser bocetos preliminares, señor Finch.

—Me gusta preparar todo con esmero, mi lady.

—¿Y qué hay de la leyenda? ¿De la supuesta maldición y el tesoro enterrado? —Cecily observó atentamente su rostro.

Algo cruzó la expresión de Finch: un instante de cálculo, enseguida oculto tras una risa desdeñosa.

—Folclore pintoresco, nada más. Aunque esas historias suelen contener un grano de verdad histórica. Es muy posible que Winterbottom descubriera vetas minerales o artefactos arqueológicos

en los terrenos, que con el tiempo se transformaron en leyendas de «oro».

La señorita Pumble había estado ordenando los dibujos en silencio, pero, al oír aquel comentario, Cecily notó que sus manos se detenían por un instante antes de reanudar la tarea. Apretó apenas los labios, como si contuviera las palabras.

—Ya veo —dijo Cecily pensativa—. Y su restauración implicaría una excavación considerable, supongo.

—Naturalmente, para sacar a la luz el trazado original y las estructuras subterráneas. Todo realizado con el máximo rigor científico, se lo aseguro.

De pronto Finch se palpó el bolsillo del chaleco, y su expresión cambió a una de alarma. Revisó otro bolsillo y luego se puso de pie de golpe.

—Mi libreta… Ellie, ¿ha visto mi libreta?

Había un filo áspero en su voz que hizo que Cecily reconsiderara su primera impresión del hombre.

La señorita Pumble alzó la vista, imperturbable.

—Creo que podría estar en el otro maletín, señor Finch. El que dejamos en el auto.

—¡Imposible! La tenía cuando llegamos. —A Finch se le había ensombrecido el semblante y el pulso le latía visiblemente en la sien —. Revise su carpeta. ¡Deprisa!

—Por supuesto, señor Finch. —La señorita Pumble empezó a revisar sus materiales con una calma metódica que contrastaba marcadamente con la agitación de Finch.

—¿Es importante? —preguntó Cecily.

—Un simple registro de observaciones —respondió Finch, sin mirarla directamente a los ojos—. Notas profesionales, comprenderá. Nada

de importancia para nadie salvo para mí. Se le notaba la ansiedad en las manos, que no paraban de abrirse y cerrarse junto al cuerpo.

La señorita Pumble levantó la vista de su búsqueda.

—Estoy casi segura de que la tenía en el auto, señor Finch. Quizá cuando recojamos el equipaje…

—¿Equipaje? —repitió Cecily, sorprendida.

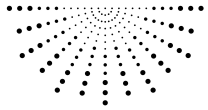
Finch recuperó la compostura con un esfuerzo visible.

—Ah, sí. Esperaba que nos permitiera abusar un poco de su hospitalidad mientras realizamos los estudios preliminares del jardín. Unos pocos días, a lo sumo —volvió a sonreír, pero esta vez la sonrisa no disimuló el cálculo en sus ojos—. Puramente en interés de la eficiencia, comprenderá.

Antes de que Cecily pudiera formular una respuesta diplomática, otra llegada los interrumpió.

6

ARCHIBALD GOODFELLOW



Archibald Goodfellow apareció en la puerta de la biblioteca, con la gorra en la mano y gesto de disculpa. Su ropa de trabajo, práctica y sin adornos, contrastaba de manera tajante con la elegante indumentaria de Finch, pero había en su porte una seguridad que delataba a un hombre cómodo consigo mismo.

—Perdón, mi lady. No quise interrumpir. Solo quería avisarle que ya regresé con esos suministros eléctricos para la iluminación del jardín. El cable nuevo es mucho más seguro que el temporal. Está debidamente aislado.

—Gracias, señor Goodfellow. Su llegada no pudo ser más oportuna. —Cecily le hizo un gesto para que entrara—. ¿Puedo presentarle al señor Alistair Finch, arquitecto paisajista de Londres? Ha mostrado interés en nuestro Jardín Salvaje. Señor Finch, este es Archibald Goodfellow, nuestro ingeniero consultor para la modernización de la finca.

Los rasgos curtidos de Goodfellow se endurecieron al instante, mientras sus hombros se enderezaban como los de un hombre que se prepara para una confrontación indeseada. La soltura confiada que había marcado su actitud apenas un momento antes se evaporó como niebla ante un viento helado.

Por su parte, Finch se quedó inmóvil a mitad de un gesto, y su sonrisa vaciló cuando el reconocimiento asomó. Sus dedos cuidadosamente arreglados se apretaron apenas alrededor de la taza de té, y algo centelleó detrás de sus ojos.

—Goodfellow —dijo Finch por fin, con una jovialidad forzada que no alcanzaba a ocultar la tensión subyacente—. Vaya… qué sorpresa.

La palabra estaba cargada de connotaciones que Cecily no alcanzaba a comprender, pero que le resultaban profundamente intrigantes.

—Finch.

La respuesta de Archibald fue seca, con esa franqueza de Yorkshire capaz de cortar vidrio. No apartó la mirada del rostro del arquitecto londinense, y Cecily observó cómo sus manos callosas se habían quedado por completo inmóviles: las manos de un hombre cuya paciencia ya había sido puesta a prueba antes y se había agotado.

Un silencio ominoso se tendió entre ellos como un alambre tirante, cargado de un pasado no dicho. La señorita Pumble se había quedado muy quieta detrás de la silla de su empleador, con la mirada alerta yendo de uno a otro. Hasta Pip parecía haber percibido el cambio en el ambiente, con las orejas erguidas por pura curiosidad.

—Bueno —intervino Cecily con suavidad, aunque la cabeza le bullía de preguntas sobre aquella reunión inesperada—, al parecer ustedes ya se conocen.

—Nos hemos cruzado —respondió Archibald con aspereza, en un tono que sugería que esos encuentros habían sido de todo menos agradables.

El músculo de la mandíbula se le contrajo una vez, claro indicio de una emoción reprimida.

Finch recuperó la compostura con un esfuerzo visible, se acomodó el chaleco e intentó recomponer su aire profesional.

—En efecto. El señor Goodfellow y yo hemos tenido… desacuerdos profesionales en el pasado. Nada que deba preocuparnos aquí, por supuesto.

Su risa sonó quebradiza y no engañó absolutamente a nadie.

El ambiente relajado de la charla erudita se había hecho añicos, reemplazado por algo mucho más cargado e infinitamente más interesante.

—¿Todavía sigue con sus juguetitos, Archie? —dijo Finch con una sonrisa condescendiente.

La voz de Goodfellow fue baja y temblorosa.

—A lo que usted llama «juguetitos» yo le llamo trabajo honrado. Un concepto que usted no entendería.

Finch se limitó a soltar una risa breve, como un ladrido.

—La honradez no asegura patentes, querido. La ambición sí.

La mandíbula de Archibald se tensó visiblemente ante la pulla sobre la ambición, y sus manos curtidas se fueron cerrando poco a poco en puños a los costados. El color se le fue del rostro, dejando una palidez que hablaba de viejas heridas reabiertas.

—Muy bien, entonces —dijo al fin, con el acento de Yorkshire haciéndose más marcado por la emoción apenas contenida—. Ya veo por dónde va esto, y no voy a permitir que se burlen de mí delante de mi lady.

Sus ojos se desviaron hacia Cecily con algo que podía ser vergüenza o pesar.

—Perdone, mi lady, pero tengo trabajo que hacer. Trabajo de verdad, con resultados honrados.

Y con eso salió de la habitación a grandes pasos, dejando tras de sí el tenue olor de la tierra y el peso incómodo de un asunto sin resolver.

Cecily se volvió hacia Finch.

—El señor Goodfellow nos está ayudando a restaurar los jardines y ha hecho algunos descubrimientos notables. Varias canalizaciones para el paso del agua, desde luego, y sorprendentes indicios de cableado de cobre cerca de la base de una de las fuentes. Suponemos que debió de ser una adición posterior.

—¡Fascinante! —exclamó Finch, de pronto animado—. Lady Ashcombe, ¡esto confirma mis teorías! El Jardín Salvaje debe investigarse como es debido. Podría comenzar mañana, con su permiso.

Cecily se vio arrastrada por un giro inesperado de los acontecimientos. Ella misma había estado contemplando la restauración del jardín, pero el interés entusiasta de Finch planteaba preguntas. También lo hacía la tensión palpable entre los dos hombres.

—Tal vez deberíamos examinar el jardín juntos —sugirió con diplomacia—. Esta tarde, si el tiempo aguanta. Me gustaría contar tanto con su perspectiva profesional como con la de Goodfellow.

—Una sugerencia excelente, mi lady —aceptó Finch con rapidez.

—Magnífico. ¿Digamos a las dos? —Cecily se puso de pie, dando así por terminada la reunión—. Mientras tanto, el señor Digby organizará el alojamiento para usted y la señorita Pumble, señor Finch.

Cuando Finch se retiró, Elsie se acercó un poco más a Cecily y murmuró:

—Bueno, eso sí que alborotó el avispero, ¿no le parece?

—Sin duda —respondió Cecily en voz baja—. Y no estoy del todo segura de confiar en ninguno de nuestros dos expertos técnicos. El señor Finch parece extraordinariamente preparado para una visita espontánea.

—Y extraordinariamente preocupado por su libreta perdida —añadió Elsie—. ¿Notó cómo le temblaban las manos? Sea lo que sea lo que haya en ese cuaderno, no son solo bocetos del jardín.

—Sí, eso también. —Cecily miró a la señorita Pumble, que recogía los últimos dibujos—. Señorita Pumble, ¿me concede un momento?

La joven alzó la vista, con una expresión cuidadosamente neutra.

—Sí, lady Ashcombe.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando con el señor Finch?

—Casi tres años, mi lady.

Su voz siguió siendo serena, pero sus dedos se apretaron casi imperceptiblemente sobre la carpeta que sostenía.

—¿Y entiendo que lo ayuda con los aspectos técnicos de sus diseños?

—Sí, mi lady. Tengo cierta formación en matemáticas y delineación.

Cecily observó su postura erguida y su mirada franca. Había algo en el porte de la señorita Pumble que sugería una capacidad que iba más allá del papel que se le había asignado.

—¿Es la arquitectura paisajista su principal interés, señorita Pumble?

Un destello de cautela cruzó su rostro.

—Encuentro algunos de sus aspectos intelectualmente estimulantes, mi lady. En especial, la integración de principios científicos con consideraciones estéticas.

Vaciló y luego añadió en voz más baja:

—Aunque confieso que mis intereses se extienden algo más hacia los ámbitos de la física y la ingeniería.

—Ya veo. —Cecily sonrió con calidez—. Bueno, espero que su estancia en Ashcombe sea cómoda. Y, por favor, no dude en

aprovechar la biblioteca durante su visita. Tenemos algunos volúmenes interesantes tanto sobre horticultura como sobre temas científicos.

—Es usted muy amable, mi lady. —Por primera vez, la reserva profesional de la señorita Pumble se suavizó un poco—. Agradecería muchísimo esa oportunidad.

Después de que la señorita Pumble se retiró, Elsie arqueó una ceja.

—¿Cree que él anda detrás del oro?

—Creo que todo el que llegue a Ashcombe en los próximos días andará «detrás del oro» de una forma u otra —dijo Cecily con sequedad—. La pregunta es si alguno de ellos lo encontrará, y qué descubrirán exactamente si lo hacen.

—«¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero si pierde su propia alma?» —citó Elsie con una sonrisa traviesa—. Aunque supongo que encontrar un poco de oro no estaría nada mal.

—Desde luego que no —convino Cecily.

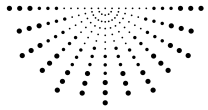
—¿Y nuestro ingeniero de Yorkshire? ¿Qué cree que busca?

Cecily lo pensó.

—Curiosidad profesional, quizá. O algo más. Tendremos que vigilar a ambos con cuidado esta tarde.

7

PROFUNDIDADES OCULTAS



A las dos en punto, Cecily se encontró encabezando una procesión poco probable hacia el Jardín Salvaje. Alistair Finch avanzaba a su lado con paso resuelto, consultando de vez en cuando una brújula de latón y haciendo anotaciones en su diario, que ya había recuperado de su equipaje y llevaba prácticamente pegado al cuerpo.

Archibald Goodfellow los seguía a cierta distancia, con expresión pensativa mientras examinaba el paisaje invadido por la maleza. La señorita Pumble cerraba la marcha, cargada con instrumentos de medición y una cámara con trípode.

Pip trotaba junto a ellos; al parecer, su aprensión anterior ante el jardín había quedado olvidada en la emoción de que hubiera nuevos visitantes investigándolo. De vez en cuando salía disparado hacia adelante y desaparecía un instante entre la maleza, para reaparecer luego con expresión satisfecha.

Una luz otoñal nacarada se filtraba entre nubes dispersas y bañaba el jardín con un resplandor suave que, de algún modo, acentuaba su aire de misterio. El olor a tierra húmeda se mezclaba con la fragancia especiada de las hojas en descomposición mientras avanzaban por el sendero cubierto de vegetación.

—La entrada original habría estado aquí —anunció Finch, deteniéndose ante un hueco en un seto envejecido—. Todavía se alcanzan a distinguir los restos de pilares de piedra bajo la hiedra.

Apartó una cortina de verdor para dejar al descubierto tallas gastadas en la piedra.

—Trabajo del siglo XVIII, sin la menor duda.

—Parece un lugar raro para la entrada de un jardín —observó Archibald, entrecerrando los ojos ante el paisaje circundante—. Está un poco más lejos de la casa de lo que uno esperaría.

—¡Exactamente! —exclamó Finch, como si Archibald hubiera dado, sin proponérselo, con una observación brillante—. Eso se debe a que no estaba pensado para paseos casuales. El Jardín Experimental era un espacio de trabajo. Un laboratorio disfrazado de jardín ornamental.

Siguieron por lo que alguna vez había sido un sendero, pero que ahora no era más que un corredor apenas menos cubierto de maleza que el resto. A medida que se internaban en el jardín, Cecily empezó a discernir ciertos patrones bajo el caos: parterres geométricos ahora desdibujados por el crecimiento invasor, restos de canales revestidos de piedra y, de vez en cuando, el destello de alguna estatua castigada por la intemperie. Un pequeño querubín de piedra, medio oculto por la hiedra, parecía observar su avance con una sonrisa enigmática.

—Miren esto —dijo Finch, deteniéndose junto al resto de un muro cubierto de zarzas—. Esto debió de ser una especie de estación de control. Los diseños de Winterbottom muestran una serie de palancas y válvulas que podían redirigir el agua por todo el sistema del jardín.

Empezó a hacer rápidos bocetos en su libreta.

Archibald se agachó para examinar la base del muro, escéptico. — Interesante teoría, pero ¿dónde está la fuente de agua? Haría falta

bastante presión para cualquier sistema hidráulico elaborado.

—Depósitos subterráneos —respondió Finch sin alzar la vista—. Alimentados con agua de lluvia recogida del techo de Ashcombe Hall y conducida hasta aquí por tuberías enterradas. Muy ingenioso, en realidad.

—Mmm. —Archibald sonó poco convencido, pero sus dedos siguieron el contorno de lo que bien podría haber sido un conducto de piedra encajado en la base del muro—. Para la época habría hecho falta bastante conocimiento de ingeniería.

La señorita Pumble ya había instalado el trípode y fotografiaba cuidadosamente la zona, mientras tomaba notas en su libreta con un lápiz bien afilado. Cecily advirtió que parecía concentrarse en elementos algo distintos de los que habían captado la atención de Finch, sobre todo en la alineación de ciertas piedras con respecto a los senderos.

—¿Qué le parece, señorita Pumble? —preguntó Cecily, acercándose para colocarse a su lado.

La joven alzó la vista del visor; por su rostro pasó un destello de sorpresa antes de recobrar la compostura.

—La estructura subyacente es, sin duda, sofisticada, mi lady. Más de lo habitual en jardines de esa época.

Vaciló y luego añadió en voz baja:

—Aunque creo que el señor Finch quizá esté... interpretando de más algunos elementos.

—¿En qué sentido?

La señorita Pumble ajustó levemente la cámara. —Este canal, por ejemplo. Se alinea con el sol del mediodía durante el solsticio de verano. Es un elemento de diseño que aparece en jardines mucho más antiguos y con significado astronómico. No necesariamente una prueba de experimentación científica.

—Parece muy entendida en la materia —observó Cecily.

Un leve rubor tiñó las mejillas de la señorita Pumble.

—Leo mucho, mi lady. La biblioteca del señor Finch contiene muchos volúmenes sobre diseño histórico de jardines.

Bajó aún más la voz.

—Aunque a veces me pregunto si comprende del todo las implicaciones del trabajo de Winterbottom.

La conversación se vio interrumpida por los ladridos excitados de Pip. El terrier había salido disparado hacia adelante y ahora brincaba alrededor de la base del viejo roble, escarbando en algo entre las raíces.

—¡Pip! ¡Aléjate de ahí! —llamó Cecily, recordando el desasosiego anterior del perro en esa zona.

En vez de obedecer, Pip redobló sus esfuerzos y se puso a cavar con entusiasmo en el sistema de raíces expuesto. Finch se apresuró a acercarse, con el gesto dividido entre la irritación por la interrupción y el vivo interés por lo que el perro pudiera haber descubierto.

—Qué interesante —murmuró, arrodillándose pese a sus pantalones impecables—. La tierra de aquí fue removida hace relativamente poco.

Sacó del bolsillo una pequeña palita plegable y comenzó a apartar la tierra con cuidado.

—Veamos, ¿debería estar haciendo eso? —preguntó Archibald, frunciendo el ceño—. Podría dañar las raíces del árbol.

—Tonterías. Solo estoy investigando lo que hay aquí. —Finch siguió cavando; sus movimientos se volvieron más decididos. Al cabo de un momento soltó una pequeña exclamación triunfal y extrajo algo de la tierra.

—¿Qué es? —preguntó Cecily, acercándose.

Finch levantó lo que parecía un pequeño objeto metálico, deslustrado casi hasta volverse irreconocible. Lo frotó con cuidado con el pañuelo, dejando ver el brillo apagado del viejo latón.

—Una llave, creo —dijo, haciéndola girar en la palma—. Bastante antigua. Del siglo XVIII, si no me equivoco. En sus ojos brillaba un fulgor que a Cecily le pareció casi febril.

—¿La llave de qué? —preguntó Archibald sin rodeos.

—Esa —respondió Finch— es la pregunta que debemos responder.

Se guardó la llave en el bolsillo del chaleco antes de que nadie pudiera examinarla más de cerca.

Cecily sintió un destello de irritación ante su arrogancia. —Quizá deberíamos catalogar cualquier artefacto que encontremos, señor Finch. Para los registros de la finca.

—Claro, claro.

Su tono fue conciliador, aunque no hizo ademán alguno de volver a sacar la llave.

—Por supuesto, todo se documentará debidamente conforme avance la restauración.

La expresión de Archibald sugería que tenía varias observaciones punzantes que hacer, pero en ese momento todos se sobresaltaron cuando una violenta salpicadura de agua brotó de una fuente cercana, cubierta de maleza. El chorro se elevó con una fuerza sorprendente y alcanzó con su rocío a la señorita Pumble.

—¡Santo cielo! —exclamó Cecily cuando la joven soltó un jadeo de sorpresa y su pulcro atuendo quedó de pronto empapado.

—Otra vez este condenado cableado —masculló Archibald, apresurándose hacia lo que parecía ser una caja de control medio oculta entre los arbustos—. Disculpe, señorita. Todavía hay que corregir algunas averías del sistema.

—Parece que la hidráulica de Winterbottom se está imponiendo —comentó Finch con diversión no disimulada, sin hacer el menor intento de ayudar a su asistente empapada.

—O quizá sus retoques eléctricos modernos están interfiriendo con elementos históricos que deberían tratarse con mayor cuidado —observó la señorita Pumble, escurriéndose el agua de la manga.

Archibald parpadeó, momentáneamente desconcertado por aquella crítica inesperada.

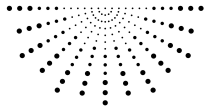
—Sí, bueno... quizá —concedió, aunque su tono sugería que la idea le parecía poco probable.

—Volvamos a la casa —propuso Cecily.

Se quitó la chaqueta ligera para ofrecérsela a la señorita Pumble.

—Necesitará ropa seca, y creo que ya hemos visto suficiente para una evaluación inicial.

8
EXCAVACIONES



Mientras regresaban, Cecily notó que Finch se palpaba el bolsillo una y otra vez, como para asegurarse de que la llave seguía allí. Cuando llegaron a la entrada del Jardín Salvaje, se detuvo y volvió la vista hacia el roble antiguo con una expresión de entusiasmo apenas contenido.

—Lady Ashcombe —dijo en voz baja e intensa—, lo que hemos visto hoy confirma todo lo que esperaba. El Jardín Salvaje no es solo un rincón descuidado de su finca; es un tesoro histórico de inmensa importancia. Con su permiso, me gustaría comenzar una excavación propiamente dicha mañana.

—Eso me parece un tanto precipitado, señor Finch —respondió Cecily con cautela—. Preferiría considerar todos los aspectos antes de comprometerme con un proceso tan invasivo.

La sonrisa de Finch se tensó levemente.

—Por supuesto, por supuesto. Pero el tiempo apremia, con el clima cambiando. Las lluvias de otoño podrían retrasar considerablemente los trabajos.

—Déjeme pensarlo esta noche —dijo Cecily con firmeza—. Mañana hablaremos de planes concretos. Y antes de seguir adelante, creo

que la llave que descubrió debe quedarse aquí, en Ashcombe. Por los registros de la finca, ya entiende.

La mano de Finch fue instintivamente hacia el bolsillo de su chaleco, y los dedos se cerraron instintivamente sobre el pequeño bulto que había allí.

—Oh, pero sin duda estaría mejor conservada en mi colección hasta que podamos…

—La llave, señor Finch.

Cecily extendió la palma con serena autoridad; el tono no admitía discusión.

—Cualquier artefacto descubierto en los terrenos de Ashcombe pertenece a la finca. Estoy segura de que entiende lo adecuado de ese arreglo.

—Claro, claro —dijo Finch al fin—. Tiene toda la razón, lady Ashcombe. Debe respetarse el protocolo profesional.

Sus movimientos fueron reticentes cuando sacó del bolsillo la llave de latón deslustrado; la sostuvo un instante más de lo necesario antes de depositarla en la palma extendida de Cecily.

La llave pesaba más de lo que sugería su tamaño, estaba tibia por el calor del cuerpo de Finch y tenía unos motivos grabados, demasiado desgastados por el tiempo y la tierra para distinguirse con claridad. Cecily cerró los dedos en torno a ella, sintiendo su peso y preguntándose qué secretos podría desvelar… si es que realmente abría algo.

—Gracias —dijo sencillamente, guardándose la llave en el bolsillo—. Y ahora, ¿vemos cómo conseguir que la señorita Pumble se cambie y se ponga algo seco?

La sonrisa de Finch se había vuelto claramente forzada, aunque asintió con aparente buena disposición.

—Naturalmente. Muy considerada de su parte, mi lady —dijo.

Pero Cecily notó cómo la mirada de Finch se demoraba en su bolsillo, y sospechó que el entusiasmo de su visitante londinense por la excavación del día siguiente acababa de intensificarse bastante.

Mientras cruzaban el césped hacia la casa, Elsie se puso a su lado y habló en voz baja.

—Ese Finch está demasiado ansioso, ¿no? Como perro con hueso.

—Usted también lo notó —murmuró Cecily.

—Difícil no notarlo. Ese hombre prácticamente babea ante ese jardín.

Delante de ellas, Finch gesticulaba animadamente frente a la señorita Pumble, que tomaba notas en su propia libreta a pesar de estar empapada. Cecily alcanzó a oír fragmentos de su monólogo exaltado: «exactamente como indicaban los diagramas» y «confirmación de mi teoría» y, lo más intrigante, «perfectamente situado para ese fin».

¿Con qué propósito estaba tan entusiasmado el señor Finch?, se preguntó Cecily. ¿La restauración de un jardín de importancia histórica? ¿O algo más tangible, como el legendario oro que tenía al pueblo entero alborotado?

Cuando llegaron a la terraza, Pip se quedó súbitamente inmóvil, con la atención fija en algo cerca de la casa. Un gruñido bajo le retumbó en el pecho, sorprendiendo a Cecily; su terrier, normalmente amigable, rara vez mostraba agresividad.

—¿Qué pasa, muchacho?

Siguiendo su mirada, al principio no vio nada fuera de lo común. Entonces un destello de movimiento le llamó la atención: una figura se escabulló tras la esquina de la casa, demasiado rápido para identificarla.

—¿Vio eso? —preguntó en voz baja a Elsie.

—Sí —respondió ella, frunciendo el ceño—. Parece que alguien nos observaba.

—Observaba al señor Finch, más bien —murmuró Cecily—. Me da la impresión de que nuestro paisajista londinense se ha hecho de cierta fama en algunos círculos.

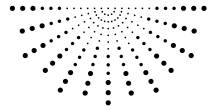
—¿Del tipo de reputación que hace que a una la sigan? —Elsie enarcó las cejas.

—Del tipo que despierta un interés muy vivo cuando alguien aparece de pronto en fincas históricas —respondió Cecily, pensativa—. El señor Finch ha dado la impresión de haberse interesado espontáneamente por Ashcombe, pero empiezo a preguntarme si su visita no estuvo planeada con bastante más cuidado de lo que quiere hacer creer.

Y si eso era cierto, reflexionó mientras entraban en la casa, la pregunta más urgente no era solo qué esperaba encontrar el señor Finch en el Jardín Salvaje, sino quién más podía estar vigilándolo y esperando a que diera con ello.

9

FIEBRE DEL TESORO



Lady Cecily se despertó más temprano de lo habitual por el sonido de voces excitadas que se colaban por la ventana de su dormitorio. Parpadeó para despejar los últimos restos de sueño, descorrió las pesadas cortinas y vio un pequeño grupo de aldeanos reunidos al borde del camino de entrada; sus gestos animados se distinguían incluso a la distancia. Pip, ya alerta y lleno de curiosidad, tenía las patas delanteras apoyadas en el alféizar, con la colita corta temblándole.

—Pero ¿qué diantres…? —murmuró, buscando su bata.

El reloj de su mesa de noche marcaba apenas las siete y media, una hora poco habitual para visitas sociales, sobre todo en el campo, donde las mañanas solían transcurrir a un ritmo más pausado.

Un suave golpe en la puerta fue seguido por la entrada de Elsie, ya completamente vestida y con una bandeja de té en las manos. Su expresión oscilaba entre la diversión y la exasperación.

—Buenos días, mi lady. Veo que ya notó a nuestra improvisada comitiva de bienvenida.

—Difícilmente podría no notarlos —respondió Cecily, aceptando una taza de té con gratitud—. ¿Hay alguna razón en particular para que

medio Little Codding parezca estar reunido como en un mitin en nuestro césped a estas horas?

Elsie dejó la bandeja y fue hasta la ventana, asomándose al grupo con un interés nada disimulado.

—La noticia de la llegada del señor Finch se ha propagado más rápido que la gripe en febrero. Todo el pueblo sabe que está aquí por el jardín, y por el oro del viejo Silas.

—¿Y cómo podrían saber eso ya? —preguntó Cecily, desconcertada —. Apenas llegó ayer por la tarde.

—La señora Fotheringill se lo comentó a su hermana, que se lo comentó al señor Thorne en el Gilded Goose, y él se lo contó a todos los que fueron entrando por su pinta de la tarde —Elsie fue contando con los dedos las etapas del recorrido de la noticia—. Para la hora de cierre, no quedaba un alma en Little Codding que no hubiera oído que un famoso experto de Londres había corrido a Ashcombe para desenterrar el tesoro antes de que nadie más pudiera reclamarlo.

—Santo cielo —Cecily tomó un sorbo reparador de té—. Y supongo que la historia no deja de crecer cada vez que la cuentan.

—Oh, naturalmente —los ojos de Elsie danzaron con picardía—. Según Timothy, el cartero, que llegó sin aliento a la puerta de la cocina al amanecer con esta noticia, el señor Finch tiene un mapa trazado con sangre que muestra exactamente dónde está enterrado el oro.

—¿Trazado con sangre? —Cecily no pudo evitar reírse—. ¿Y de dónde salió ese detalle en particular?

—De Nancy Crimp, creo. Ella se lo añadió a su poema épico sobre el viejo Silas. —Elsie empezó a disponer la ropa de Cecily para el día—. La última estrofa ahora incluye algo sobre «secretos trazados en tinta carmesí, guiando a quienes se atreven a pensar».

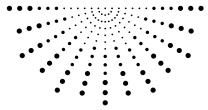
—Dudosa poesía, pero innegable dramatismo —observó Cecily—. Supongo que será mejor que me vista y baje antes de que empiecen a mirar por las ventanas. ¿Cuál ha sido la reacción del señor Digby ante esta invasión rural?

—Mantiene un estudiado aire de desapego profesional —respondió Elsie—, aunque esta mañana lo vi puliendo la plata con especial vigor. Creo que se está preparando para la batalla.

—El Señor promete preparar mesa delante de nosotros en presencia de nuestros enemigos —dijo Cecily con una sonrisa—. Aunque dudo que tuviera en mente a unos aldeanos cazatesoros.

10

LITTLE CODDING



Veinte minutos después, ya correctamente vestida con un práctico vestido de día y zapatos resistentes, Cecily bajó al vestíbulo de entrada y encontró al señor Digby enfrascado en una discreta pero tensa negociación con la señora Brimley, de la oficina de correos. La jefa de correos, una mujer formidable con cara de panecillo desilusionado y un carácter que hacía juego, se mantenía firme con la seguridad de quien controlaba el flujo de información en un pueblo pequeño.

—…solo preguntaba cuánto tiempo se espera que se quede el señor Finch —decía mientras Cecily se acercaba—. Por cuestiones del correo, ya sabe.

—Entiendo perfectamente su preocupación, señora Brimley —respondió el señor Digby con una cortesía glacial—, aunque no veo cómo podría extraviarse la correspondencia del señor Finch si se entrega directamente en Ashcombe Hall.

—¡Ah, lady Ashcombe! —dijo la señora Brimley, animándose perceptiblemente al verla—. Justo la persona indicada. Le estaba explicando a su mayordomo que hemos recibido un volumen inusualmente alto de preguntas sobre la llegada del señor Finch. El pueblo está alborotado.

—Ya lo veo —replicó Cecily, asintiendo hacia la ventana, donde varios aldeanos más se habían sumado al grupo inicial. Algunos parecían estar de picnic. —Aunque no acabo de entender por qué la presencia del señor Finch merece tanta atención.

La expresión de la señora Brimley sugería que Cecily se mostraba deliberadamente obtusa.

—Por el oro, por supuesto. Todo el mundo sabe que está aquí para encontrar el tesoro del viejo Silas —se inclinó hacia delante con aire confidencial—. Timothy dice que el señor Finch ya encontró una llave de oro.

Cecily parpadeó. La llave de latón de la expedición de ayer se había transformado de la noche a la mañana en oro macizo.

—Me temo que los rumores del pueblo han exagerado un poco los hechos —dijo con diplomacia—. El señor Finch es un arquitecto paisajista interesado en la restauración de jardines históricos.

La sonrisa de la señora Brimley no vaciló.

—Claro que sí, mi lady. Yo, por mi parte, no hago más que clasificar cartas —se acomodó el sombrero con gesto elocuente—. Aunque llevo bastante tiempo en la oficina de correos como para saber cuándo llegan paquetes especiales del British Museum dirigidos a un caballero londinense que de pronto aparece entre nosotros.

Con que era eso. La señora Brimley había estado vigilando la correspondencia de Finch. Cecily tomó nota mental de aquel interesante detalle antes de cambiar de táctica.

—Pensaba ir al pueblo esta mañana. Tal vez pueda responder algunas de esas preguntas en persona y ahorrarle la avalancha de averiguaciones.

—Muy considerado de su parte, mi lady —la señora Brimley asintió con aprobación—. Estoy segura de que todos agradecerían oír los hechos de labios de la señora de la mansión.

Cuando la señora Brimley se despidió, el señor Digby se volvió hacia Cecily con expresión compungida.

—Le pido disculpas por la intromisión, mi lady. La señora Brimley se mostró de lo más insistente.

—No se preocupe, señor Digby. La señora Brimley podría darle lecciones de persistencia a Scotland Yard.

Cecily volvió a mirar por la ventana.

—Creo que iré al pueblo, como tenía pensado. Tal vez pueda encauzar un poco todo este entusiasmo antes de que terminemos ofreciendo recorridos improvisados por el jardín.

—Una sabia precaución, mi lady. ¿Quiere que le pida al señor Penrose que prepare el automóvil?

—No, creo que iré caminando. El aire fresco me despejará la cabeza y me temo que la multitud me seguirá hasta el pueblo, lo que debería darles un poco de paz a nuestros huéspedes.

Hizo una pausa.

—Hablando de nuestros huéspedes, ¿dónde están esta mañana el señor Finch y la señorita Pumble?

—El señor Finch pidió un desayuno temprano y se ha recluido en la biblioteca con los mapas de la finca. La señorita Pumble tomó té en su habitación y ahora, según creo, está examinando los mecanismos de la fuente en el jardín.

El tono del señor Digby era neutro, pero Cecily detectó una nota de aprobación por la discreta presencia de la señorita Pumble.

—¿Y el señor Goodfellow?

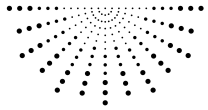
—Se marchó poco después del amanecer, mi lady. Mencionó algo sobre recoger componentes eléctricos adicionales en la ferretería del pueblo.

—Gracias, señor Digby. Infórmele al señor Finch que he ido al pueblo y que regresaré para el almuerzo. Y quizá podría sugerirle que permanezca dentro de la casa hasta mi regreso. Preferiría que los cazatesoros no lo abordaran en el césped.

—Muy prudente, mi lady.

11

UNA ODA AL VIEJO SILAS



Cuando Cecily salió, con Pip trotando fielmente a sus talones, el pequeño grupo reunido al final de la entrada se volvió al unísono para verla acercarse. Reconoció varias caras: Tom Pickering, cuya familia había trabajado las tierras de Ashcombe durante generaciones; el joven Timothy, de la oficina de correos, con aspecto a la vez importante y abrumado por la emoción; y la señora Thorne, esposa del tabernero del Gilded Goose, cuya presencia sugería que la noticia había alterado incluso el sagrado ritmo del horario de apertura del pub.

—Buenos días —los saludó Cecily con alegría—. Veo que las noticias vuelan en Little Codding.

—Con su permiso, mi lady —Tom Pickering se tocó la gorra con respeto—. No queríamos meternos donde no nos llaman. Solo teníamos curiosidad por ese caballero de Londres y la búsqueda del tesoro.

—Muy comprensible, señor Pickering —respondió Cecily, siguiendo su camino hacia el pueblo y comprobando, tal como había previsto, que el grupo echaba a andar junto a ella—. Aunque debo aclarar que el señor Finch está aquí principalmente para estudiar los rasgos históricos del Jardín Salvaje.

—¿Pero sí está buscando el oro? —preguntó Timothy con entusiasmo, luchando por evitar que su gorra oficial de cartero se le deslizara sobre el cabello revuelto.

—Al señor Finch le interesan los diseños de jardín de Silas Winterbottom —contestó Cecily diplomáticamente—. Cualquier… tesoro que se descubriera durante la restauración, desde luego, sería debidamente documentado.

Aquella cuidadosa respuesta desató una ráfaga de murmullos entre la improvisada comitiva. La señora Thorne se acercó un poco más a Cecily y bajó la voz en tono conspirativo.

—¿Es verdad que la maldición ya se cobró a su primera víctima? Timothy dice que una de las sirvientas casi se ahoga en una fuente embrujada.

Cecily reprimió una sonrisa.

—La señorita Pumble solo acabó empapada por una fuente que se estropeó, pero le aseguro que está perfectamente bien. El señor Goodfellow todavía está ajustando los sistemas eléctricos.

—Mi Albert dice que mezclar electricidad con tierra maldita es buscarse problemas —afirmó la señora Thorne con la seguridad de quien considera indiscutibles las opiniones de su marido sobre asuntos sobrenaturales—. Al viejo Silas no le haría ninguna gracia que esos artilugios modernos fueran a perturbar su descanso.

—Estoy segura de que al señor Winterbottom le fascinarían los avances eléctricos modernos —replicó Cecily—. Según el señor Finch, él mismo fue todo un pionero científico.

—Dicen que la noche antes de morir, todas las velas de Ashcombe Hall se volvieron azules —intervino Timothy, con los ojos muy abiertos—. ¡Y el mejor perro de caza del conde aulló durante tres horas seguidas y luego cayó muerto justo en el lugar donde después encontraron al viejo Silas!

Cecily se mordió la risa.

—Qué detalle tan extraordinariamente preciso. ¿Esa parte también venía en el poema de Nancy?

Timothy se sonrojó.

—Eso fue lo que me contó mi abuela.

—Tu abuela ni siquiera nació hasta 1860, Timothy —señaló Tom Pickering con sequedad.

—Bueno, entonces a ella se lo contó su abuela —replicó Timothy, con la dignidad un tanto herida.

Aquel animado intercambio continuó mientras se acercaban al prado comunal del pueblo. Little Codding ofrecía su aspecto más pintoresco bajo la luz de la mañana: una escena de encanto inglés en estado puro, con su antigua iglesia, sus casitas con techo de paja y el Gilded Goose presidiendo el prado comunal como un monarca benevolente. Sin embargo, aquel día esa tranquilidad habitual no se veía por ningún lado, reemplazada por una palpable agitación.

Varios grupos de vecinos conversaban con vivo interés y callaban al acercarse Cecily, para reanudar la charla con más intensidad apenas ella pasaba. Frente a la tienda del pueblo, un letrero pintado toscamente anunciaba «Amuletos contra maldiciones – seis peniques» junto a un despliegue de lo que parecían simples piedritas con símbolos pintados.

—La contribución de la señora Darby a toda esta excitación —explicó la señora Thorne, al notar la expresión entre divertida y perpleja de Cecily—. Dice que son auténticas piedras protectoras hechas según una vieja receta familiar. En realidad no son más que piedras del sendero de su jardín con marcas de betún, pero ya ha vendido una docena esta misma mañana.

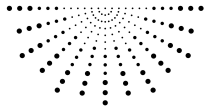
—Qué emprendedora —comentó Cecily, cada vez más asombrada de lo rápido que el pueblo entero se había movilizado en torno a los

rumores del tesoro.

—Yo misma compré dos —admitió la señora Thorne—. Nunca está de más ser precavida cuando hay maldiciones de por medio. Albert dice que son puras tonterías, pero también dijo lo mismo cuando les dieron el voto a las mujeres, y ya vio cómo terminó la cosa.

12

LA SOCIEDAD HISTÓRICA



Cuando llegaron al centro del prado, Cecily advirtió un nuevo alboroto que provenía de un pequeño edificio cubierto de hiedra, algo apartado de las demás construcciones. El letrero sobre la puerta lo identificaba como la «Sociedad Histórica y Museo de Historia Natural de Little Codding», aunque los lugareños por lo general lo llamaban sencillamente «el lugar de Percy», en honor a su entregado curador y único miembro del personal.

La puerta del museo se abrió de golpe y emergió una figura nervuda, con los brazos agitándose enérgicamente mientras se dirigía al pequeño grupo reunido en los escalones. Percival Pettigrew, conocido universalmente como Percy, era un hombre de mediana edad imposible de precisar, con el cabello ralo que nunca se quedaba en su sitio y unos anteojos que jamás se le enderezaban. Su chaqueta de tweed, remendada en los codos y salpicada con restos de diversas piezas del museo, había sido testigo, sin duda, de varias décadas de entusiastas disertaciones históricas.

—¡El descubrimiento histórico más importante del condado! —proclamaba cuando Cecily se acercó—. Si de verdad han localizado el legendario oro de Silas Winterbottom, es parte del patrimonio de Little Codding y hay que preservarlo para las generaciones futuras.

Percy divisó a Cecily y giró en mitad de la frase, con la expresión iluminada por un fervor casi evangélico.

—¡Lady Ashcombe! ¡Justo la persona que hacía falta!

Abandonó a sus otros oyentes para apresurarse hacia ella, a punto de tropezar con un adoquín suelto por la prisa.

—Por favor, debe decirles a estas buenas personas que su intención es asegurarse de que cualquier hallazgo se quede donde por derecho pertenece: ¡en nuestra comunidad!

Cecily se vio de pronto interceptada por el curador, que tenía el aire apremiante de un hombre que corre para impedir una catástrofe histórica.

—Buenos días, señor Pettigrew —dijo, soltando su mano del entusiasta apretón de él—. Veo que ya se enteró de la visita del señor Finch.

—¿Enterarme? Mi querida lady Ashcombe, ¡llevo años siguiendo las actividades de Alistair Finch! —Percy se acomodó los anteojos, que se le habían torcido por su propia vehemencia—. Ese hombre es un buitre: se abalanza sobre propiedades indefensas y se lleva sus tesoros históricos a sus propios bolsillos, a colecciones privadas y a museos de Londres. ¡Alguien tiene que detenerlo!

—Es una descripción bastante pintoresca —observó Cecily con suavidad—. ¿Ha tratado personalmente al señor Finch?

La expresión de Percy se ensombreció.

—Una vez, en un simposio sobre sistemas hidráulicos de jardines georgianos. Descartó de plano mi teoría sobre el uso de la dinámica de la presión del agua por parte de Capability Brown, la calificó de «patrañas de provincias» y luego tuvo el descaro de publicar una teoría notablemente parecida en *The Garden Chronicle* tres meses después. —Enderezó sus delgados hombros, indignado—. Pero esto

no tiene nada que ver con una rivalidad profesional. ¡Se trata de proteger la historia de Little Codding!

Su audiencia los había seguido y formaba ahora un círculo alrededor de Cecily y Percy. El historiador aprovechó la oportunidad y se dirigió tanto a ellos como a Cecily.

—¡Silas Winterbottom era hijo de Little Codding, nacido y criado en el pueblo! ¡Sus innovaciones pertenecen a nuestra comunidad! ¡Cualquier oro que se descubra debe quedarse aquí, en nuestro museo! —Hizo un ademán grandilocuente hacia el pequeño edificio a su espalda—. ¡Ya preparé incluso un espacio especial para la muestra!

Cecily miró por la puerta abierta del museo y vio lo que parecía ser una vitrina vacía, con un cartel escrito a mano que decía: «EL TESORO DEL VIEJO SILAS: EL LEGADO DORADO DE LITTLE CODDING».

—Eso es muy… proactivo de su parte, señor Pettigrew —dijo con diplomacia—. Aunque debo mencionar que todavía no hemos descubierto ningún tesoro real, ni de oro ni de ninguna otra clase.

—Pero Finch cree que existe —insistió Percy—. Si no, ¿por qué habría llegado con tanta premura? Ese hombre no se mueve por menos que hallazgos históricos de primera importancia o… —bajó la voz con tono dramático—… de mucho valor.

Los reunidos murmullaron, de acuerdo. Cecily comprendió que tendría que andar con cuidado para no alentar falsas esperanzas ni provocar hostilidad hacia su invitado.

—Sin duda, al señor Finch le interesa la importancia histórica del Jardín Salvaje —admitió—. Igual que a mí. Si allí hay algo de auténtica importancia histórica, le aseguro que será evaluado como corresponde y que se respetará su origen.

Percy pareció momentáneamente aplacado, aunque la sospecha no abandonaba su mirada tras los anteojos.

—¿Evaluado por quién, exactamente? No por Finch a solas, eso espero.

—Por expertos cualificados —afirmó Cecily, cuidándose de no especificar quiénes serían esos expertos.

—Yo mismo puedo prestar asesoría —se ofreció Percy de inmediato, hinchando su estrecho pecho—. Como miembro de la Sociedad Histórica de Little Codding y autor de *Buried Beneath: Subterranean Secrets of Rural England*, estoy más que calificado para…

—¿Y qué hay de la maldición, Percy? —interrumpió una voz desde el fondo de la multitud—. ¿Remover el oro hará caer sobre el pueblo la ira del viejo Silas?

Percy vaciló, visiblemente dividido entre el escepticismo erudito y el potencial dramático de lo sobrenatural. Al final, el rigor científico perdió la batalla.

—La maldición es un aspecto fascinante de la historia del lugar —declaró, entusiasmándose con el tema como si hubiera encontrado una mina de oro—. Aunque mantengo una objetividad profesional respecto de esos asuntos, hay constancia de cosas raras asociadas con intentos anteriores de localizar el escondite de Winterbottom. —Volvió a acomodarse los anteojos—. La expedición Butler de 1887, por ejemplo, fue abandonada tras inexplicables averías en el equipo y una misteriosa enfermedad que afectó únicamente a quienes habían entrado en la zona del Jardín Salvaje.

—Mi abuelo estuvo en esa expedición —intervino Tom Pickering—. Decía que a todos les dio tifoidea por tomar agua estancada, y que sus palas se rompieron porque las habían comprado de segunda mano a un herrero deshonesto de Oxford.

Percy ignoró este inconveniente dato.

—Los acontecimientos históricos están sujetos a múltiples interpretaciones, señor Pickering. La importancia cultural de la

narrativa de la maldición no puede descartarse simplemente debido a explicaciones alternativas de incidentes específicos.

—Esa es la forma en que un historiador dice «no dejes que los hechos estropeen una buena historia» —le susurró la señora Thorne a Cecily, lo bastante alto para que varios lo oyeran y soltaran una risita.

Las mejillas de Percy se enrojecieron levemente, pero se recuperó rápidamente.

—Los hechos, señora Thorne, son el fundamento mismo de la investigación histórica. Pero los hechos sin contexto son meramente…

—¿Aburridos? —sugirió Timothy, lo que arrancó otra risa general.

—Incompletos —concluyó Percy con dignidad—. Por ejemplo, es un hecho que en el último siglo se abandonaron tres intentos distintos de excavar la zona del Jardín Salvaje por accidentes o enfermedades. También es un hecho que la noche que murió el viejo Silas, varios testigos dijeron haber visto luces extrañas flotando sobre el roble. Estos hechos pueden tener explicaciones científicas, pero su patrón sugiere…

—¡Que ha estado leyendo demasiadas historias de fantasmas! —concluyó Tom Pickering de buen humor.

El debate podría haber continuado indefinidamente de no ser porque Cecily vio a una figura familiar abriéndose paso con determinación por el prado. Archibald Goodfellow se acercaba, con un paquete envuelto en papel marrón y con una expresión de tolerancia divertida hacia la aglomeración por la que se abría paso.

—Lady Ashcombe —la saludó, tocándose la gorra—. No esperaba encontrarla en medio de todo este alboroto.

—Señor Goodfellow —respondió Cecily con gratitud—. Estaba justamente explicándole a todos que nuestra restauración del jardín

es principalmente de interés histórico más que de búsqueda de tesoros.

—Ajá, aunque a esta gente le costará creerlo.

Entrecerró los ojos al observar los rostros expectantes que los rodeaban.

—Acabo de recoger un cable aislante nuevo de la ferretería. Parece que tuve que responder una docena de preguntas sobre oro enterrado hasta que me lo vendieron.

Percy había estado observando este intercambio con creciente impaciencia.

—Señor Goodfellow —dijo abruptamente—, como el ingeniero que trabaja en el Jardín Salvaje, debe de haber visto indicios de las instalaciones originales de Winterbottom. ¿Ha notado formaciones geológicas inusuales o restos metálicos inexplicables?

Archibald observó a Percy con calma, y su pragmatismo yorkshireño no parecía impresionarse por la intensidad dramática del historiador.

—No, la verdad que no, más allá de lo normal en un jardín de esa edad. Un poco de tubería vieja, algunos canales de piedra, nada que me grite «mapa del tesoro».

El rostro de Percy decayó momentáneamente, pero se recuperó rápidamente.

—Bueno, no necesariamente reconocería las señales sin conocimiento especializado. Los métodos de Winterbottom eran famosamente crípticos. Sus contemporáneos lo describían como «un hombre que escribía en acertijos y construía en códigos».

—¿Ah, sí? —respondió Archibald, en tono neutral pero con un dejo de escepticismo.

—¡Absolutamente! De hecho… —Percy estaba claramente a punto de lanzarse a una exposición detallada cuando Cecily, aprovechando la

oportunidad de escabullirse, intervino con suavidad.

—Señor Pettigrew, su conocimiento es claramente invaluable. ¿Tal vez estaría dispuesto a proporcionarnos algún material escrito sobre Silas Winterbottom que pudiera ayudarnos con la restauración? El señor Goodfellow y yo debemos volver a Ashcombe, pero le agradecería mucho cualquier contexto histórico que pudiera compartir.

Percy se animó inmediatamente.

—¡Estaría encantado! Tengo varias monografías sobre el tema que yo mismo he escrito. Y mi colección de historias orales locales sobre la maldición es incomparable —vaciló, y luego añadió con una transparencia casi entrañable—: ¿Sería posible que visitara Ashcombe? ¿Para ver el jardín en persona? Puramente para documentación académica, entiéndame.

Cecily lo consideró un momento. Tener a Percy por ahí podría ser agotador, pero su conocimiento podía ser útil de verdad, y mantenerlo informado quizá evitara que el entusiasmo del pueblo se desbordara.

—¿Quizá mañana por la tarde? Todavía estamos en la fase de evaluación preliminar, pero me gustaría conocer su perspectiva histórica.

Percy parecía a punto de levitar de alegría.

—¡Mañana por la tarde! ¡Perfecto! Traeré mis materiales de investigación, mi equipo de medición y mi… —bajó la voz a un susurro dramático— ¡aparato de detección especializado!

—¿Aparato de detección? —repitió Archibald, alzando una ceja.

Percy se tocó la nariz con aire misterioso.

—He desarrollado ciertos instrumentos sensibles a anomalías. Muy científicos, muy precisos —sus ojos brillaron con un brillo casi febril —. ¡Y daría cualquier cosa por saber qué secretos ha descubierto

Finch sobre la disposición del jardín! ¡El hombre guarda su investigación como un dragón guarda su oro!

Cecily parpadeó ante esta declaración inesperada.

—Bueno, esperemos que no llegue a eso —dijo con ligereza—. La colaboración científica es seguramente preferible al asesinato.

—¡Oh! Sí, por supuesto —Percy rió nervioso, ajustándose la corbata ya torcida—. Es solo un decir, nada más. Aunque no negaré que la importancia histórica justifica pasión extrema y celo protector.

Sus ojos brillaron con un fervor ciertamente académico, pero un tanto inquietante por su intensidad.

—¡El descubrimiento del legado de Winterbottom sería el logro culminante de mi carrera!

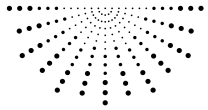
—Bueno, ya veremos qué se puede descubrir —respondió Cecily con diplomacia—. Hasta mañana, señor Pettigrew.

Mientras ella y Archibald se abrían paso entre la multitud, con Pip trotando victorioso por delante con un palo que le había dado un niño admirador del pueblo, Archibald soltó una risita.

—Vaya función. Hasta a uno le dan ganas de creer que hay algo de verdad en los rumores del tesoro, viendo cómo se pone la gente.

13

DONDE ESTÁ TU TESORO



Mientras doblaban la curva del camino de entrada que dejaba ver Ashcombe Hall, Cecily volvió a sentirse impresionada por las líneas elegantes de la mansión jacobina que, de manera tan inesperada, se había convertido en su responsabilidad. El sol de la mañana arrancaba destellos de las ventanas de parteluces, haciéndolas brillar como el tesoro que, según los rumores, estaba oculto en sus terrenos. Ya fuera oro enterrado en el Jardín Salvaje o simplemente una interesante pieza de historia hortícola, estaba decidida a que, pasara lo que pasara, todo sirviera para el bien de Ashcombe.

—Hablaré con el señor Finch esta tarde —decidió en voz alta—. Le pondré límites claros a su investigación. Ashcombe ha guardado sus secretos durante siglos; unos cuantos días más no harán ninguna diferencia.

Archibald asintió con aprobación.

—Sí, mi lady. Hay cosas que no deben apresurarse, sobre todo cuando hay más de una persona ansiosa por dar con ello. Pero se lo advierto desde ahora, mi lady: no pierda de vista a Finch. No es de confianza. Su ayudante, en cambio, es una muchacha encantadora.

Llena de ideas, un verdadero tesoro, si él abriera los ojos y se diera cuenta.

—¿Parece que no es su primer encuentro con el señor Finch? —preguntó Cecily.

—Baste decir que ya nos hemos enfrentado antes.

Se separaron en la entrada de la casa: Archibald se encaminó hacia el jardín con sus materiales eléctricos, y Cecily entró, con Pip siguiéndola fielmente a los talones. Al cruzar el vestíbulo, encontró a la señora Fotheringill esperándola con una expresión que sugería que, en su ausencia, habían ocurrido nuevos acontecimientos.

—El señor Finch ha estado preguntando por usted con particular insistencia, mi lady —le informó—. Al parecer ha logrado lo que describe como un «gran avance» respecto al diseño del jardín.

—Ya veo. ¿Y dónde está el señor Finch ahora?

—Sigue en la biblioteca, mi lady. Con varios de los mapas de la finca extendidos sobre la mesa de una manera que… —Fotheringill hizo una pausa, buscando una formulación adecuadamente neutral—… denota más entusiasmo que orden.

Cecily reprimió una sonrisa ante la descripción diplomática de su ama de llaves para lo que, con toda probabilidad, era un caos.

—Gracias. Hablaré con él en un momento. ¿Hubo algún otro… interés por parte del pueblo mientras estuve fuera?

—Tres consultas más, mi lady, incluida una del señor Jeremiah Crimp, que ofrecía sus servicios como «excavador profesional de hoyos, a una tarifa que, según me aseguró, es muy razonable». —La expresión de Fotheringill dejaba muy clara su opinión sobre la oferta —. Me tomé la libertad de rechazarla en su nombre.

—Muy sensato, Tilly. Aunque sospecho que todavía no hemos visto lo último del espíritu emprendedor de Little Codding en este asunto. —Cecily suspiró mientras se quitaba los guantes—. Parece que, sin

querer, hemos liberado un genio que no será fácil meter de nuevo en la botella.

—Una metáfora de lo más acertada, mi lady. —El rostro normalmente impasible de Fotheringill se suavizó apenas un poco—. Si me permite decirlo, creo que al difunto conde le habría divertido muchísimo toda esta conmoción. Siempre disfrutó de un buen revuelo en el pueblo.

—¿De veras? —Cecily sonrió, conmovida por aquella observación tan poco habitual en la señora Fotheringill, que había servido al anterior conde durante décadas—. Bien, entonces, en honor a su memoria, quizá debamos entregarnos a la excitación del momento, procurando al mismo tiempo que no se nos vaya por completo de las manos.

—Un equilibrio juicioso, mi lady.

Mientras Cecily se dirigía a la biblioteca para escuchar los últimos hallazgos del señor Finch, se encontró reflexionando sobre los acontecimientos de la mañana. La apasionada defensa del patrimonio local por parte de Percy Pettigrew, la tranquila mención de Archibald sobre unas estructuras insólitas bajo el jardín y su profunda desconfianza hacia Finch, la rápida transformación del pueblo en un hervidero de fiebre del tesoro. Todo apuntaba a complicaciones que no había previsto cuando pensó por primera vez en restaurar el abandonado Jardín Salvaje.

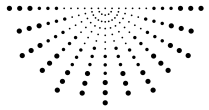
La verdad rara vez es simple y nunca es fácil, solía decir su padre cuando debía enfrentarse a disputas parroquiales. Aquella situación, con su maraña de misterio histórico, orgullo local y posibles intereses encontrados, sin duda confirmaba su sabiduría. Y, sin embargo, por debajo de sus preocupaciones, Cecily no podía negar un leve aleteo de emoción. Si de verdad había algo valioso escondido en el Jardín Salvaje, ya fuera histórico, científico o incluso el propio oro legendario, su descubrimiento bien podía ser justo el milagro que Ashcombe necesitaba.

—Porque donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón —murmuró para sí al acercarse a la puerta de la biblioteca.

La pregunta ahora era de quién sería el corazón y cuál sería el tesoro que terminaría saliendo a la luz de los secretos enmarañados del jardín del viejo Silas.

14

UNA VISITANTE INESPERADA



La tarde trajo otra visita inesperada a Ashcombe Hall. Cecily acababa de terminar una conversación un tanto desconcertante con el señor Finch, cuyo «gran avance» había consistido, en buena medida, en especular con entusiasmo sobre un elaborado sistema de canales subterráneos de agua que tal vez —o tal vez no — convergían bajo el viejo roble.

—Ya ve, lady Ashcombe —insistió, dando golpecitos a un plano ajado del jardín con tanto entusiasmo que su monóculo estuvo a punto de salir volando—: estos no son simples cursos de agua decorativos. ¡Son matemáticas en estado líquido!

Su entusiasmo era, sin duda, genuino, pero sus explicaciones se volvían cada vez más enrevesadas, salpicadas de referencias que la hacían preguntarse si era un visionario brillante o si simplemente se dejaba arrastrar por su propia imaginación.

—Matemáticas expresadas mediante el diseño del jardín —respondió ella con cuidado—. Vaya, qué innovador.

—¡Precisamente! —exclamó Finch, radiante, como si ella hubiera comprendido una verdad profunda—. El viejo Silas se adelantó décadas —¡siglos!— a su tiempo.

Cecily había asentido, manteniendo la compostura mientras advertía en silencio que Finch hablaba de Silas Winterbottom con la familiaridad de un discípulo devoto más que con la distancia de un investigador. Había algo casi febril en su entrega, una cualidad que despertaba su cautela al mismo tiempo que avivaba su curiosidad.

Aún seguía dándole vueltas al asunto, mientras cruzaba el vestíbulo con Pip pisándole los talones, cuando sonó el timbre con una insistencia que delataba a alguien acostumbrado a ser atendido de inmediato. La resonancia de la campana de bronce retumbó por el vestíbulo revestido de roble y sobresaltó a Duchess, que dormitaba y se escabulló con un indignado latigazo de su cola plateada.

El señor Digby se materializó de ese sitio misterioso donde habitaban los mayordomos cuando no están ocupados en ser mayordomos, con una expresión que no revelaba nada salvo una profesional disposición.

—Yo me encargo, mi lady.

—Gracias, señor Digby.

Cecily se detuvo al pie de la gran escalinata, curiosa por esta nueva visita. La fiebre del tesoro en el pueblo ya había provocado un flujo constante de visitas durante toda la mañana, desde la esposa del panadero, que había traído una receta de pastel «histórica» supuestamente favorita de Silas Winterbottom, hasta el aprendiz del herrero, que se ofrecía a forjar «auténticas herramientas de jardinería de época» por lo que, según le aseguró, era un precio especial para la señora de la casa.

Un haz de luz otoñal, dorado como la mantequilla, caía por las ventanas emplomadas e iluminaba la grandeza desvaída del vestíbulo de Ashcombe. La alfombra turca, antaño brillante, se había gastado bajo generaciones de pies aristocráticos, y los paneles de roble lucían esa pátina sutil que solo podían conceder los siglos. Cecily había llegado a querer esas señales del paso del tiempo.

Hablaban de continuidad y perdurabilidad, cualidades que esperaba encarnar en su inesperado papel de señora de Ashcombe Hall.

Las voces de la entrada llegaron hasta donde estaba. El tono mesurado del señor Digby servía de sereno contrapunto a la cadencia nítida y aristocrática de una mujer. Esta última tenía el timbre inconfundible de alguien que daba por sentada la deferencia como un derecho.

—…es absolutamente esencial que vea a lady Ashcombe de inmediato. Somos viejos amigos, ya sabe. O, mejor dicho, conocí muy de cerca al difunto conde. El querido Harlecombe siempre insistía en que considerara Ashcombe mi segunda casa.

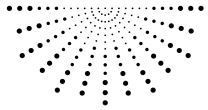
Cecily alzó una ceja. El difunto conde, un solterón huraño y de sociabilidad famosamente escasa, no había dejado constancia alguna de amistades íntimas que ahora pudieran reclamar privilegios especiales. Durante sus últimos años, su idea de la diversión social consistía en permitir que el aprendiz del jardinero leyera poesía en voz alta mientras él dormitaba junto al fuego.

El señor Digby apareció en el umbral del vestíbulo con un semblante que era una obra maestra de neutralidad y que Cecily estaba aprendiendo a leer con creciente soltura. La ligera tensión en las comisuras de los ojos sugería que sentía lo que, en otro hombre, podría haberse llamado irritación.

—Lady Constance Harrington, mi lady —anunció, con un énfasis apenas perceptible en el título que sugería que su autenticidad estaba, cuando menos, en entredicho.

15

LADY CONSTANCE



La mujer que entró en el vestíbulo detrás de él era alta, elegantemente vestida con un atuendo de viaje que claramente había empezado el día impecable, pero que ahora llevaba las huellas sutiles de un viaje hecho más con prisa que con comodidad. Su cabello, arreglado con maestría bajo un sombrero cloché a la moda, tenía apenas un matiz más cobrizo de lo que la naturaleza probablemente había previsto, y su rostro, aunque hermoso, mostraba un cuidadoso maquillaje destinado a sugerir que seguía cómodamente por debajo de los sesenta.

—¡Lady Ashcombe! —exclamó, avanzando con las manos extendidas —. ¡Qué delicia, por fin conocerla! Constance Harrington… pero tiene que llamarme Connie. Todos mis amigos íntimos me llaman así.

Su perfume llegó un instante antes que ella: una costosa fragancia francesa que parecía anunciar su posición social con más eficacia que cualquier tarjeta de visita. Cecily aceptó las manos que le ofrecía, fijándose en los numerosos anillos que adornaban los dedos de la mujer y en el leve temblor que sugería excitación o tensión bajo aquel exterior impecable.

—Lady Constance. Bienvenida a Ashcombe Hall. Un placer... inesperado.

—Por favor, insisto en que me llame Connie. —Su risa sonó como cristal, ensayada y perfecta—. Y debo disculparme por llegar sin aviso. Una descortesía terrible, lo sé. Pero cuando me enteré de que la querida Fenella sigue viviendo aquí con usted, sencillamente no pude resistirme a la oportunidad de reencontrarme con mi amiga más antigua.

La sorpresa debió de reflejársele a Cecily en el rostro, porque la sonrisa de lady Connie se ensanchó y dejó ver unos dientes que rivalizaban con sus perlas tanto en blancura como, probablemente, en precio.

—¡Oh, sí, Fenella y yo nos conocemos desde hace décadas! Éramos inseparables durante nuestras temporadas en Londres. ¡Las aventuras que corrimos! —Sus ojos adoptaron un brillo deliberadamente nostálgico—. ¿Está por aquí? Me muero por ver la cara que pondrá cuando se dé cuenta de que he venido a darle una sorpresa.

Por lo que Cecily sabía de lo que lady Fenella pensaba de las visitas inesperadas —o, en realidad, de casi cualquier interacción humana —, aquel reencuentro prometía ser interesante, aunque quizá no del modo en que lady Connie lo imaginaba. Lady Fenella había descrito una vez a las visitas imprevistas como «peores que los piojos, porque al menos estos últimos pueden tratarse con una simple solución de alquitrán de hulla».

—Lady Fenella suele descansar a esta hora de la tarde —respondió Cecily con diplomacia—. Pero estoy segura de que le encantará verla a la hora del té.

—¡Perfecto! Eso le dará tiempo a Millicent para desempacar mis cosas. —Lady Connie hizo un gesto vago hacia atrás.

Solo entonces Cecily advirtió la figura menuda que esperaba pacientemente junto a la entrada: una mujer de mediana edad, vestida de oscuro con sencillez, y cargando una cantidad notable de equipaje. A diferencia de su ama, la doncella mostraba señales

inequívocas de un viaje penoso; su postura sugería resistencia estoica más que entusiasmo. Las sombras oscuras bajo los ojos hablaban de madrugones y jornadas que terminaban tarde, mientras que sus prácticos zapatos de cordones estaban gastados y marcados por lo que Cecily sospechaba que era algo más que el viaje de ese día.

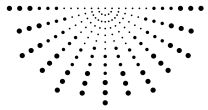
—¿Sus… cosas? —repitió Cecily, mirando con creciente inquietud la montaña de valijas y sombrereras.

Esto empezaba a parecerse menos a una visita casual y más a una ocupación militar. Contó al menos tres maletas grandes, varias sombrereras y lo que parecía ser un estuche especial para vestidos de noche.

—Solo lo indispensable —dijo lady Connie con ligereza—. Una nunca sabe qué oportunidades sociales pueden surgir, incluso en el campo. Yo siempre digo que más vale prevenir que quedarse corta de vestuario.

16

INTERÉS ARISTOCRÁTICO



El señor Digby, de pie como un centinela detrás de la visita, captó la mirada de Cecily. La mínima elevación de una ceja dijo muchísimo sobre su opinión de aquella invasión y sus probables consecuencias para la rutina de la casa. La leve inclinación de la cabeza hacia la doncella sugería que había más información, en cuanto el decoro permitiera compartirla.

—Qué considerada de su parte venir a visitar a lady Fenella —dijo Cecily con cuidado, notando el ligero rubor en el cuello de lady Connie, que desmentía su aparente despreocupación—. ¿Puedo preguntarle cuánto tiempo piensa quedarse con nosotros?

Lady Connie hizo un gesto despectivo con una mano adornada por un anillo de esmeralda que atrapó la luz de manera impresionante.

—Oh, no se me ocurriría imponerme más que unos cuantos días. Solo lo suficiente para ponerme al día con Fenella como es debido y conocer esta encantadora finca de la que tanto he oído hablar.

Su mirada recorrió el vestíbulo de entrada.

—Tengo entendido que últimamente ha habido algunos descubrimientos muy emocionantes en los jardines, ¿no?

Y ahí estaba. El verdadero propósito de aquella visita inesperada, envuelto en el más fino barniz de cortesía social. Cecily pensó en la observación frecuente de su padre: que la verdad, como la crema, inevitablemente sube a la superficie si una tiene paciencia.

—Las noticias corren rápido, sin duda —observó con tono ligero.

—Oh, ya sabe cómo es esto en ciertos círculos —replicó lady Connie con una sonrisa cómplice—. Basta el más leve susurro de algo interesante para que todo el mundo necesite enterarse de los detalles. Mis amistades en Londres estaban de lo más intrigadas con eso de que un arquitecto paisajista había venido a toda prisa a examinar un jardín histórico.

Se inclinó hacia ella y bajó la voz hasta un susurro teatral que, gracias a la acústica del vestíbulo, se oyó perfectamente.

—¿Es verdad que hay un tesoro enterrado? ¡Qué emocionante!

Cecily mantuvo su sonrisa diplomática. Lady Connie era, evidentemente, otra cazatesoros, aunque envuelta en modales aristocráticos en vez de credenciales académicas.

—El señor Finch está investigando los rasgos históricos de nuestro Jardín Salvaje. Cualquier descubrimiento quedará debidamente documentado, por supuesto.

—Por supuesto —convino lady Connie, aunque los ojos le brillaban con un interés ávido—. Bueno, no voy a tenerla aquí de pie respondiendo mis preguntas tontas. ¿Podría su mayordomo indicarle a Millicent dónde dejar mis cosas? Estoy muerta de sed después del viaje. Esa pequeña estación de tren es encantadora, pero el servicio es realmente bastante primitivo. Tuvimos que esperar una eternidad a que llegara un carruaje para traernos hasta aquí.

La expresión de la doncella no cambió al mencionar aquel suplicio, pero Cecily notó que se le hundieron levemente los hombros, como si el solo recuerdo añadiera peso a su carga. Había algo en la tranquila dignidad de la mujer que le recordó a las enfermeras

voluntarias de la VAD con las que había servido durante la guerra: mujeres capaces, que soportaban incomodidades sin quejarse mientras quienes recibían sus cuidados seguían felizmente ajenos a sus esfuerzos.

—Señor Digby, quizá podría ayudar a la doncella de lady Constance y pedirle a la señora Fotheringill que prepare la Habitación Azul.

Cecily se volvió hacia su invitada.

—¿Le gustaría tomar un refrigerio mientras preparan su habitación? Puedo hacer que sirvan el té en el saloncito.

—Sería maravilloso.

Lady Connie se quitó los guantes, dejando al descubierto unas manos perfectamente cuidadas.

—Y, por favor, dígame Connie. Insisto.

Mientras el señor Digby se marchaba con la agobiada Millicent y su carga de equipaje, Cecily condujo a su invitada al salón, reajustando para sí misma los planes del día. Fuera cual fuese el verdadero propósito de lady Constance en Ashcombe, no parecía probable que simplificara una situación ya bastante compleja.

Pip trotó junto a ellas, observando a la recién llegada con una curiosidad nada disimulada. Dio una vuelta completa alrededor de lady Connie y luego estornudó con firmeza; si aquello significaba aprobación o juicio, era imposible saberlo.

—Qué criaturita tan… animada —observó lady Connie, mirando a Pip con la cautela respetuosa de alguien que valoraba sus medias—. Yo siempre he sido más de gatos. Son mucho más dignos.

—Pip es muchas cosas, pero digno rara vez es una de ellas —convino Cecily con una sonrisa afectuosa para el terrier—. Eso sí, tiene una habilidad extraordinaria para juzgar el carácter de la gente.

La risa de respuesta de lady Connie tuvo un matiz de incertidumbre.

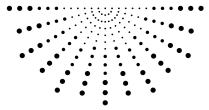
—Qué encantador. Y dígame, ¿Fenella sigue teniendo ese espantoso gato persa? Duchess, ¿verdad? Esa criatura infernal solía dejarme todo el vestido de noche lleno de pelos cada vez que visitaba la casa de Fenella en Londres.

—Duchess sigue muy dueña de la casa —confirmó Cecily, abriendo la puerta del saloncito, donde la luz de la tarde templaba la tapicería de chintz desvaída—. Por lo general, en cualquier rincón soleado que le ofrezca la mejor combinación de calor y observación estratégica.

—Completamente propio de ella —murmuró lady Connie al entrar en el salón—. Se parece muchísimo a la propia Fenella. Hay cosas que nunca cambian.

17

UN REENCUENTRO ANIMADO



Ya habían servido el té y agotado las cortesías cuando la puerta del salón se abrió para revelar a lady Fenella Crowthorne envuelta en una nube de perfume de lavanda y dramática indignación. A pesar de sus muchos años, la lady viuda mantenía un porte regio y un sentido de la moda que desafiaba tanto a la edad como a las convenciones. Aquel día iba vestida con un conjunto vaporoso de seda púrpura que sugería una mezcla entre una emperatriz romana y una adivina particularmente llamativa.

—Cecily, querida, acabo de enterarme de lo más extraordinario…

Se interrumpió de golpe, y sus ojos delineados con kohl se abrieron de par en par al ver a la visita.

—Santo cielo. Constance Harrington. Pensé que a Digby debía de estar dándole alguna clase de ataque apoplético cuando dijo que usted estaba aquí.

Lady Connie se puso de pie con una exclamación encantada que a Cecily le sonó varias notas demasiado aguda para ser sincera.

—¡Fenella! ¡Mi queridísima, queridísima amiga! ¡Ha pasado una eternidad!

—Ni remotamente lo suficiente —murmuró lady Fenella, antes de adoptar una sonrisa de una insinceridad tan deslumbrante que Cecily tuvo que morderse el labio para no soltar una risa—. Connie. Qué… sorpresa.

Las dos mujeres intercambiaron besos al aire con la precisión de dos esgrimistas que ponen a prueba la guardia ajena. Cecily observó, fascinada, recordando un documental de naturaleza que había visto una vez sobre pavos reales territoriales: todo era despliegue vibrante y agresión apenas contenida.

—No ha cambiado ni un poco —declaró lady Connie, manteniendo las manos de lady Fenella entre las suyas una fracción más de lo que parecía cómodo para cualquiera de las dos—. Sigue siendo la mujer más elegante de cualquier habitación.

—Y usted sigue abriéndose camino a punta de halagos extravagantes —replicó lady Fenella, soltándose y dejándose caer con gracia en un diván—. Qué alivio que sea tan predecible. Detesto cuando la gente desarrolla nuevas tácticas a nuestra edad. Denota una inquietante falta de autoconocimiento.

—Siempre tan mordaz —dijo lady Connie, sin borrar la sonrisa fija—. Un verdadero don. Aunque una debe tener cuidado de no cortarse con él.

Cecily contempló aquel intercambio con fascinación, sintiéndose más bien como espectadora de un duelo a muerte particularmente elegante. Los dardos volaban con elegante precisión; cada mujer anotaba puntos sutiles mientras mantenía la ficción de un reencuentro afectuoso. Era guerra social en su forma más refinada, una batalla librada enteramente a través de cumplidos y recuerdos.

Sirvió otra taza de té para lady Fenella, que la aceptó con una mirada agradecida y un guiño apenas perceptible.

—Lady Constance me estaba hablando de sus temporadas en Londres juntas —dijo Cecily, curiosa por ver cómo se tomaría

aquello.

Lady Fenella alzó una ceja perfectamente arqueada.

—¿De veras, Connie? Qué diligente de su parte acordarse de ellas después de tanto tiempo. Considerando la cantidad de champaña de por medio, me impresiona que alguna de las dos recuerde algo más que una vaga impresión de tul y coqueteos inapropiados.

—Oh, Fenella, ¡qué mala eres! —la risa de lady Connie trinó como un pájaro nervioso—. Vas a hacer que lady Ashcombe piense que éramos terriblemente alocadas.

—Éramos terriblemente alocadas, querida. Ese era justamente el punto. Aunque, claro, unas lo éramos más que otras.

Lady Fenella se volvió hacia Cecily con aire conspirador.

—¿Le contó lo de aquella vez que «accidentalmente» rasgó la cola del vestido de presentación de lady Devonshire? Justo antes de que las dos fueran presentadas ante la reina Victoria.

La sonrisa de lady Connie se tensó casi imperceptiblemente.

—Historia antigua, querida. Estoy segura de que a lady Ashcombe no le interesan nuestras indiscreciones juveniles.

—Al contrario —respondió Cecily con afabilidad, acomodándose mejor en su silla—. Los relatos históricos me parecen muy esclarecedores. El pasado suele dar contexto al presente, ¿no es así?

—En efecto —convino lady Fenella, con los ojos brillantes de picardía mientras tomaba un sándwich de pepino—. Por ejemplo, la presencia actual de Connie en Ashcombe podría parecer inexplicable sin el contexto de que siempre ha tenido un olfato extraordinario para las situaciones potencialmente ventajosas.

—Hace que suene francamente mercenaria —protestó lady Connie, aunque su risa tenía una fragilidad quebradiza que le recordó a Cecily el hielo delgado resquebrajándose bajo los pies.

—En absoluto —replicó lady Fenella—. Solo resuelta. Es una cualidad que siempre he admirado.

A aquella observación siguió una pausa incómoda, durante la cual lady Connie revolvió el té con tanta fuerza que formó un pequeño remolino.

La pausa solo se rompió cuando Pip, que había estado inspeccionando el salón con su minuciosidad habitual, salió disparado hacia la puerta y comenzó a ladrar excitado, con el rabo corto vibrando de entusiasmo canino.

—Pero ¿qué demonios…?

Lady Connie no pudo terminar, interrumpida por la aparición de Fotheringill.

—Perdone la interrupción, mi lady. Ya han dejado el equipaje en la Habitación Azul.

Se dirigió a Cecily y luego se volvió hacia lady Connie con una cortesía impecable.

—Su doncella me pidió que preguntara por una caja de sombreros en particular que, al parecer, se ha perdido en el trayecto.

—¿Caja de sombreros? —lady Connie frunció el ceño—. No imagino cuál puede ser… traje varias.

—La azul, con ribetes plateados, según dijo ella. Contiene una prenda de especial importancia.

La expresión de Fotheringill siguió siendo cuidadosamente neutra, pero Cecily detectó el más leve énfasis en la palabra «especial», lo que sugería que aquella consulta ocultaba algo más que simple logística de equipaje.

La expresión de lady Connie se aclaró.

—Ah, sí, mi vestido de noche para la cena. Debe de seguir en el vestíbulo. Le indiqué expresamente que se encargara ella misma de

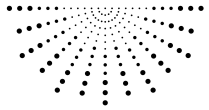
ese. Qué fastidio que lo haya extraviado.

—Haré que lo localicen de inmediato —le aseguró Fotheringill, antes de dirigirse una vez más a Cecily—. ¿Desea algo más, mi lady?

—Gracias, Tilly. Eso será todo por ahora.

18

ASUNTOS PENDIENTES



Cuando el ama de llaves se retiró, Pip cesó sus ladridos y volvió a su investigación del perímetro de la habitación con renovada determinación. Su atención se había desplazado a un biombo japonés ornamentado en la esquina, detrás del cual lady Fenella a veces escondía la ginebra que insistía en que era «medicinal» y sobre la que la señora Fotheringill fingía no saber nada.

—Un personal tan atento —observó lady Connie, sirviéndose una galleta de limón—. Debe de serle un gran consuelo al encargarse de una finca tan grande, sobre todo viniendo de un origen más... modesto.

Lady Fenella no pasó por alto el comentario, formulado con una sonrisa pero cargado de una sutil insinuación, y sus ojos se entrecerraron peligrosamente. Cecily sintió una punzada de incomodidad, pero enseguida recordó el consejo habitual de su padre: la verdadera dignidad no estaba en ofenderse, sino en volver imposible ofenderla.

—He comprobado que el respeto trasciende las circunstancias —respondió con calma—. El personal de Ashcombe es extraordinario, y agradezco su pericia y dedicación.

—Cecily lleva Ashcombe con una gracia y una competencia que pondrían en ridículo a la mayoría de los aristócratas —declaró lady Fenella con firmeza; la calidez de su voz hacia Cecily contrastaba marcadamente con el tono glacial de un momento antes—, incluidos varios a los que podría nombrar, nacidos con títulos que luego se empeñan en mancillar con tediosa regularidad.

Las mejillas de lady Connie se sonrojaron levemente.

—No quise ofender, por supuesto. Es solo que una oye cosas, y la gente no deja de preguntarse por el... inusual legado del difunto conde.

—La gente siempre anda metiéndose en lo que no le importa —replicó lady Fenella con acritud—. Es lo que mantiene en pie a las columnas de chismes y les da a los ociosos algo de qué hablar durante el bridge —se volvió hacia Cecily con un guiño conspirador —. Hablando de chismes, tengo entendido que nuestro novelista de misterio residente ha vuelto a interrogar a los jardineros sobre plantas venenosas y tesoros enterrados. El pobre canónigo Bott debe de estar planeando otro asesinato literario.

Cecily, agradecida por el cambio de tema, sonrió.

—Insiste en que es puramente para un sermón sobre los peligros de la vanidad, pero noté que estaba tomando notas bastante detalladas sobre la belladona.

—Los clérigos —suspiró dramáticamente lady Fenella, alzando la taza de té en un brindis burlón—. Siempre tan fascinantemente taimados. He tenido tres maridos y dos despertares religiosos, y fueron estos últimos los que más me costaron en sobresaltos emocionales.

—Siempre fuiste demasiado cínica para la verdadera devoción espiritual, Fenella —observó lady Connie, tomando otra galleta—. Recuerdo cómo te burlabas de las sesiones espiritistas de lady Winchester, incluso cuando la mesa sí se movió.

—Porque Reggie Pembroke le estaba dando patadas a una pata de la mesa con la bota, querida. Caso cerrado —lady Fenella se volvió hacia Cecily con un exagerado giro de ojos—. Hasta dónde llega alguna gente con tal dtomando de la mano a jovencitas casaderas en cuartos a oscuras.

—Tomo nota de no asistir jamás a una sesión espiritista —rió Cecily —. Aunque debo admitir que el pueblo está tan fascinado con el fantasma del viejo Silas que casi espero encontrarme con su aparición en el salón parroquial.

Un repentino alboroto bajo la mesa del té interrumpió la conversación. Pip emergió en un torbellino de excitación con algo en la boca, meneando la cola con aire triunfal, como si hubiera capturado la presa más esquiva de todo Oxfordshire.

—¡Pip! ¿Qué tienes ahí? Suéltalo, por favor —ordenó Cecily, reconociendo el brillo en sus ojos que usualmente precedía la destrucción de algún objeto doméstico.

Para su sorpresa, el terrier trotó obedientemente hasta ella y dejó su premio a sus pies: un pequeño rectángulo blanco que Cecily reconoció como una tarjeta de presentación. La recogió y leyó las letras en relieve: «Alistair Finch, F.R.H.S. — Consultoría de paisajismo histórico y restauración de jardines».

Más interesante que la tarjeta en sí era la anotación manuscrita en el reverso: el nombre de lady Constance y lo que parecía un cálculo o unas anotaciones numéricas.

—Creo que esto puede ser suyo, lady Constance —dijo Cecily, extendiendo la tarjeta—. Aunque cómo terminó aquí...

La expresión de lady Connie vaciló un instante entre la alarma y la compostura antes de asentarse en una sonrisa tensa.

—¡Qué extraordinario! Debe de haberse caído de mi bolso. El señor Finch trabajó en el jardín de mi hermana en Berkshire el verano pasado. Un asunto sin importancia relacionado con un estanque

ornamental —tomó la tarjeta con rapidez y se la deslizó en la manga con una destreza que denotaba cierta práctica en hacer desaparecer objetos pequeños—. Su perrito sí que sabe recuperar cosas, ¿verdad?

—Pip tiene muchos talentos —convino Cecily, guardándose mentalmente aquella inesperada conexión entre lady Connie y su paisajista residente—. Aunque recuperar cosas no suele estar entre ellos. Más bien se dedica a sacar cosas de donde deberían quedarse.

Lady Connie se secó los labios con una servilleta, evitando la mirada de lady Fenella.

—Hablando de viajes, vengo bastante cansada del camino. ¿Podría retirarme a arreglarme un poco antes de la cena? —se levantó, alisándose la falda—. Gracias por el encantador té, lady Ashcombe. Espero ver más de los famosos jardines de Ashcombe durante mi estancia.

—Por supuesto —respondió Cecily, levantándose también y notando la prisa apenas disimulada en los movimientos de lady Connie—. El señor Digby la acompañará a su habitación.

Como si la sola mención de su nombre lo hubiera conjurado, el mayordomo apareció en la puerta del salón, con su puntualidad impecable de siempre. Cecily se preguntó por un instante si tendría alguna especie de instinto para los apuros sociales, o si simplemente mantenía una posición estratégica en el corredor durante los encuentros potencialmente tensos.

—La habitación de lady Constance está preparada, mi lady.

—Gracias, señor Digby —Cecily se volvió hacia su invitada—. Cenamos a las ocho. Nada formal, por supuesto.

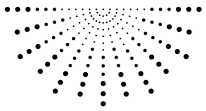
—Perfecto. Hasta entonces.

Con una última sonrisa que de algún modo excluyó por completo a lady Fenella, lady Connie se marchó, dedejar a su paso un rastro de

perfume caro y la palpable sensación de que algo había quedado pendiente.

19

DEBACLE EN UNA JORNADA DE CACERÍA



Cuando la puerta se cerró a su espalda, lady Fenella soltó un suspiro teatral que pareció desinflar toda su figura vestida de púrpura.

—Bueno, eso ha sido insufrible. No imagino qué pretende Connie, pero te aseguro que no es un deseo espontáneo de disfrutar mi compañía.

—Eso ya lo suponía —replicó Cecily con sequedad—. Su interés en el jardín era bastante transparente.

—Connie Harrington jamás ha mostrado interés en nada verde, a menos que fuera esmeralda y estuviera engastado en platino —Lady Fenella tomó su taza de té, y la irritación de antes dio paso a una expresión pensativa—. Además, anda crónicamente corta de dinero desde la muerte de su marido. En Londres corre el rumor de que ha llegado a empeñar los diamantes de la familia.

—Lo cual explicaría su interés por el tesoro enterrado —concluyó Cecily.

Se arrodilló para revolverle el pelaje a Pip con gesto de agradecimiento.

—Buen chico. Ha sido un hallazgo sumamente útil.

Pip se pavoneó ante tanta atención y luego se dejó caer de lado con dramatismo, claramente convencido de que sus deberes de investigador habían terminado por esa tarde.

Lady Fenella miró al terrier con un respeto recién adquirido.

—Quizá me apresuré demasiado al declararme partidaria de los gatos. Duchess nunca ha descubierto nada más comprometedor que un pendiente perdido, e incluso entonces se limitó a sentarse encima hasta que le ofrecí un soborno adecuado. —Dejó la taza con decisión —. Se habrá dado cuenta, por supuesto, de que Connie y su señor Finch casi con toda seguridad están en comunicación por este asunto del tesoro.

—Se me había ocurrido —admitió Cecily, recordando las anotaciones en la tarjeta—. Aunque sigue en pie la pregunta de si están trabajando juntos o compitiendo.

—Con Connie, todo se vuelve una competencia —declaró lady Fenella con firmeza—. Esa mujer retaría a duelo a su propio reflejo si creyera que podría ganar. No; está aquí para reclamar lo que sea que Finch encuentre, o para encontrarlo antes que él. —Se dio unos golpecitos en el mentón con un dedo impecablemente manicurado —. La verdadera pregunta es cómo se enteró tan rápido. Connie nunca ha sido lo que yo llamaría una mujer bien informada sobre nada que vaya más allá de la moda y los solterones ricos.

—Alguien debió decírselo —musitó Cecily, repasando mentalmente a la lista cada vez más larga de personas interesadas en el Jardín Salvaje—. Alguien que sabía del interés del señor Finch en Ashcombe.

—Y alguien que conoce sus perpetuas dificultades económicas —añadió lady Fenella—. La puso sobre la pista como a un sabueso particularmente acicalado. —Se levantó con un roce de seda púrpura —. En fin, esto promete ser la cena más entretenida desde el

famoso fiasco de la jornada de cacería de lord Montagu en 1912. Será mejor que vaya a ponerme algo adecuado para la batalla.

—¿Qué pasó en la jornada de cacería de lord Montagu? —preguntó Cecily, incapaz de contenerse.

Los ojos de lady Fenella centellearon.

—Descubrieron al amante de su esposa escondido en un armero, sin más prenda que el sombrero del guardabosques y cara de culpable. El caos que siguió incluyó dos desafíos a duelo, un spaniel que apareció en el peor momento posible y al obispo de Winchester perdiendo los pantalones en el lago ornamental. —Le dio unas palmaditas en el brazo a Cecily—. Algún día le contaré la historia completa, cuando no estemos en peligro inminente de que unos cazatesoros monten un golpe en el comedor.

Después de que lady Fenella se retiró con porte regio, Cecily permaneció en el salón, contemplando este nuevo giro de los acontecimientos. Un invitado en busca de un tesoro enterrado podía ser una coincidencia, pero dos sugerían un patrón… y posiblemente una conspiración. Las cifras de la tarjeta de Finch la inquietaban en particular. Sugerían algo mucho más específico que una vaga búsqueda de tesoros; algo calculado y preciso.

«No juzguen según las apariencias, sino juzguen con justo juicio», murmuró, citando Juan 7:24, la advertencia favorita de su padre contra juzgar precipitadamente.

Aquí había más en juego que visitas sociales y restauración de jardines; eso estaba cada vez más claro.

—¿Qué opinas de todo esto, Pip? —le preguntó al terrier, que se había instalado cómodamente a sus pies—. ¿Todos en Ashcombe andan buscando algo?

Pip ladeó la cabeza, sin ofrecer respuesta alguna, pero con una mirada comprensiva que sugería que el mundo estaba lleno de

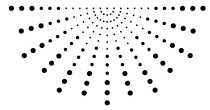
misteriosos comportamientos humanos que tenían muy poco sentido para la mente canina.

—Incluida nuestra inesperada lady Constance —murmuró Cecily—. Creo que será mejor vigilarla de cerca, ¿no te parece?

La cola del terrier golpeó el suelo en señal de acuerdo, como si él también reconociera que la apacible rutina de Ashcombe Hall estaba dando paso rápidamente a un juego más complicado. Uno en el que los jugadores seguían ocultando tanto como revelaban, y en el que lo que estaba en juego podía ser bastante más alto que el mero oro.

20

ENCUENTROS NOCTURNOS



Esa misma noche, cuando las primeras estrellas aparecían en un cielo otoñal despejado, Cecily estaba junto a la ventana de su dormitorio, contemplando los terrenos cada vez más oscuros de Ashcombe. La cena había sido un ejercicio de diplomacia, con lady Fenella y lady Connie intercambiando cortesías envenenadas de un lado a otro de la mesa, mientras el señor Finch disertaba con entusiasmo sobre la simetría de los jardines barrocos ante cualquiera que no hubiera sido lo bastante rápido para escapar de su monólogo.

—Los principios del jardín barroco —declaró, gesticulando con el tenedor para dar énfasis— son la armonía matemática y la perspectiva dramática. ¡El genio de Silas Winterbottom residía en su aplicación de esos conceptos a innovaciones hidroeléctricas!

La señorita Pumble había comido en un silencio casi perfecto, interviniendo solo cuando era absolutamente necesario corregir las teorías de Finch, mientras Archibald Goodfellow mantenía un estoicismo de Yorkshire que rayaba en lo heroico ante semejante concentración de tensión social.

—En Yorkshire —había comentado por fin, después de una explicación particularmente enrevesada de Finch—, damos por

hecho que el agua baja sola sin tanta geometría.

El lejano tañido del reloj de pie del vestíbulo marcó las nueve y media, mientras la casa se sumía en su rutina nocturna. Más allá de la ventana, los terrenos de Ashcombe yacían bañados por la luz plateada de la luna, y el Jardín Salvaje era una sombra contra el cielo estrellado. El viejo roble se alzaba como centinela en su centro, con sus ramas nudosas extendiéndose hacia lo alto como brazos en súplica.

Un movimiento cerca del borde del Jardín Salvaje llamó la atención de Cecily. Una figura, demasiado distante para identificarla con claridad en el crepúsculo cada vez más denso, avanzaba con cuidado por el sendero que iba desde la mansión hasta el viejo roble. La persona llevaba lo que parecía una pequeña linterna, cuya luz oscilaba suavemente con cada paso e iluminaba apenas el sendero, lo suficiente para orientarse sin ser descubierta.

Cecily se inclinó más hacia la ventana, forzando la vista para distinguir detalles en la luz crepuscular. La silueta sugería que era una mujer; incluso a esa distancia se distinguía el contorno inconfundible de un vestido de noche a la moda. Un vestido cuya dueña, hasta hacía poco, había estado sentada a la mesa de Cecily, asegurando que los jardines eran «espantosamente húmedos al anochecer» y que se disfrutaban mucho mejor «desde la comodidad de un salón con un buen gin-tonic».

Evidentemente, lady Constance estaba mucho más dispuesta a desafiar los elementos de lo que les había hecho creer.

Más interesante aún fue la segunda figura que emergió de las sombras del viejo cobertizo de herramientas, cerca de la entrada del jardín. Era más alta, inconfundiblemente masculina. La luz de la luna se reflejó un instante en lo que podría haber sido una herramienta o instrumento de metal que llevaba en la mano.

Los dos se encontraron brevemente al borde del Jardín Salvaje; lady Connie gesticulaba con vehemencia mientras el hombre asentía.

Algo pasó entre ellos, quizá un papel. Todo el encuentro duró apenas unos minutos antes de que se separaran otra vez: el hombre se retiró hacia las viviendas de los jardineros, mientras lady Connie regresaba a la mansión con la linterna ya apagada.

—Cada vez más curioso —murmuró Cecily, apartándose un poco de la ventana cuando lady Connie se acercó a la terraza.

Un escalofrío le recorrió la espalda con la certeza de haber presenciado algo que debía permanecer oculto. Fuera cual fuese el juego de la aristocrática visitante, estaba claro que involucraba a más de un jugador.

Pip, que había estado dormitando sobre la cama de Cecily, levantó la cabeza y soltó un gemido curioso, al percibir su tensión.

—Parece que nuestros invitados esconden secretos dentro de secretos —le dijo, apartándose de la ventana—. Y mañana, me parece, tendremos que averiguar cuáles son.

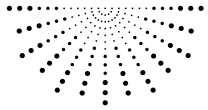
Mientras se preparaba para acostarse, Cecily repasó mentalmente el creciente elenco de personajes interesados en el legendario oro de Silas Winterbottom: el conservador del museo, la visitante aristocrática, el arquitecto paisajista, el ingeniero y, posiblemente, otros aún no revelados. El Jardín Salvaje, descuidado durante tanto tiempo, se había convertido de pronto en el centro de una compleja red de intereses.

¿Quién era el misterioso contacto de lady Connie? ¿Qué información u objeto había pasado de una mano a otra entre ellos? Y, lo más importante, ¿qué relación tenía con las anotaciones matemáticas en la tarjeta de Finch?

Apagó la lámpara de la mesita de noche, y se fue a la cama con más preguntas que respuestas.

21

BARTY BLOOM



El alba se deslizó sobre Ashcombe con dedos temblorosos de oro pálido, iluminando los céspedes empapados de rocío y los jardines envueltos en bruma. Cecily estaba de pie junto a la ventana de su dormitorio, observando cómo los terrenos emergían poco a poco de las sombras. Había dormido mal; sus pensamientos giraban como aves inquietas alrededor del extraño cuadro que había presenciado la noche anterior.

Pip se apretó contra sus faldas. Ella le acarició distraídamente el pelaje áspero, encontrando consuelo en su sólida calidez.

Un suave golpe en la puerta anunció la llegada de Elsie con la bandeja del té matutino.

—Se ha levantado temprano, mi lady —observó, dejando la bandeja —. ¿Durmió mal?

—Podría decirse.

Cecily se apartó de la ventana y aceptó con gratitud la taza humeante.

—Anoche vi algo bastante curioso, después de que todos se hubieran retirado.

Las cejas de Elsie se alzaron mientras se servía una taza para ella, una de esas pequeñas libertades que marcaban su relación como algo más que la tradicional entre ama y doncella personal.

—No me diga. ¿Lady Connie andaba merodeando?

Cecily soltó una risita.

—Qué ojo tiene usted. En efecto, allí estaba, nada menos que en vestido de noche, con un farol en la mano, cruzando los jardines a las nueve y media.

—¡No me diga! —Elsie se acomodó en una silla, con expresión expectante—. ¿Encontró lo que buscaba, fuera lo que fuese?

—No estoy segura de que estuviera buscando tanto como... reuniéndose con alguien.

Cecily describió el encuentro que había presenciado: la figura masculina entre las sombras, el breve intercambio y el regreso furtivo de lady Connie a la casa.

—Intercambiaron algo, aunque no alcancé a ver qué.

—¡Una cita nocturna! ¡Qué escandalosamente digno de Agatha Christie! —Los ojos de Elsie brillaron con picardía—. Aunque yo apostaría a que era un asunto de negocios más que de romance, dado su interés en el jardín. ¿Alguna idea de quién pudo haber sido el misterioso caballero?

Cecily frunció el ceño, pensativa.

—Estaba demasiado lejos para identificarlo con certeza. Pero parecía conocer bien los terrenos y después se dirigió hacia las casas de los jardineros.

Cecily tomó un sorbo de té, saboreando su calor reconfortante.

—¿Y qué hay de las actividades del señor Finch ayer por la noche? ¿Notó algo fuera de lo común?

—Pasó un buen rato en la biblioteca después de cenar, absorto otra vez en esos mapas. La señorita Pumble se reunió con él un momento, pero salió parecía muy contrariada por algo. —Elsie se inclinó hacia delante, en tono confidencial—. Mary dice que los oyó discutir sobre cálculos, algo de ángulos y corrientes que no tenía el menor sentido para nadie que no estuviera chiflado por las matemáticas.

—Curioso.

Cecily se acercó al tocador, donde estaban los viejos prismáticos de campaña de su padre. Los había usado el día anterior para observar una nidada de pinzones particularmente interesante en el viejo olmo.

—Creo que me los llevaré esta mañana. Una mirada más de cerca a nuestro Jardín Salvaje podría resultar esclarecedora.

—¿Y una mirada más de cerca a nuestras visitas, quizá? —sugirió Elsie con una sonrisa cómplice.

—«El Señor no ve como ve el hombre; el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero el Señor mira el corazón» —citó Cecily, de Samuel, sonriendo—. Pero como a veces carezco de perspectiva divina, la observación cuidadosa tendrá que bastar. Ahora bien, ¿cómo están las cosas en la casa esta mañana?

—Lady Connie todavía no se había levantado. Su doncella pidió que le subieran el desayuno más tarde. El señor Finch salió antes del amanecer con su equipo de medición y parecía casi febril de la emoción. La señorita Pumble está trabajando en cálculos en el saloncito, y el señor Goodfellow mencionó que iba a revisar las líneas eléctricas cerca de las fuentes. —Elsie comenzó a disponer la ropa de Cecily para el día—. Ah, y Barty Bloom está de lo más alterado por algo. Estuvo en la puerta de la cocina al amanecer, insistiendo en que necesitaba hablar con usted urgentemente sobre una «profanación» y el «debido respeto por la tradición». La señora Fotheringill dice que no lo ha visto tan alterado desde que alguien sugirió reemplazar el paseo de lavanda por una cancha de croquet.

—¿Bartholomew Bloom? —Cecily se detuvo mientras elegía un broche—. ¿El jardinero jefe? Rara vez sale de su ámbito, mucho menos para venir a buscarme. Esto debe de ser grave de verdad.

—La señora Fotheringill le dijo que usted podría recibirlo después del desayuno. Está esperando en el jardín de rosas en este mismo instante, paseándose como un león enjaulado y murmurando augurios terribles sobre árboles y legados. —Elsie levantó dos vestidos para que Cecily eligiera—. ¿El de sarga azul para enfrentarse a jardineros furiosos, o el de sarga verde musgo para investigar reuniones misteriosas?

—El verde, creo. Es más apropiado para expediciones al jardín y disimula mejor la suciedad. —Cecily sacó de su guardarropa un par resistente de zapatos acordonados—. Y quizá convendría apurar el desayuno. Tengo mucha curiosidad por saber qué tiene tan tremendamente alterado al señor Bloom.

Bartholomew «Barty» Bloom había sido el jardinero jefe de Ashcombe durante más de treinta años, tras haber heredado el cargo de su padre, que había servido al anterior conde con igual dedicación. Era un hombre de hombros anchos y de piel curtida, marcada por décadas de viento y sol; por lo general mantenía una actitud estoica que rayaba en lo taciturno. Sin embargo, aquella mañana, cuando Cecily se acercó al jardín de rosas, lo encontró en un estado de agitación que no le era propio.

—¡Mi lady! —La vio de inmediato y abandonó su ir y venir para acercarse a grandes zancadas. Apretaba la gorra de paño entre las manos nudosas, marcadas por las honrosas cicatrices de toda una vida dedicada a cuidar los terrenos de Ashcombe—. Gracias por recibirme. Hay un asunto que no puede esperar; de otro modo no la habría molestado.

—Buenos días, señor Bloom —sonrió Cecily, genuinamente encariñada con el viejo jardinero cuya tranquila competencia había evitado que los jardines cayeran en el abandono total a pesar de las

limitaciones financieras de la finca—. ¿Qué lo preocupa con tanta urgencia?

—Es ese tipo de Londres, mi lady. El arquitecto de jardines.

El rostro curtido de Bloom se arrugó con desaprobación, apareciendo líneas profundas como tierra recién surcada.

—Está planeando talar el viejo roble.

—¿Talar el roble? —repitió Cecily, sobresaltada—. ¿El antiguo del Jardín Salvaje?

—El mismo, mi lady. Ha estado ahí desde antes de que se construyera la mansión, ese árbol. Más viejo que el condado mismo, dicen algunos —Bloom retorció su gorra con dedos agitados, la tela gastada hasta brillar por décadas de tal manejo—. Lo escuché diciéndole a su asistente que tenía que irse. Lo llamó un «estorbo que le corta el paso al agua», o algún disparate por el estilo. El hombre habla como si se hubiera tragado un diccionario científico y le estuviera sentando mal.

Cecily frunció el ceño.

—¿Dijo cuándo tenía intención de hacer esto?

—¡Hoy, mi lady! —la voz de Bloom cobró urgencia, y su acento rústico se marcó aún más con la angustia—. Ha enviado al pueblo a buscar sierras apropiadas y equipo.

Sacudió la cabeza con vehemencia.

—No está bien, mi lady. Ese roble es el corazón de Ashcombe. Mi padre me lo dijo, y su padre antes que él, que el viejo árbol protege la finca. Lo ha hecho desde tiempos inmemoriales.

Había algo en su genuina aflicción que conmovió a Cecily. Bloom no era un chismoso supersticioso del pueblo, sino un hombre práctico cuya conexión con los terrenos de Ashcombe era profunda, tan honda como las raíces del árbol que buscaba proteger.

—Le aseguro, señor Bloom, que nadie talará ningún árbol en la finca sin mi permiso explícito.

Posó una mano tranquilizadora en su brazo.

—Y no le he dado tal permiso al señor Finch.

El alivio suavizó las líneas duras del rostro de Bloom.

—Gracias, mi lady. Significa más de lo que puedo expresar.

Vaciló, luego añadió en voz más baja:

—Hay algo más que debería saber. Ese viejo roble, es especial para más que solo el jardín. Hay historias en mi familia sobre el viejo Silas y ese árbol.

—¿Ah, sí? —El interés de Cecily se agudizó—. ¿Qué tipo de historias?

—Mi bisabuelo sirvió como jardinero auxiliar del mismo Silas Winterbottom.

Una nota de orgullo asomó en la voz de Bloom, enderezando sus hombros encorvados.

—Trabajaron codo a codo durante casi quince años. Los Bloom hemos cuidado estos jardines desde entonces, cinco generaciones ya.

—No me había dado cuenta de que la conexión de su familia con Ashcombe se remontaba tan atrás —dijo Cecily, genuinamente impresionada.

—Sí, somos de Ashcombe hasta los huesos. —Un destello de sonrisa cruzó su rostro—. Mi bisabuelo siempre decía que Silas confiaba en el roble para custodiar algo precioso. Que las raíces del árbol abrazaban un secreto que Silas quería mantener a salvo, no un tesoro enterrado como afirma la gente del pueblo, sino algo de verdadera importancia.

—¿Su bisabuelo tenía alguna idea de qué podría ser ese "algo"?

Bloom sacudió la cabeza lentamente.

—Dijo que Silas se llevó ese secreto a la tumba.

—Señor Bloom, le prometo que no se talarán árboles sin la debida consideración.

Habló con amabilidad y convicción.

—Y me interesaría escuchar más sobre la conexión de su familia con Silas Winterbottom, cuando tenga tiempo.

—Gracias, mi lady. —Bloom se puso la gorra de nuevo, visiblemente más tranquilo—. Mejor vuelvo a los setos ahora. Las azaleas necesitan atención antes de que la primera helada las sorprenda — Se dio la vuelta para irse, luego hizo una pausa—. Una cosa más, mi lady. No pude dormir muy bien, así que decidí quitar las flores marchitas de las rosas cerca del cobertizo de herramientas anoche tarde, después de la cena. Los escuché clarísimo. Al señor Goodfellow y a ese señor Finch. Una pelea de gritos en toda regla. —Bloom hizo una pausa, tragando con dificultad—. Escuché al señor Goodfellow gritar: "¡No me robarás de nuevo! ¡Te veré en tu tumba antes de que te atribuyas el crédito de mi trabajo otra vez!".

Cecily se inclinó mientras Bloom continuaba.

—Entonces el arquitecto de Londres le dice a Goodfellow que sus ínfulas de inventor se le suben a la cabeza. Más tarde, vi a Finch rondando el cobertizo de herramientas. Hay algo que no está bien en él, si no le importa que lo diga. Busca algo más que la historia de los jardines. Tiene la pinta de un hombre que ha olfateado algo valioso, y alguien tiene que detenerlo. No le dejaré tocar ese árbol, mi lady. No lo permitiré.

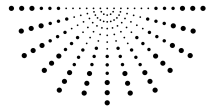
Con esa observación final, se marchó, su figura robusta moviéndose con la gravedad terrenal de un hombre que había pasado su vida en constante comunión con las cosas que crecen.

Cecily lo vio partir, añadiendo sus preocupaciones a la larga lista de preguntas que rodeaban el Jardín Salvaje. Si Finch tenía intención de eliminar el roble antiguo, su interés iba claramente más allá de la mera restauración histórica. Pero ¿qué podría haber bajo esas raíces enormes que justificaría una acción tan drástica, si es que había algo?

Y más urgentemente, ¿qué haría él cuando ella le negara el permiso para proceder?

22

EL VIEJO ROBLE



Cecily no tuvo que esperar mucho para recibir una respuesta. Apenas una hora después, mientras revisaba las cuentas de la casa en la biblioteca, la tranquilidad se hizo añicos por unas voces alzadas que llegaban desde la terraza. Pip, que dormitaba a sus pies, dio un salto con un ladrido sobresaltado y corrió hacia las puertas de vidrio que daban al jardín, con el entusiasmo de un perro convencido de que lo esperaba algo emocionante.

Cerrando el libro de cuentas, Cecily salió al aire fresco del otoño y se encontró con Alistair Finch y Bartholomew Bloom en medio de un acalorado enfrentamiento. Sus voces se oían con claridad al otro lado del césped: Finch gesticulaba con vehemencia hacia el Jardín Salvaje, mientras Bloom permanecía de brazos cruzados, inmóvil como un roble.

—¡Es absolutamente esencial para la excavación! —insistía Finch, con el monóculo colgándole de manera precaria mientras se inclinaba hacia el jardinero—. ¡La posición del árbol obstruye directamente el punto central de convergencia del sistema hidráulico!

—¡Sobre mi cadáver, o sobre el suyo! Ese roble lleva ahí cuatrocientos años —replicó Bloom, con voz firme e inflexible—. Y el

jardín, doscientos. A mí me parece que, si uno estorbaba al otro, el viejo Silas lo habría quitado él mismo.

—Winterbottom trabajaba con las limitaciones de la tecnología del siglo XVIII —replicó Finch, con la voz subida por la frustración—. Le habría sido imposible quitar un árbol de ese tamaño. ¡Ahora contamos con equipo moderno que lo hace perfectamente factible! ¡El conocimiento que podríamos obtener es incalculable!

—Mientras yo esté aquí, no —Bloom abrió más la postura, bloqueando físicamente el sendero que llevaba al Jardín Salvaje—. La propia lady Ashcombe prometió que no se talaría ningún árbol sin su visto bueno.

—¡Esto es absurdo! —el rostro de Finch se tiñó de un rojo intenso que contrastaba de forma espectacular con su cabello rojizo—. Estoy realizando una investigación histórica crucial, no incurriendo en un acto de vandalismo caprichoso. ¡Ese roble está obstaculizando el avance de la ciencia! ¡Y ahora ni siquiera puedo documentar mis hallazgos como es debido porque algún ladrón huyó con mi diario! —Sus ojos desorbitados se clavaron acusadores en Bloom—. ¡Tres años de investigación meticulosa, perdidos! ¡Todos mis cálculos, mis diagramas, mis teorías que podrían revolucionarlo todo, robados por alguien decidido a sabotear una investigación científica legítima!

—Ese roble —intervino Cecily con calma, acercándose a los dos hombres con pasos medidos— es más antiguo que Ashcombe Hall y seguirá en pie hasta que yo tenga una razón de peso para pensar lo contrario.

Ambos hombres se volvieron hacia ella al oír su voz: Bloom, con evidente alivio, y Finch, con una frustración apenas disimulada. Detrás de ellos, la señorita Pumble estaba a varios pasos de distancia, con una expresión que sugería que había estado intentando calmar los ánimos antes de que llegara Cecily.

—Lady Ashcombe —empezó Finch, esforzándose visiblemente por moderar el tono—. Llevo años… ¡años!… descifrando las teorías de

Winterbottom. Todo lo que necesito, todo lo que he descubierto sobre la estructura subyacente del jardín estaba en mi diario, ¡y este hombre, sin duda, lo ha robado para impedirme llevar a cabo mis planes! —Sus ojos iban y venían, nerviosos, entre Bloom y Cecily.

—Señor Bloom —dijo Cecily en voz baja, estudiando el rostro del jardinero—, ¿hay algo de cierto en la acusación del señor Finch? ¿Tomó usted su diario?

La expresión de Bloom se endureció; la mandíbula se le tensó con la firme determinación de un hombre cuya integridad había sido puesta en duda.

—Jamás un Bloom ha tomado ni una manzana caída que no le hubiera sido dada de buena gana —sus manos curtidas se cerraron con fuerza sobre el borde de la gorra—. El diario de ese hombre no me interesa más que sus teorías rebuscadas sobre la electricidad y sus disparates matemáticos. Mi única preocupación es proteger lo que pertenece a Ashcombe: sus árboles, su patrimonio y el legado que nos han confiado.

La sinceridad en su voz era inconfundible.

—Quienquiera que haya tomado mi diario pagará muy caro por este sabotaje —declaró Finch, con la voz cargada de una furia apenas contenida.

Su rostro había adquirido un alarmante tono carmesí que contrastaba de forma llamativa con su cabello rojizo, y el monóculo le temblaba de forma precaria mientras gesticulaba con vehemencia.

—¡Algún necio de miras estrechas, incapaz de comprender la magnitud de lo que intento lograr!

Se volvió hacia Cecily con la intensidad desesperada de un hombre cuya obra de toda la vida pendía de un hilo; en los ojos le brillaba una combinación febril de orgullo intelectual y algo más inquietante: una posesividad que rozaba la obsesión.

—Lady Ashcombe, debe entender la importancia científica de lo que hay bajo ese roble —insistió—. ¡Winterbottom no estaba creando simplemente un jardín! ¡Estaba realizando experimentos adelantados décadas a su tiempo!

Sus manos se movían frenéticamente mientras hablaba, trazando diagramas invisibles en el aire con la pasión de un director que condujera una orquesta invisible.

—El sistema de raíces del árbol ha crecido directamente a través de lo que creo que es el nodo central de la red subterránea de Winterbottom. Todos los cálculos de mi diario apuntaban a ese lugar preciso. ¡Sin acceso a ese punto de convergencia, años de investigación académica se vuelven completamente inútiles!

—¿Y usted cree que eso justifica quitar un árbol que ha estado en estos terrenos durante siglos? —preguntó Cecily con suavidad.

—¡Por supuesto que sí!

El entusiasmo de Finch venció por un instante su frustración, y se irguió, más bien como un profesor a punto de impartir una conferencia decisiva.

—Lo que podríamos aprender del trabajo de Winterbottom podría revolucionar nuestra comprensión de la ciencia del siglo XVIII. Por no mencionar…

Se interrumpió bruscamente, como si de pronto se hubiera dado cuenta de que quizá estaba revelando demasiado.

—¿Sin mencionar la posibilidad de descubrir el legendario oro del viejo Silas? —completó Cecily, observándole el rostro con atención.

Un destello de algo —¿fastidio?, ¿cálculo?— cruzó las facciones de Finch antes de que descartara la idea con un ademán de la mano.

—Supersticiones de pueblo y habladurías. A mí me interesa el genio ingenieril de Winterbottom, no un tesoro mítico. ¡Ese hombre fue un

visionario científico cuyo trabajo se adelantó por décadas a los principios modernos!

La señorita Pumble, que había permanecido en silencio hasta entonces, dio un paso al frente.

—Si me permite sugerirlo, lady Ashcombe, quizá haya un punto medio.

Su voz tranquila transmitía una autoridad sorprendente.

—Creo que su ingeniero Goodfellow podría tener una solución moderna para nuestro dilema…

La expresión de Finch se ensombreció al instante al escuchar el nombre de Goodfellow. Se volvió hacia la señorita Pumble con tal vehemencia que ella dio un paso atrás por puro instinto.

—¿Goodfellow? —espetó, con el monóculo temblándole de indignación—. ¿Ese chapucero de provincia? ¿Qué podría saber él de algo tan importante?

Clavó un dedo en dirección a su asistente.

—¿Necesito recordarle, señorita Pumble, quién es la máxima autoridad de toda Inglaterra en hidráulica histórica de jardines? ¡Su lealtad debería estar con la integridad académica, no con algún electricista autodidacta con delirios de grandeza inventiva!

Las mejillas de la señorita Pumble se encendieron, pero se mantuvo firme, con serena dignidad.

—Solo estaba sugiriendo…

—Usted parece haber olvidado su posición —la cortó Finch con aspereza—. No la traje a Ashcombe para que socialice con el personal ni para que socave mi experiencia. Espero mejor criterio de mi asistente.

Cecily observó a la joven con interés. Era la mayor animación que le había visto a la señorita Pumble, lo que sugería que tenía un interés

propio en los secretos del jardín, más allá de limitarse a ayudar a Finch.

—Agradezco su sugerencia de llegar a un arreglo, señorita Pumble —dijo Cecily—. Sin embargo, hasta que tenga información más completa sobre qué esperan descubrir exactamente y qué métodos proponen emplear, el roble no se toca. Señor Finch, con gusto hablaré con usted esta tarde sobre alternativas.

Los labios de Finch se apretaron por un momento, pero recuperó la compostura con un esfuerzo evidente.

Bloom asintió, satisfecho, aunque mantuvo la mirada cautelosa clavada en Finch, como un jardinero vigilando una maleza particularmente terca.

—Revisaré el estado del árbol todos los días, mi lady. Para asegurarme.

—Muy bien, señor Bloom. Gracias por estar atento.

Cuando el jardinero se alejó, Cecily volvió a mirar a Finch.

—Entiendo su interés científico, señor Finch, pero los árboles de Ashcombe no son meramente decorativos. Son historia viva, y me tomo muy en serio su cuidado.

—Yo también, lady Ashcombe.

El tono de Finch se había moderado, aunque cierta tensión alrededor de los ojos sugería que su frustración seguía intacta.

—Quizá, una vez que recupere mi diario y le muestre todos mis hallazgos, la importancia histórica pese más que ese sentimentalismo hacia los árboles.

—«Porque el árbol del campo es la vida del hombre» —citó Cecily, del Deuteronomio, con una suave sonrisa—. Los árboles no son mera sentimentalidad, señor Finch. Están entre las creaciones más perdurables de Dios.

Las cejas de Finch se alzaron un poco ante aquella réplica. Antes de que pudiera responder, la señorita Pumble le tocó ligeramente el brazo.

—Señor Finch, deberíamos revisar los ajustes de medición que calculé. Podría haber enfoques alternativos que no requieran alterar el roble. Creo que el roble quizá solo aporte otro dato y no sea el final del rastro.

Cecily alzó una ceja ante las palabras enigmáticas de la señorita Pumble.

—Tonterías, señorita Pumble —espetó Finch, apartándola con un impaciente gesto de la mano—. Sus cálculos han sido dudosos desde el principio. Yo mismo me encargaré de este asunto.

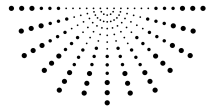
La expresión de la señorita Pumble permaneció serena, aunque un leve rubor le tiñó las mejillas cuando retrocedió, claramente acostumbrada a ese trato.

—Lady Ashcombe, si nos disculpa, tengo unos cálculos que afinar —dijo Finch con sequedad mientras se volvía para irse, llevándose consigo a la señorita Pumble.

Mientras se alejaban, Cecily alcanzó a ver que la señorita Pumble volvía la vista atrás, con una expresión de exasperación antes de apartar la mirada.

23

LA PERSECUCIÓN



Más tarde esa mañana, Pip, que había estado investigando los escalones de la terraza, de pronto ladró y salió disparado hacia el Jardín Salvaje. Cecily lo llamó, pero el terrier iba persiguiendo algo con todas sus ganas, probablemente una ardilla o un conejo que le había llamado la atención.

Con un suspiro, echó a andar tras él, siguiendo sus excitados ladridos por el césped. Se esfumó la tranquila mañana de libros de cuentas.

Archibald Goodfellow estaba arrodillado junto a una de las fuentes del jardín, con las herramientas extendidas a su alrededor en filas ordenadas, cuando Cecily se acercó. Al oír sus pasos, levantó la vista y se limpió las manos en un trapo que llevaba metido en el cinturón.

—Buenos días, mi lady. ¿Busca a su alborotador de cuatro patas? Salió disparado para allá.

Indicó con la cabeza una maraña de arbustos que bordeaba el verdadero límite del Jardín Salvaje, desde donde unos ladridos excitados sugerían que Pip estaba plenamente entregado a alguna aventura canina.

—Gracias, señor Goodfellow.

Cecily hizo una pausa y observó el cableado expuesto y los componentes mecánicos del sistema de la bomba de la fuente.

—¿Avanza con las restauraciones?

—Sí, lentamente, pero con seguridad.

Se pasó una mano por el cabello, dejándose una mancha de aceite que, de algún modo, cuadraba con su aire práctico.

—Aunque he tenido que rehacer la mitad de las tuberías. Quienquiera que instaló el último sistema allá por los años 1890 estaba ciego de borracho o saboteaba adrede a los futuros ingenieros. Me dejó un verdadero lío de conexiones mal hechas y juntas que gotean. Y Finch ha estado jugueteando con el cableado de maneras que, francamente, son más fantásticas y peligrosas que sus fantasías.

Cecily sonrió ante un comentario tan franco.

—Acabo de presenciar una confrontación bastante seria entre el señor Finch y nuestro jardinero jefe. Parece que el señor Finch está decidido a talar el viejo roble.

—¿Ah, sí?

Archibald frunció el ceño.

—No puedo decir que me sorprenda. Anda rondando ese árbol como polilla alrededor de una lámpara desde que llegó.

Hizo un gesto hacia los componentes de la fuente.

—Y también me ha estado haciendo toda clase de preguntas y merodeando alrededor de mi equipo eléctrico en el cobertizo de herramientas.

—¿Qué clase de equipo?

Archibald escogió una llave inglesa de entre sus herramientas y la hizo girar distraídamente entre sus dedos curtidos.

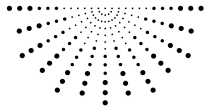
—Entre usted y yo, mi lady, he estado trabajando en algo que llamo un detector subterráneo. Detecta objetos bajo la superficie de la tierra. Es algo revolucionario, aunque los detalles técnicos todavía me están dando problemas de ajuste bastante fastidiosos. El otro día me llevé una buena descarga. Y con Finch metiendo las narices y esos dedos sucios por todas partes, estoy tomando precauciones. Ese hombre no tiene ningún respeto por lo peligrosa que puede ser la electricidad. Un día se va a matar, acuérdese de lo que le digo.

Unos ladridos repentinos y frenéticos, más adentro en el jardín, interrumpieron la conversación. La voz de Pip había adquirido una nota de urgencia que Cecily reconocía de descubrimientos anteriores: por lo general, pájaros muertos o criaturas del jardín especialmente pestilentes.

—Discúlpeme, señor Goodfellow. Será mejor que vea qué nuevo tesoro ha desenterrado Pip antes de que vaya a llevarlo, muy orgulloso, a la alfombra del salón.

—La acompaño, si no le molesta —ofreció Archibald, poniéndose de pie y sacudiéndose las rodillas—. Eso no parece una simple persecución de ardillas. Más bien me recuerda a la vez que el terrier de mi hermana encontró una madriguera de tejones.

24
TIERRA MALDITA



Siguieron los ladridos cada vez más agitados a través de la maraña salvaje del jardín, apartando arbustos crecidos y agachándose bajo ramas que colgaban a poca altura. El aroma de tierra húmeda y hojas en descomposición llenaba el aire, junto con ese peculiar olor metálico que solía persistir alrededor de las viejas fuentes. Al acercarse al roble antiguo que había sido objeto de tanta controversia, los ladridos se transformaron en un gemido agudo que erizó el vello de los brazos de Cecily.

—¿Pip? ¿Dónde estás, muchacho? —llamó, examinando la maleza con creciente preocupación.

Pip emergió, pero no con su habitual salto triunfal. Retrocedió lentamente, gimiendo sin parar, su pequeño cuerpo rígido por la angustia.

—¿Qué tiene? —preguntó Archibald, acercándose.

Cecily se aproximó con cautela, percibiendo algo extraño en el comportamiento de su mascota. Al acercarse a la masa enredada de tallos espinosos, la alcanzó un olor metálico, a cobre y algo más agudo, desagradable. Le recordó extrañamente a los hospitales de campaña durante la guerra, una mezcla de antiséptico, miedo y algo más primitivo.

—Hay algo allí, junto al zarzal, quizás a unos tres metros del cobertizo de herramientas —dijo en voz baja—. Algo que está asustando a Pip.

Archibald se movió entre el zarzal, apartando suavemente las espinas crueles con las manos enfundadas en guantes de trabajo. De repente, retrocedió bruscamente, se le fue el color del rostro por completo.

—Mi lady —dijo con voz cuidadosamente controlada—, creo que debería retroceder. Y quizás alguien debería ir a buscar al agente Fenchurch.

—¿Qué hay? —Cecily avanzó a pesar de su advertencia, impulsada por una certeza terrible que ya empezaba a tomar forma en su mente.

La imagen que se presentó ante sus ojos confirmó su peor sospecha. Al borde de las zarzas yacía Alistair Finch, o lo que quedaba de él. Su cuerpo yacía en una postura forzada, medio oculto por el crecimiento espinoso, su rostro vuelto hacia arriba, hacia las ramas extendidas del roble. Su monóculo permanecía en su lugar, extrañamente intacto, aunque los ojos detrás de él estaban abiertos y fijos en una expresión de profunda estupefacción.

—Dios mío —susurró Cecily, haciendo instintivamente la señal de la cruz—. «En medio de la vida estamos en la muerte» —murmuró. Señor Goodfellow, vaya a la casa de inmediato, por favor. Pida al señor Digby que llame por teléfono al agente Fenchurch, y luego informe al personal de la casa que nadie debe entrar al jardín hasta nuevo aviso.

Archibald asintió sombríamente, ya poniéndose de pie.

—Es como las viejas historias, ¿no es así? El viejo Silas encontrado en las zarzas con una expresión de terror en el rostro. La historia repitiéndose como una aguja de gramófono atascada en un surco.

Mientras él se apresuraba a irse, Cecily se arrodilló junto a su perrito tembloroso.

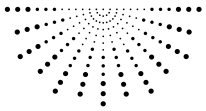
—Está bien, muchacho —murmuró, aunque su propio corazón latía desbocado—. Hiciste bien en encontrarlo.

Mirando el cuerpo una vez más, notó varios detalles que le parecieron peculiares. Finch parecía estar empapado. Sus zapatos llevaban barro fresco, pero el patrón de salpicaduras sugería que se había tambaleado, o sido arrastrado, hasta ese lugar en vez de haber caminado directamente hasta allí.

Fuera lo que fuese lo que Alistair Finch había descubierto, parecía que alguien había decidido que su conocimiento no debía ir más allá del legendario zarzal del viejo Silas.

25

UNA MUERTE DE LO MÁS SOSPECHOSA



Las horas siguientes transcurrieron en una confusión de actividad oficial y conmoción general. El agente Percy Fenchurch llegó con una rapidez inusitada. Su rostro, habitualmente sonrojado, estaba pálido por la gravedad de la situación. Aunque no era un hombre de gran imaginación en circunstancias ordinarias, los paralelismos dramáticos entre la muerte de Finch y el destino legendario del viejo Silas claramente lo inquietaban.

—Esto es muy irregular, sumamente irregular —murmuró repetidamente mientras rodeaba el cuerpo, cuidándose de no alterar nada antes de que llegara el médico forense de Oxford—. Encontrado en el mismo lugar donde el jardinero maldito encontró su fin. Es francamente inquietante, eso es lo que es. Uno casi podría pensar... —Se contuvo, mirando nerviosamente hacia el roble antiguo, como si temiera que pudiera estar escuchando.

Los habitantes de la casa se habían reunido en la terraza, junto con otras caras conocidas, formando un cuadro de emociones variadas. La señorita Pumble se mantenía ligeramente apartada, su serenidad quebrantada por una angustia genuina. Lady Connie había emergido de su habitación en un revuelo de seda y preocupación, aunque Cecily notó que no parecía en absoluto sorprendida de que alguien yaciera ahora muerto en el zarzal. Lady Fenella mantenía una

dignidad sombría, dándole palmaditas ocasionales en el brazo al canónigo Bott mientras el vicario oscilaba entre la gravedad pastoral y una fascinación apenas contenida por las circunstancias dramáticas.

—El pobre hombre —murmuró, santiguándose—. Encontrarse con semejante destino en un jardín, de entre todos los lugares. Es como algo sacado de...

—Una de sus novelas de misterio, canónigo —observó lady Fenella secamente—. Aunque sospecho que incluso su editorial encontraría esto un tanto melodramático para las habilidades detectivescas de Silas Bellweather.

El canónigo se sonrojó alarmantemente, como si necesitara sales aromáticas.

—Estoy seguro de que no... es decir... puramente ficticio, por supuesto...

—Por supuesto —concordó lady Fenella con un guiño a Cecily.

El agente Fenchurch, habiendo completado su examen inicial, se acercó al grupo reunido con la gravedad ponderosa de un hombre poco acostumbrado a dar noticias significativas.

—Damas y caballeros, lamento informarles que esto parece ser un caso de muerte muy sospechosa —tiró de su cuello de uniforme, que parecía haberse vuelto incómodamente apretado en la última media hora—. Hasta que el médico forense llegue de Oxford para confirmar la causa, debo pedirles que nadie abandone los terrenos de la finca. Todos ustedes pueden ser testigos de esta tragedia.

Un murmullo recorrió la pequeña multitud. Lady Connie se llevó la mano a la garganta en un gesto de alarma que a Cecily le pareció ligeramente teatral.

—Seguramente no sospecha de un crimen, agente —exclamó—. Debe haber sido un terrible accidente. El pobre señor Finch era tan

entusiasta con su trabajo, quizás simplemente... ¿se exigió demasiado? O tal vez —su voz bajó a un susurro dramático— fue la maldición.

—No saltemos a conclusiones. —La voz cortante de la doctora Freddie Bell atravesó la especulación mientras cruzaba el césped con paso decidido, con su maletín médico en mano. Aunque no era el médico forense esperado, su llegada fue un alivio para Cecily. La experiencia de guerra de la doctora y su actitud práctica eran precisamente lo que la situación requería.

—¡Doctora Bell! No sabía que la hubieran llamado —dijo el agente Fenchurch, con un matiz de alivio en su voz que sugería que estaba encantado de ceder ante la experiencia médica.

—Estaba haciendo mi ronda por el pueblo cuando su telegrama llegó a la oficina de correos. La señora Brimley consideró prudente interceptarme antes de que terminara mi recorrido, particularmente una vez que supo que se trataba de «circunstancias misteriosas y el jardín maldito» —la doctora Bell inspeccionó al grupo reunido, sus ojos agudos notando cada detalle—. He telefoneado a Oxford para informarles que haré un examen preliminar. El médico forense seguirá asistiendo, por supuesto, pero de esta manera no perderemos tiempo valioso.

Se acercó directamente a Cecily.

—Lady Ashcombe, necesitaré examinar el cuerpo donde yace antes de que se mueva nada. ¿Podría asegurarse de que los demás regresen a la casa? Cuanto menos se pisotee la posible evidencia, mejor.

—Por supuesto, doctora Bell —Cecily se volvió hacia el grupo—. Regresemos todos a la casa. La señora Fotheringill dispondrá té en el salón, y el agente Fenchurch podrá hablar con cada uno de ustedes individualmente una vez que la doctora Bell haya completado su examen.

Mientras el grupo, aún conmocionado, se encaminaba de regreso a Ashcombe Hall, Cecily encontró a la señorita Pumble quedándose atrás, su mirada fija en el zarzal donde yacía su empleador.

—¿Señorita Pumble? —Cecily tocó su brazo suavemente—. ¿Se encuentra bien?

La joven se sobresaltó ligeramente, como si la sacaran de sus pensamientos.

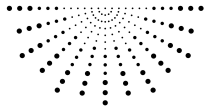
—Sí, mi lady. Gracias por preguntar —vaciló, luego añadió en voz más baja—. El señor Finch era difícil y a menudo desagradable, pero era brillante a su manera. Y estaba al borde de un descubrimiento significativo, digan lo que digan sobre sus métodos.

—¿Qué tipo de descubrimiento? —preguntó Cecily, manteniendo su tono conversacional a pesar de su intenso interés.

La expresión de la señorita Pumble se cerró de golpe.

—Estoy segura de que sus notas lo explicarán todo. Si pueden encontrarse —y con eso aceleró el paso para reunirse con los demás, dejando a Cecily preguntándose a qué secretos había tenido acceso la asistente, y si ese conocimiento podría haberla convertido también en un objetivo.

26
EXTRAÑA SIMETRÍA



Al regresar a donde la doctora Bell y el agente Fenchurch conversaban en voz baja, Cecily encontró la expresión de la doctora sombría mientras cerraba su maletín médico con un chasquido decidido.

—¿Y bien? —preguntó Cecily en voz baja, sin que el grupo que se retiraba pudiera oírla.

—Solo hallazgos preliminares, entienda —advirtió la doctora Bell, apartándose un mechón de cabello canoso de la cara—. Pero apostaría mi licencia médica a que esta no fue una muerte natural. Las quemaduras en sus manos son propias de una fuerte descarga eléctrica, suficiente para causar fibrilación ventricular y paro cardíaco, especialmente si la corriente atravesó la cavidad torácica. Eso sí, cómo terminó aquí entre las zarzas es un misterio.

Cecily pensó en los chismes del pueblo, la leyenda de la maldición y los diversos interesados que habían convergido en Ashcombe en los últimos días.

—La gente dirá que fue la maldición —observó—. Que el fantasma del viejo Silas se cobró otra víctima.

—La gente dirá toda clase de tonterías —replicó la doctora Bell con sequedad—. Pero los fantasmas no dejan marcas en el suelo, ni queman selectivamente las palmas de un hombre dejando el resto intacto. No, lady Ashcombe, lo que le haya sucedido a Alistair Finch fue algo decididamente físico.

El agente Fenchurch parecía profundamente incómodo.

—Necesitaré interrogar a todos, por supuesto. Y asegurar la... la escena del crimen —pronunció las palabras como si le resultaran extrañas en la boca.

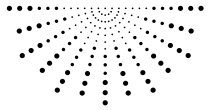
Mientras caminaban de regreso hacia la casa, Cecily se encontró reflexionando sobre la extraña simetría de la muerte de Finch. Hallado en el mismo lugar donde el legendario Silas Winterbottom había encontrado su fin más de un siglo antes, con la misma expresión de conmoción en el rostro. Ya fuera diseñado para sugerir la maldición o una coincidencia macabra, revelaba premeditación, no simple azar.

Parecía que el Jardín Salvaje se había cobrado otra vida. Pero Cecily estaba segura de que la mano que había preparado el último descanso de Finch no pertenecía a un fantasma vengativo, sino a alguien con intereses muy mundanos. Alguien que había calculado que Alistair Finch valía más muerto que vivo.

La pregunta ahora era: ¿quién entre su curiosa colección de huéspedes y personal había decidido que la búsqueda del legado del viejo Silas ameritaba cometer un asesinato?

27

LA SALA DE INVESTIGACIÓN



El salón se había transformado en una improvisada sala de investigación. Los miembros de la casa esperaban con diversos grados de paciencia a ser entrevistados, mientras lady Fenella mantenía su corte cerca de la chimenea, deleitando a cualquiera que estuviera a su alcance con relatos de asesinatos famosos con los que había tenido alguna conexión indirecta.

—Completamente morada, querida, por el arsénico en sus polvos faciales. Armó un gran escándalo en la fiesta en el jardín de lady Haversmith en el noventa y ocho —le decía a un canónigo Bott con ojos desorbitados—. El lacayo que la descubrió pensó que la habían estrangulado con una bufanda lila, pero era simplemente que los cosméticos reaccionaban con el cianuro en su cordial de flor de saúco.

Hizo una pausa al notar la entrada de Cecily. —¡Ah, Cecily! ¿Ha determinado nuestro buen agente si la maldición del viejo Silas ha cobrado otra víctima, o podemos atribuir este desafortunado evento a motivos más mundanos?

—El doctor Bell ha solicitado una autopsia completa —respondió Cecily diplomáticamente, consciente de los muchos oídos que escuchaban—. Todavía no se ha determinado nada.

Lady Connie, que se había posicionado estratégicamente cerca de las ventanas con vistas al jardín, se volvió con un susurro de seda costosa.

—Pero ¿no es obvio? Encontraron al pobre hombre exactamente en el mismo lugar que el viejo Silas, con la misma expresión de terror. ¡Debe ser la maldición!

Cecily notó que aunque la voz de lady Connie temblaba apropiadamente, sus ojos permanecían calculadores y alertas. Un nuevo collar de perlas adornaba su garganta, uno que Cecily no le había visto usar antes.

—Prefiero no especular hasta que tengamos más información. El agente Fenchurch hablará con cada uno de nosotros para establecer los hechos.

—Los hechos son cosas tan aburridas comparadas con una buena maldición —comentó lady Fenella secamente—. Aunque supongo que tienen la ventaja de ser ocasionalmente útiles.

Fijó su mirada penetrante en lady Connie.

—Hablando de hechos, Connie querida, podría jurar que escuché a alguien moviéndose por los corredores bastante tarde anoche. ¿Era usted, por casualidad? ¿Sonámbula, quizás? ¿O buscando el mueble bar?

Las mejillas de lady Connie se sonrojaron ligeramente.

—Simplemente estaba buscando un vaso de agua, Fenella. Algunas de nosotras necesitamos una hidratación adecuada para mantener la tez.

Se tocó el collar de perlas con gesto nervioso.

—Qué fascinante —ronroneó lady Fenella—. Especialmente porque la jarra de agua en su habitación estaba llena esta mañana, según su doncella.

—De verdad, Fenella —la voz de lady Connie adquirió un tono peligroso—. Su imaginación siempre ha sido su rasgo más exasperante. Luego estará sugiriendo que estaba enterrando cuerpos en el jardín sur.

—Oh no, querida —respondió lady Fenella con una sonrisa depredadora—. El suelo del jardín sur tiene demasiada arcilla para enterrar eficientemente. Cualquier asesino experimentado elegiría el jardín de rosas: el fertilizante enmascara el olor.

Antes de que lady Connie pudiera responder a este comentario envenenado, el agente Fenchurch pidió atención, su voz con una autoridad forzada que apenas ocultaba su nerviosismo.

—Damas y caballeros, hablaré con cada uno de ustedes individualmente para averiguar dónde estaban y... y cualquier información relevante sobre el fallecido —consultó una lista que la señora Fotheringill había preparado—. Comenzaré con el personal que estaba de servicio anoche, luego procederé con todos los miembros de la casa e invitados. Señorita Pumble, como asistente del jardinero Finch, ¿quizás usted primero?

Ellie Pumble, que había estado sentada tranquilamente en un rincón con un cuaderno abierto sobre su regazo, levantó la mirada con ligera sorpresa.

—Por supuesto, agente.

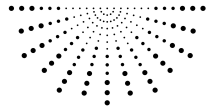
Mientras se levantaba para seguir a Fenchurch al pequeño estudio adyacente donde había establecido su cuartel general temporal, Cecily captó la mirada de Elsie al otro lado de la habitación y le hizo un gesto sutil hacia la puerta. Comprendiendo de inmediato, Elsie se dirigió casualmente al lado de Cecily.

—¿Quizás un poco de aire fresco, mi lady? —sugirió, justo lo suficientemente alto para que otros escucharan—. Ha sido una conmoción muy grande.

—Una excelente sugerencia, Elsie. Creo que un paseo por el jardín de rosas me haría bien —Cecily se volvió hacia el grupo reunido—. Discúlpenme, por favor. Regresaré en breve.

28

POR EL CAMINO DEL JARDÍN



Una vez que estuvieron a salvo afuera y fuera del alcance de los oídos de la casa, el comportamiento de Cecily cambió de anfitriona serena a investigadora concentrada. —Necesitamos examinar el área alrededor del matorral de zarzas con más cuidado, antes de que cualquier prueba sea alterada o retirada con el cuerpo.

—Pensé que dirías eso —respondió Elsie con una sonrisa cómplice—. Qué curioso que tus paseos medicinales te lleven tan seguido a la escena del crimen.

—Una coincidencia que el doctor Bell atribuiría más a mis achaques que a mis tendencias investigadoras, estoy segura —dijo Cecily con ligereza—. Demos una vuelta por la huerta. Prefiero evitar llamar la atención sobre lo que hacemos.

Cuando se acercaban al sendero de la huerta, una voz suave las llamó desde atrás.

—Con su permiso, mi lady, señorita Pickering —Lucy Thompson emergió de detrás de una vieja puerta de jardín donde evidentemente había estado esperando. Su sencillo vestido gris tenía polvo de harina, y el cabello, normalmente tan arreglado, mostraba mechones que se le habían escapado de la cofia durante lo que parecía haber sido una mañana en la panadería del pueblo. Sostenía

una cesta de mimbre contra su pecho como un escudo, los ojos muy abiertos con esa intensidad particular de quien guarda secretos urgentes.

—Lucy, querida —respondió Cecily, deteniéndose en su paso decidido—. Te veo muy agitada. ¿Va todo bien?

La muchacha miró nerviosamente hacia la casa, luego de vuelta a Cecily y Elsie.

—Es sobre el señor Finch, mi lady. El día antes de... bueno, de lo que pasó —susurró, acercándose para que la brisa otoñal no se llevara sus palabras—. Vi al señor Finch y a lady Constance hablando cerca del seto de tejos. No hablaban fuerte, como los hombres cuando discuten de negocios. Era en voz baja, como en secreto. Pero lady Constance estaba llorando.

Cecily intercambió una rápida mirada con Elsie, ambas reconociendo la importancia de esta información dado el comportamiento defensivo anterior de lady Connie y sus excursiones nocturnas.

—Sigue, Lucy —la animó Cecily con suavidad—. ¿Qué fue lo que viste?

—La vi enjugarse los ojos con su pañuelo, uno de esos finos de encaje que siempre lleva —continuó Lucy, su voz apenas un susurro —. Le rogaba por algo, retorciéndose las manos. Lady Constance dijo, muy claro: «¡Pero lo prometiste, Alistair! ¡Era la única manera de salvar todo!».

La muchacha hizo una pausa, mordiéndose el labio inferior como si reconsiderara la prudencia de compartir detalles tan íntimos.

—El señor Finch parecía muy incómodo, mi lady. No paraba de mirar a todos lados, como si temiera que los oyeran. Le contestó algo, pero no pude entenderlo bien, hablaba demasiado bajo. Pero fuera lo que fuese, hizo que lady Constance llorara con más fuerza todavía.

—¿Viste algo más, Lucy? ¿Se separaron en buenos términos? —preguntó Elsie, su mente práctica ya trabajando en las implicaciones.

—Eso es lo que pasa, señorita. Lady Constance le agarró del brazo, muy desesperada, y él se zafó. No con rudeza, fíjese, pero con bastante firmeza. Luego se fue hacia la casa del generador, y ella se quedó allí, junto al seto, con una expresión... bueno, como si hubiera perdido la última esperanza del mundo.

Cecily sintió el peso de la revelación, que caía sobre los acontecimientos de la mañana como una nueva luz para entender el comportamiento de lady Connie. Las lágrimas, las súplicas, el agarre desesperado: todo muy fuera de lugar en una dama a la que mejor se describiría como belicosa.

—Has sido muy observadora, Lucy, y muy valiente al decirnos —dijo Cecily con calidez—. Esta información puede ser bastante importante para la investigación del agente Fenchurch. ¿Cuándo tuvo lugar esta conversación, exactamente?

—Ayer por la tarde, mi lady. Justo después de la hora del té. Estaba regresando de entregar el pedido semanal de pan de la señora Hartwell cuando los vi —Lucy movió su cesta nerviosamente—. ¿Debería... debería decírselo yo misma al agente? No quiero causarle problemas a lady Constance, pero si pudiera ayudar a encontrar quién mató al pobre señor Finch...

—Tienes que decírselo, Lucy —dijo Cecily con firmeza pero con amabilidad—. En asuntos de justicia, la verdad sirve a todos mejor que el silencio, aunque resulte incómoda. Sean cuales sean los problemas de lady Constance, no le dan a nadie el derecho de quitarle la vida.

Mientras Lucy se apresuraba de vuelta a la casa, con la cesta rebotándole en la cadera, Cecily y Elsie retomaron el camino hacia el Jardín Salvaje con mucho más en qué pensar que hacía unos momentos.

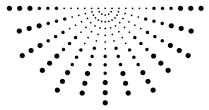
—Bueno —dijo Elsie una vez que la muchacha estuvo lejos—, esto sí que cambia las cosas, ¿no? Parece que lady Connie estuvo muy ocupada ayer. Estaba involucrada con Finch de alguna manera que incluía promesas y la hacía temer por la pérdida de «todo».

—La pregunta es: ¿qué era exactamente lo que temía perder? —reflexionó Cecily mientras sorteaban un tramo del sendero especialmente invadido por la maleza—. ¿Su reputación? ¿Lo que queda de su fortuna? ¿Y qué promesa le habría hecho Finch para que ella sintiera que la estaba incumpliendo?

—Del tipo que podría llevar a una mujer desesperada a silenciarlo para siempre —sugirió Elsie con gravedad. Nada como el miedo al escándalo para que la gente respetable actúe de manera poco respetable.

29

EL COBERTIZO DE HERRAMIENTAS



Tomaron una ruta indirecta que las llevó al Jardín Salvaje desde la dirección opuesta a la casa, acercándose a la escena del crimen por detrás del antiguo roble. El médico forense de Oxford había llegado y consultaba con el doctor Bell junto al cuerpo de Finch, las cabezas inclinadas en una discusión profesional.

—Esperaremos a que se vayan —murmuró Cecily—. Pero mira allá, ¿ves esas marcas en la hierba?

Elsie siguió su mirada hacia un rastro tenue que iba desde el matorral de zarzas hacia una pequeña estructura medio oculta entre arbustos crecidos a unos diez metros de distancia.

—¿El cobertizo de herramientas?

—Sí. Y si no me equivoco, parecen marcas de arrastre.

Una vez que el doctor Bell y el médico forense se dirigieron de regreso a la casa, Cecily comenzó a moverse con cuidado por el perímetro del claro, procurando que no la vieran.

—Echemos un vistazo más de cerca.

La estructura era un simple cobertizo viejo, desgastado y cubierto de musgo pero aún sólido. Sus paredes estaban construidas de madera

toscamente labrada que se había plateado con la edad, y una pátina de musgo esmeralda aterciopelaba el lado que daba al norte. La puerta colgaba ligeramente entreabierta, y cuando se acercaron, Cecily detectó un olor distintivo: metálico y acre, mezclado con un tufo a quemado.

—Qué extraño —susurró Elsie, arrugando la nariz—. Huele como si alguien le hubiera pasado un soplete a lana mojada.

—O como si alguien hubiera recibido una descarga eléctrica —dijo Cecily con gravedad—. El cuerpo humano conduce la electricidad muy bien, especialmente cuando está húmedo.

Empujó la puerta para abrirla del todo, haciendo una mueca ante el chirrido de las bisagras oxidadas. Dentro había un espacio pequeño abarrotado de herramientas de jardinería y, más recientemente, varios equipos técnicos que parecían fuera de lugar entre las palas antiguas y las tijeras de podar. Una tenue luz entraba al interior polvoriento por una única ventana sucia, a través de la cual se filtraban motas de sol, creando manchas de visibilidad en la penumbra.

Lo que parecía ser un banco de trabajo improvisado construido con cajas viejas dominaba el centro del espacio. Varios cables y herramientas estaban esparcidos sobre su superficie, junto con un bloc de notas cubierto de diagramas y cálculos. Lo que más llamaba la atención era una marca de quemadura oscura que afeaba la madera tosca.

—Creo que hemos encontrado donde el señor Finch encontró su desafortunado final —murmuró Cecily. El aire del cobertizo estaba cerrado y estancado, pesado con el aroma persistente de ozono.

Elsie examinó la escena con ojos agudos a los que no se les escapaba nada.

—Y luego lo movieron, o logró tambalearse, hasta el matorral de zarzas. ¿Pero por qué? Si fue un accidente con el equipo eléctrico,

¿por qué no avisar simplemente?

—Porque no fue un accidente, o al menos, no del todo. —Cecily señaló un pequeño charco bajo el banco de trabajo—. Hay agua en el suelo, cerca del equipo eléctrico. Extraordinariamente peligroso. Y mira las huellas.

Una serie de impresiones húmedas mostraban donde alguien había cruzado el suelo de tierra, las huellas superpuestas en un patrón confuso que sugería movimiento apresurado o un forcejeo violento. Algunas parecían haber sido deliberadamente borradas, como si alguien hubiera intentado ocultarlas.

Mientras continuaban su cuidadosa inspección, Pip, que había estado olisqueando con afán alrededor del perímetro del cobertizo, de pronto dio un ladrido emocionado y rascó algo medio enterrado bajo un banco de trabajo. Su colita corta se agitaba triunfante.

—¿Qué has encontrado, chico? —Cecily se arrodilló junto a él, apartándolo suavemente para revelar un guante parcialmente carbonizado, su fino material de cuero quemado y enrollado por calor intenso. Lo recogió con cuidado usando su pañuelo, examinándolo bajo la luz tenue.

—Otra pieza del rompecabezas —murmuró—. Y mira esto. —Indicó un botón distintivo de latón que se había desprendido del guante, con un diseño inusual de serpientes entrelazadas—. Este no es un guante de jardinería ordinario. La piel es de becerro, y este botón es trabajo personalizado.

—Trabajo artesanal costoso —añadió Elsie, mirando más de cerca—. Mi padre ayudaba al talabartero local cuando era niña. Es el tipo de cosa que verías en los guantes de conducir de un caballero, no en equipo de jardín. Esas serpientes parecen el escudo familiar de alguien.

—En efecto. Creo que estamos viendo el guante izquierdo de un caballero, talla... ¿ocho, quizás?

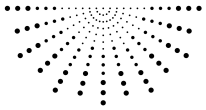
Cecily sostuvo el guante de trabajo quemado que Pip había encontrado. Era un modelo común y resistente. Recordaba haber visto guantes de cuero similares entre las herramientas de Goodfellow, manchados con la misma grasa oscura peculiar que había notado en este.

Las piezas encajaron de pronto con una certeza aterradora. La animosidad pública entre los dos hombres, la amenaza directa que Barty Bloom había escuchado, y ahora esto: evidencia física que lo conectaba con la escena. A pesar de su admirable fingimiento de ignorancia cuando el cuerpo fue descubierto por primera vez, las pruebas contra Archibald Goodfellow eran abrumadoras. Sabía que tenía que confrontarlo.

—Creo que hemos visto suficiente por ahora. Deberíamos regresar a la casa antes de que noten nuestra ausencia.

30

MILES



El aire de afuera se sentía notablemente fresco después de la atmósfera cargada del cobertizo. Mientras regresaban por los senderos del jardín, con la débil luz del sol otoñal abriéndose paso ocasionalmente entre las nubes que se acumulaban, se encontraron con Miles Penrose cerca de la pequeña fuente que Archibald había estado reparando esa mañana. El chofer se tocó la gorra con respeto al acercarse.

—Lady Ashcombe. Señorita Pickering —su expresión era grave bajo la gorra plana—. Me enteré del lamentable asunto con el señor Finch. Una pérdida muy difícil para todos, sin duda.

—En efecto, Miles —asintió Cecily, fijándose en sus palabras—. ¿Estuvo por los jardines temprano esta mañana, por casualidad?

Miles negó con la cabeza.

—No, mi lady. Estuve ocupándome del motor del Daimler hasta tarde anoche, el carburador me ha estado dando problemas desde el martes. Luego me levanté al amanecer para ir a Oxford por esa pieza que el señor Goodfellow necesitaba para el generador. Acabo de regresar hace como una hora.

Vaciló, luego añadió en voz más baja:

—Aunque sí vi algo extraño anoche, cuando estaba llevando el automóvil al garaje.

—¿Ah, sí? —lo animó Cecily a continuar, notando cómo su actitud normalmente taciturna había dado paso a algo parecido a la preocupación.

—La señorita Pumble, la asistente, estaba cerca de la casa del generador. Actuaba de un modo bastante raro… —su ceño se frunció bajo la gorra—. Cuando me vio, dijo algo sobre revisar la instalación eléctrica para el equipo del señor Finch, pero me pareció extraño. Ese es el dominio del señor Goodfellow, después de todo, no el de ella.

Cecily intercambió una mirada rápida con Elsie.

—¿A qué hora fue esto, Miles?

—Justo después de la cena, mi lady. Alrededor de las nueve y media, diría. La luna acababa de asomarse sobre el ala este.

—Gracias, Miles. Eso podría ser importante para la investigación del agente Fenchurch.

Mientras continuaban hacia la casa, Elsie murmuró:

—La trama se complica, como dicen en esas novelas baratas de misterio. Primero el encuentro clandestino de lady Connie, más o menos a esa misma hora, ahora la señorita Pumble merodeando cerca de las fuentes de energía.

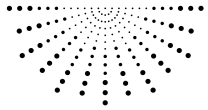
—Y ambas conectadas con el señor Finch —añadió Cecily pensativamente.

—Sin mencionar a nuestro ingeniero de Yorkshire con su experiencia eléctrica, y al jardinero jefe que estaba prácticamente en guerra con Finch por el roble antiguo —Elsie contó con los dedos a los sospechosos—. Tenemos sospechosos a montones.

—«Porque nada hay encubierto, que no haya de descubrirse; ni oculto, que no haya de saberse» —citó Cecily suavemente—. La verdad siempre termina saliendo a la luz, Elsie. Solo necesitamos observar, escuchar y esperar.

31

INVESTIGACIÓN POST MÓRTEM



Mientras se acercaban a la terraza, pudieron ver al agente Fenchurch a través de las puertas francesas, con el rostro enrojecido mientras intentaba mantener el orden entre los miembros de la casa, cada vez más inquietos. Lady Fenella parecía estar presidiendo de nuevo, mientras lady Connie estaba enfrascada en lo que parecía una discusión intensa con un canónigo Bott visiblemente afectado.

Volvieron a entrar a la casa, pasando de la brillante luz del sol otoñal a las sombras del salón. Las variadas expresiones de dolor, miedo, cálculo y curiosidad en los rostros reunidos sugerían que la muerte de Alistair Finch había removido un avispero. Fueran cuales fueran los secretos enterrados en el Jardín Salvaje, alguien había decidido que valía la pena matar para protegerlos... o para apoderarse de ellos.

Y Cecily, a pesar del peligro que tal conocimiento pudiera implicar, estaba decidida a descubrirlos.

El interrogatorio del agente Fenchurch fue metódico, pero en gran medida infructuoso. Uno por uno, los miembros de la casa y los invitados fueron entrevistados en el pequeño estudio, saliendo con expresiones que iban desde la indiferencia divertida de lady Fenella

hasta la palidez nerviosa del canónigo Bott. La señorita Pumble había estado encerrada con él durante casi una hora, aunque las voces amortiguadas que se filtraban a través de la puerta sugerían más confusión que revelación.

—Esto no lleva a ninguna parte —declaró Fenchurch cuando finalmente salió, secándose la frente con un pañuelo que había visto un uso considerable durante toda la tarde—. Todos afirman haber estado a salvo en sus camas durante las horas cruciales, sin más testigos que cónyuges dormidos o habitaciones vacías.

Consultó sus notas con la esperanza de que revelaran alguna verdad oculta.

—La señorita Pumble insiste en que pasó tiempo con las criadas, hizo un mandado para el señor Finch y luego se retiró, aunque admite haber estado... angustiada por el trato que su empleador le dio más temprano ese día.

Lady Connie, que había estado examinando su manicura con sospechosa intensidad, levantó la vista bruscamente.

—¿No estará sospechando de esa pobrecita? No sería capaz de hacerle daño ni a una mariposa, y mucho menos a un hombre adulto.

—No sospecho de nadie y de todos por igual —respondió Fenchurch con más autoridad de la que había mostrado en todo el día—. Aunque debo decir que la coincidencia de que el señor Finch muriera en el mismo lugar que el viejo Silas resulta... inquietante. Casi como si alguien quisiera evocar la vieja leyenda.

—O quizás —observó lady Fenella desde su posición junto a la chimenea—, la vieja leyenda simplemente ha cobrado otra víctima. Las maldiciones sí tienen tendencia a la repetición dramática, ¿no es así?

El canónigo Bott se persignó nerviosamente.

—No debemos hablar con ligereza de tales asuntos. Hay más cosas en el cielo y en la tierra de las que ha soñado tu filosofía.

—Incluyendo —agregó Cecily en voz baja—, la codicia humana, la desesperación y hasta dónde está dispuesta a llegar la gente para proteger sus secretos.

El salón cayó en silencio ante esta observación, varias miradas que se encontraban y se esquivaban como las de niños pillados en una travesura.

El regreso de la doctora Bell de su consulta con el cirujano de Oxford rompió la pausa incómoda.

—El cirujano de la policía confirma mis hallazgos preliminares —anunció enérgicamente—. El señor Finch murió de un paro cardíaco provocado por una descarga eléctrica. La autopsia proporcionará más detalles, pero no hay duda de que entró en contacto con una corriente eléctrica significativa.

Fijó su mirada médica severa en el grupo reunido.

—Lo que sigue sin estar claro es cómo, dónde y si fue intencional.

El agente Fenchurch se enderezó la chaqueta del uniforme una última vez.

—Damas y caballeros, hasta que este asunto se resuelva, debo insistir en que nadie abandone Ashcombe Hall sin avisarme primero. Esto es ahora oficialmente una investigación por asesinato, y todos ustedes son testigos potenciales... o sospechosos.

La palabra «asesinato» quedó flotando en el aire, imposible de ignorar. La mano de lady Connie voló nuevamente a su collar de perlas, mientras la señorita Pumble permanecía perfectamente inmóvil, como si el menor movimiento pudiera delatar su culpabilidad.

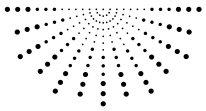
—Qué emocionante —murmuró lady Fenella, aunque sus ojos permanecían agudos y calculadores—. Espero que esto no interfiera

con el servicio de la cena. La señora Fotheringill se vuelve bastante tiránica cuando le alteran el horario.

Mientras el grupo comenzaba a dispersarse, mientras las conversaciones se reanudaban en voces cuidadosamente bajas, Cecily reflexionó que alguien en ese salón sabía considerablemente más sobre la muerte de Alistair Finch de lo que estaba admitiendo.

32

LA CONFESIÓN DEL SEÑOR GOODFELLOW



Esa noche, mientras los habitantes de la casa se dispersaban hacia sus aposentos bajo la atenta mirada del agente Fenchurch, Cecily se sintió impulsada una vez más hacia los jardines. Los acontecimientos del día la habían dejado con una inquietud que ninguna conversación de salón podría disipar, y necesitaba pensar con claridad sobre lo que habían descubierto.

El peso familiar del guante quemado en su bolsillo parecía latir cargado de significado mientras avanzaba por los corredores apenas iluminados de Ashcombe Hall. Elsie se había retirado a asimilar las revelaciones del día a su manera metódica, y Pip finalmente se había agotado tras una jornada de emoción sin precedentes, acurrucado ahora frente al fuego de la biblioteca como un pequeño guardián roncador de la tranquilidad doméstica.

La caseta del generador se alzaba apartada del edificio principal, una estructura utilitaria que zumbaba con el ritmo constante de la energía eléctrica moderna. La luz se derramaba por sus ventanas, proyectando rectángulos amarillos sobre el sendero de gravilla, y Cecily podía escuchar el sonido metódico de un trabajo en el interior. El repiqueteo de metal contra metal, el suave raspar de herramientas que se ordenaban y reordenaban.

Encontró a Goodfellow inclinado sobre un banco de trabajo, con sus manos curtidas ajustando algún mecanismo intrincado. Tenía las mangas arremangadas a pesar del frío vespertino, y su rostro mostraba la expresión concentrada de un hombre que intenta refugiarse en una tarea conocida. El zumbido constante del generador proporcionaba un fondo rítmico a sus movimientos, casi como un latido mecánico en el crepúsculo.

—Señor Goodfellow —dijo Cecily en voz baja, sin desear sobresaltarlo.

Levantó la vista de su trabajo, y ella se sorprendió al ver el cansancio en sus ojos. No la simple fatiga de un largo día, sino algo más hondo y turbador. Su habitual actitud deferente parecía apagada, como si los acontecimientos del día hubieran erosionado alguna parte esencial de su compostura profesional.

—Mi lady. —Se enderezó, limpiándose las manos en un trapo manchado—. No esperaba verla por aquí tan tarde. ¿Hay algún problema con la luz en la casa?

—Nada de eso —respondió Cecily, acercándose al banco de trabajo, donde podía ver varios componentes dispuestos—. Quería hablar con usted sobre la muerte del señor Finch.

Algo se alteró en el rostro de Goodfellow, una tensión alrededor de sus ojos que sugería que había estado esperando esta conversación, quizás incluso temiéndola. Dejó lentamente la herramienta que había estado sosteniendo, dándose así un momento para prepararse para lo que vendría.

—Algo espantoso —dijo finalmente, su acento de Yorkshire más pronunciado de lo habitual, como solía ocurrir cuando estaba tenso —. No puedo decir que me sorprenda. El hombre no tenía ningún respeto por la seguridad eléctrica, con toda su educación refinada.

Cecily sacó el guante envuelto de su bolsillo y desplegó su pañuelo para revelar el cuero quemado y su distintivo botón de latón.

—Se encontró un guante de electricista cerca del cuerpo, señor Goodfellow. Exactamente como los que usted usa para trabajar.

—Sí, es un guante de oficio, sin duda —dijo, su voz apenas audible sobre el zumbido constante del generador—. Pero ese no es mío. Demasiado elegante para un hombre de mi posición.

—Pero Barty Bloom lo escuchó amenazar al señor Finch ayer por la noche —continuó Cecily, observando su rostro con atención—. Finch le había robado los diseños y amenazaba con hacerlo de nuevo. Usted trabaja con equipo eléctrico a diario y conoce los peligros mejor que nadie. Y desde luego tenía los conocimientos para preparar un... accidente así.

Goodfellow se miró las manos, callosas por años de trabajar con herramientas y maquinaria, y luego alzó la vista hacia Cecily.

—¿Fue usted quien se vengó del señor Finch? —preguntó Cecily con suavidad, pero sin rodeos.

Se volvió entonces, su rostro una máscara de resignación cansada más que de sorpresa, y en ese momento Cecily supo que había encontrado al menos parte de la verdad que buscaba. Pero su respuesta la sorprendió por su franqueza descarnada.

—Eso desearía, mi lady —dijo él, con voz llena de remordimiento—. Que Dios me ayude, ojalá hubiera tenido el valor de detenerlo yo mismo.

Cecily permaneció en silencio, sintiendo que Goodfellow necesitaba seguir hablando, desahogar lo que tuviera dentro.

—Sí, discutimos. Discutimos fuerte, para serle franco. —Sus manos se cerraron en puños a los costados mientras el recuerdo volvía claramente a él—. Había encontrado mis nuevos diseños —los mecanismos de seguridad mejorados que había estado desarrollando para aplicaciones de alto voltaje, y mi detector de minerales. Se rio de ellos, los llamó el trabajo de un «provinciano sin educación». Luego me dijo que los presentaría como su propio trabajo ante la

London Electrical Society, tal como hizo con mi sistema de iluminación de arco hace años.

La amargura en su voz era inconfundible, años de resentimiento acumulado que por fin encontraban expresión.

—Le dije que antes lo vería arruinado, que lo expondría como el ladrón que era. Lo decía completamente en serio. Pero no soy un asesino, mi lady. Salí furibundo para despejar la cabeza, caminé por los terrenos durante horas tratando de decidir qué hacer.

Hizo una pausa, su expresión volviéndose preocupada mientras revivía el recuerdo.

—Al final, aunque odiaba a ese canalla, no pude hacerle daño, y me fui a la cama lleno de vergüenza.

Cecily estudió su rostro bajo la luz amarilla, buscando cualquier señal de engaño. Pero la actitud de Goodfellow tenía el peso inconfundible de la verdad, los detalles específicos y la emoción cruda de alguien que relata eventos reales en lugar de construir una invención.

—¿Quién más sabía de su pelea con el señor Finch? —preguntó Cecily.

Goodfellow consideró esto con cuidado. —Pudo haber sido cualquiera, la verdad. No fuimos exactamente discretos. La señorita Pumble estaba cerca cuando empezó; se la veía bastante afectada por los gritos, la pobre chica. Y vi a lady Connie observando desde una ventana del piso superior mientras me iba furioso hacia los jardines.

—Y hay algo más. —Se acercó a un gabinete y sacó un guante de cuero idéntico al que Cecily sostenía—. Este es el guante derecho que hace juego con el que tiene usted. Lo encontré metido detrás de un equipo cuando estaba limpiando esta tarde. Quien mató a Finch se tomó el tiempo de esconder las pruebas, pero no conocía mi

sistema de almacenamiento lo bastante para devolverlo todo a su sitio.

—Señor Goodfellow —dijo Cecily en voz baja—, creo que me dice la verdad. Pero debe entender que el agente Fenchurch tendrá que enterarse de todo esto.

—Lo sé —respondió él con digna tranquilidad—. He estado debatiéndolo con mi conciencia todo el día. Pero tenía que asegurarme de que usted entendiera: no maté a Alistair Finch, por mucho que lo hubiera deseado. Alguien más lo hizo.

Mientras permanecían en la casa de generadores, con su zumbido constante, rodeada por la maquinaria que sustentaba las comodidades modernas de Ashcombe Hall, Cecily reflexionó sobre cómo la tecnología, destinada a hacer la vida más fácil y segura, también podía ofrecer nuevas formas de arrebatarla. El asesino había usado el mismísimo equipo destinado a iluminar y dar energía a la finca para cometer un asesinato en la oscuridad.

—Una pregunta más —dijo ella—. En su opinión profesional, ¿habría tenido la señorita Pumble los conocimientos necesarios para preparar una electrocución así?

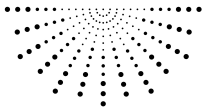
Goodfellow consideró esto con cuidado. —Ha estado trabajando con equipo eléctrico durante meses, aprendiendo los fundamentos de distribución de energía y protocolos de seguridad. Muchacha brillante, rápida para entender conceptos técnicos. ¿Podría haberlo hecho? —Hizo una pausa, claramente reacio a implicar a nadie—. Posiblemente. La configuración no era particularmente sofisticada, solo peligrosa. Finch era imprudente en la forma en que apresuraba las cosas, y a esa pobre muchacha la explotaban sin piedad. Pero Si lo habría hecho o no... —Sacudió la cabeza—. No puedo decirlo, mi lady. Esa es una cuestión de carácter, no de habilidad técnica.

Mientras Cecily regresaba hacia la casa, los misteriosos guantes envueltos cuidadosamente en su pañuelo, se encontró con más preguntas que respuestas. La confesión de Goodfellow parecía

genuina, pero Cecily sabía que los asesinos a menudo escondían su culpa tras una fachada de inocencia.

33

EL DISPOSITIVO DE DETECCIÓN ESPECTRAL MARK III



El día después del descubrimiento de la muerte de Alistair Finch amaneció gris y sombrío, con una llovizna persistente que parecía reflejar el ánimo apagado que se había asentado sobre Ashcombe Hall. Cecily estaba de pie junto a la ventana de su habitación, observando las gotas trazar caminos serpenteantes por el cristal, cuando el sonido de un motor que se aproximaba atrajo su atención hacia el camino de entrada.

Un Austin Seven bastante maltratado avanzó con dificultad por el sendero de grava, emitiendo petardeos ocasionales que enviaron a una bandada de estorninos a volar, indignados. El ocupante del vehículo emergió con un floreo: un hombre alto y delgado con un impermeable que había visto días mejores, que cargaba lo que parecía ser una caja de madera grande y varios artilugios misteriosos que brillaban débilmente bajo la tenue luz matutina.

—Dios mío —murmuró Cecily, reconociendo a Percival Pettigrew a pesar de la hora inusualmente temprana—. ¿Qué querrá a esta hora?

Pip, que había estado durmiendo plácidamente en su cama, se animó al oír el motor y trotó hasta la ventana, con su cola corta empezando a menearse de anticipación. El terrier había desarrollado

una fascinación desafortunada por los diversos inventos de Percy, y trataba cada nuevo dispositivo como un juguete enviado por la providencia para su entretenimiento personal.

Un llamado a la puerta principal resonó por toda la casa, seguido de los pasos medidos del señor Digby cruzando el vestíbulo de entrada. Cecily podía oír la voz retumbante de Percy incluso a través de las ventanas cerradas, su marcado acento llegando con claridad en el aire inmóvil de la mañana.

—¡Es absolutamente esencial que hable con lady Ashcombe de inmediato! ¡Este es un asunto de la máxima importancia histórica!

Cecily suspiró y alcanzó su bata. Fuera lo que fuera que Percy Pettigrew quisiera, era poco probable que esperara a una hora más civilizada. Y dados los trágicos eventos de ayer, su momento sugería una notable insensibilidad o algo más calculado.

Para cuando Cecily se vistió y bajó, encontró a Percy instalado en el salón matutino, sus diversos artefactos esparcidos sobre la mesa cuidadosamente pulida de la señora Fotheringill como el aparato de un alquimista particularmente ambicioso. El vapor se elevaba de una taza de té que el señor Digby había proporcionado, aunque quedaba poco claro si por hospitalidad o por la esperanza de que el refresco lo animara a marcharse pronto.

—¡Lady Ashcombe! —Percy se puso de pie de un salto con el entusiasmo de un retriever al que le lanzan un palo—. Qué providencial que se haya levantado temprano. He estado dándole vueltas toda la noche sobre los trágicos eventos de ayer, y he llegado a una conclusión extraordinaria.

—¿De veras, señor Pettigrew? —Cecily se acomodó en una silla frente a él, notando que sus ojos tenían un brillo febril que sugería que su reflexión nocturna había sido extensa—. ¿Y cuál es esa conclusión?

Percy se inclinó hacia adelante con aire conspirativo, su voz bajando a lo que presumiblemente consideraba un susurro pero que se escuchaba con bastante claridad en toda la habitación.

—¡La maldición del viejo Silas ha despertado! La muerte del señor Finch, en exactamente el mismo lugar, con la misma expresión de pavor mortal, no puede ser mera coincidencia, lady Ashcombe. ¡Las fuerzas antiguas que custodian el tesoro legendario han cobrado terrible vida!

—Ya veo. —Cecily mantuvo una expresión neutral, aunque en privado se preguntaba cómo Percy podía estar tan seguro sobre la expresión de Finch, dado que supuestamente no había estado presente cuando se descubrió el cuerpo—. ¿Y esta revelación lo ha traído a Ashcombe al amanecer por qué...?

—¡Porque, mi lady, esto presenta una oportunidad sin paralelo! —El entusiasmo de Percy se desbordó como una tetera demasiado llena —. ¡Considere la importancia histórica! ¡Las posibilidades educativas! Propongo organizar visitas guiadas al sitio de la maldición, ofreciendo a los visitantes experiencias sobrenaturales genuinas mientras contribuimos a comprender el rico legado místico de Little Codding.

El silencio que siguió a esta declaración fue interrumpido solo por el tictac del reloj de la repisa y lo que sonó sospechosamente como un gemido ahogado del señor Digby en el corredor exterior.

—Señor Pettigrew —comenzó Cecily con cuidado—, un hombre murió ayer. De forma violenta y misteriosa. Quizás este no sea el momento más apropiado para considerar... oportunidades turísticas.

—¡Pero es precisamente por eso que debemos actuar de inmediato! —Percy gesticuló enfáticamente, casi volcando su taza de té—. ¡La energía psíquica estará en su máximo esplendor ahora, mientras el trauma permanece fresco en el reino etéreo! En quince días, se habrán disipado por completo, ¡y habremos perdido nuestra oportunidad de documentar fenómenos sobrenaturales genuinos!

Antes de que Cecily pudiera formular una respuesta diplomática a esta notable muestra de oportunismo, la puerta del salón matutino se abrió de golpe con suficiente fuerza para hacer traquetear las bisagras. Lady Fenella estaba en el umbral, resplandeciente con un fluido camisón de seda esmeralda que la hacía parecer una emperatriz indignada, sus ojos ardiendo con furia justiciera.

—¡Percival Pettigrew! —declaró, su voz cargada con suficiente autoridad para comandar un batallón—. ¡Cómo se atreve a mostrar su cara mercenaria en esta casa cuando el cuerpo del pobre señor Finch apenas está frío! ¡Todos sabemos que tenía cuentas pendientes con ese hombre!

Percy se levantó apresuradamente, casi volcando su silla en el proceso.

—¡Lady Fenella! Yo solo estaba sugiriendo…

—Sé perfectamente bien lo que estaba sugiriendo, miserable mercader de lo macabro. Sacar provecho de la tragedia, capitalizar la muerte, convertir los momentos finales de alguien en un acto de circo para turistas mirones —Lady Fenella avanzó hacia la habitación como una fragata acercándose a la batalla, su camisón esmeralda ondeando dramáticamente detrás de ella—. ¡Es perfectamente vergonzoso!

—Un momento —comenzó Percy, enrojeciendo—, estoy llevando a cabo una investigación histórica seria sobre el patrimonio sobrenatural de…

—¡Tonterías sobrenaturales! —La voz vino del umbral, donde Bartholomew Bloom estaba de pie con su gorra de tela apretada en ambas manos, su rostro curtido sonrojado de indignación—. Con su perdón, lady Ashcombe, pero estaba haciendo mis rondas tempranas y no pude evitar escuchar a este... este charlatán burlándose de la historia sagrada de mi familia.

—¿Historia familiar? —Percy se volvió para enfrentar al jardinero, alzando las cejas con sorpresa—. ¿Qué conexión posible podría tener usted con…?

—Silas Winterbottom era mi tatarabuelo —declaró Bloom con tranquila dignidad que no admitía réplica—. Y no permitiré que su memoria se convierta en una atracción turística por parte de un curador codicioso que no reconocería la historia genuina aunque le llegara con certificado y sello oficial.

La boca de Percy se abrió y se cerró varias veces sin producir sonido, mientras lady Fenella miraba a Bloom con un interés nuevo y algo que bien podía haber sido respeto.

—Vaya, vaya —murmuró—. Eso sí que cambia bastante las cosas, ¿no?

Bloom dio un paso más hacia el interior de la habitación, ensanchando la postura como si se preparara para defender físicamente la reputación de su antepasado.

—Los Bloom hemos cuidado estos jardines durante cinco generaciones, señor Pettigrew. Hemos protegido los secretos de Silas y honrado su memoria sin convertirla en un espectáculo de variedades. Y seguiremos haciéndolo, hagan o no visitas guiadas sobre la maldición.

La emoción en su voz era inconfundible: no la pasión teatral de las proclamas de Percy, sino la convicción profunda y serena de un hombre cuyo impulso de proteger tenía raíces tan hondas como el viejo roble del Jardín Salvaje.

—Pero sin duda —empezó Percy, recuperando la voz, si no la compostura—, el valor educativo de compartir estos misterios históricos con el público en general…

—Lo único que el público necesita saber —lo interrumpió Bloom con serena firmeza— es que Silas Winterbottom fue un maestro jardinero que entendía la tierra mejor que cualquier hombre antes o

después de él. No era una historia de fantasmas destinada a entretener a los excursionistas de Oxford.

—Tal vez —sugirió Cecily con diplomacia— podríamos posponer cualquier decisión sobre recorridos hasta que la policía termine su investigación. Después de todo, los terrenos siguen siendo la escena de un crimen.

—Desde luego, desde luego —aceptó Percy apresuradamente, aunque no dejaba de mirar hacia la ventana que daba al Jardín Salvaje—. Aunque espero que consideren que mi experiencia en detección sobrenatural podría ser de un valor incalculable para la investigación misma. Mis instrumentos están diseñados específicamente para identificar perturbaciones paranormales que los métodos convencionales podrían pasar por alto por completo.

Hizo un gesto orgulloso hacia su colección de aparatos.

—Sus instrumentos —repitió lady Fenella con un escepticismo demoledor—. ¿Y qué se supone exactamente que detectan estas maravillas de la ciencia moderna?

—Fluctuaciones electromagnéticas compatibles con manifestaciones espectrales —respondió Percy con la confianza de un hombre que claramente había ensayado aquella explicación para más de un público—. Verá, cuando el reino etéreo se cruza con nuestra realidad física, crea alteraciones mensurables en el campo electromagnético local. Mi detector puede identificar esas alteraciones con notable precisión.

Pip, que había estado observando la escena desde debajo de la silla de Cecily, salió de pronto y trotó hacia el equipo de Percy con evidente interés. Le tembló la nariz mientras investigaba los distintos aparatos y agitaba la cola con el entusiasmo que normalmente reservaba para basura particularmente aromática o la cocina de la señora Fotheringill.

—Supongo que no estaría dispuesto a mostrarnos cómo funciona este extraordinario aparato —dijo Cecily con cuidado—. En nombre de la curiosidad científica, por supuesto.

A Percy se le iluminó la cara como a un niño al que acaban de ofrecerle un dulce inesperado.

—¡Estaría absolutamente encantado, lady Ashcombe! Aunque debo advertirle que las lecturas podrían resultar bastante intensas, dado el trágico episodio sobrenatural de ayer.

Empezó a montar su aparato, conectando varios cables y ajustando misteriosas perillas mientras soltaba un incesante caudal de comentarios técnicos que habría impresionado hasta al público más crédulo.

—La matriz de detección etérea debe calibrarse correctamente según las condiciones psíquicas del lugar —explicó, enroscando un cable alrededor de lo que parecía una barra de cortina de latón—. Si es demasiado sensible, corremos el riesgo de obtener falsas alarmas por la electricidad normal de la casa. Si es demasiado conservadora, podríamos pasar por alto auténticas manifestaciones espirituales.

Bloom observaba aquella actuación con un escepticismo nada disimulado, mientras lady Fenella se examinaba las uñas con el aire de quien presencia una representación aficionada particularmente tediosa.

—¡Ya está! —anunció Percy triunfalmente, retrocediendo un paso ante su artefacto recién ensamblado—. ¡El Mark III, Dispositivo de Detección Espectral, listo para funcionar!

El aparato en cuestión se parecía notablemente a una gran caja de madera con varias protuberancias metálicas, conectada por una maraña formidable de cables a lo que Cecily ahora reconocía, sin la menor duda, como componentes de un aparato de radio. Una bocina de bronce, presumiblemente destinada a la amplificación, coronaba todo el conjunto como una flor metálica.

Percy aferró dos asas de metal y cerró los ojos en profunda concentración, con la expresión de un médium que intenta ponerse en contacto con los seres queridos fallecidos. Durante varios momentos, no ocurrió nada, salvo un tenue chisporroteo que podía ser interferencia atmosférica o simplemente un cableado deficiente.

Entonces, sin previo aviso, el aparato estalló en una cacofonía: no en susurros etéreos, como cabría esperar de una comunicación sobrenatural, sino en los inequívocamente alegres compases de «The Laughing Policeman», a todo volumen.

Todos en la habitación dieron un salto como si les hubiera caído un rayo, y el canónigo Bott —que al parecer había llegado durante la demostración de Percy— soltó un gritito y se persignó con vehemencia. Pip ladró, entusiasmado, y empezó a correr en círculos por la habitación, mientras lady Fenella estallaba en una carcajada que rivalizaba con la pieza musical tanto en volumen como en su contagiosa exuberancia.

—¡Santo cielo! —exclamó Percy, ajustando los diales frenéticamente en un intento cada vez más desesperado por detener la ofensiva musical—. Parece haber algún tipo de interferencia electromagnética…

—Debe de ser la radio del granjero Jenkins —observó Bloom con sequedad, alzando la voz por encima de la melodía persistente—. Pone su programa de la mañana mientras cuida las ovejas. Es muy aficionado a las variedades. Dice que mantiene alegre al rebaño.

Por fin Percy logró silenciar el aparato, aunque no antes de que toda la casa tuviera que soportar varias estrofas de aquella melodía contagiosamente ridícula. Su cara había pasado por varios tonos de rojo y ahora se acercaba a un púrpura alarmante que chocaba espantosamente con su chaleco marrón.

—Una dificultad técnica menor —insistió, aunque le temblaban un poco las manos mientras desconectaba diversos componentes—. La

sensibilidad electromagnética es realmente notable, ya ve. Quizá demasiado notable para una demostración en interiores.

—Quizá —convino Cecily con suavidad, aunque observó con considerable interés que el supuesto detector sobrenatural de Percy delataba su interés por los aparatos eléctricos—. Señor Pettigrew, ¿podría hablar con usted un momento a solas? Hay algunas preguntas sobre lo ocurrido ayer que quizá usted pueda ayudar a aclarar.

La expresión de Percy pasó del bochorno a la cautela con notable rapidez.

—¿Preguntas? Estoy seguro de que no sé qué ayuda podría prestar. Ni siquiera estaba presente cuando se produjo el desafortunado hallazgo.

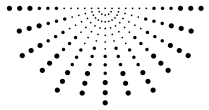
—Aun así, como alguien con evidente experiencia en cuestiones eléctricas, su punto de vista podría ser muy valioso.

Cecily se puso de pie, dando a entender que los demás debían dejarlos a solas.

—¿Podríamos pasar a la biblioteca?

34

LA EXCUSA DE PETTIGREW



Mientras pasaban al refugio más silencioso de la habitación forrada de libros, Cecily notó que la energía nerviosa de Percy había aumentado considerablemente. Las manos no dejaban de agitarse: se acomodaba el cuello, se alisaba el cabello ralo, jugueteaba con los botones de bronce de su chaleco, cada vez más arrugado.

—Bien, señor Pettigrew —empezó una vez que estuvieron sentados en cómodos sillones de cuero—, tengo entendido que posee amplios conocimientos sobre aparatos eléctricos y su fabricación.

—Bueno, sí, supongo que poseo cierta experiencia modesta en esos asuntos —respondió Percy, aunque su tono sugería que no sabía si aquello le convenía o podía incriminarlo. Uno adquiere esas habilidades de forma natural cuando se dedica a investigaciones científicas serias.

—¿Y sabía que el señor Finch estaba utilizando equipo eléctrico en sus investigaciones en el jardín?

Los ojos de Percy se desviaron hacia la ventana y volvieron luego al rostro de Cecily con la agitación de un animal acorralado.

—Puede que haya oído algo en ese sentido. Chismes del pueblo, ya sabe. La gente habla cuando llegan misteriosos caballeros de Londres con aparatos poco comunes e intenciones secretas.

—Desde luego que sí.

Cecily se reclinó en el sillón, adoptando un tono conversacional que ocultaba la atención aguda que prestaba a cada gesto e inflexión de Percy.

—Tengo curiosidad por saber dónde estuvo ayer por la noche, señor Pettigrew. Después de cenar, digamos, alrededor de las nueve.

Percy afirmó haber estado en el pub durante el período crucial en que el señor Finch murió electrocutado, pero su evidente nerviosismo sugería que su relato ocultaba bastante más.

—Señor Pettigrew, me parece que ha demostrado notable ingenio para construir aparatos eléctricos, acceso al tipo de componentes que podrían usarse para crear artefactos más peligrosos, y una coartada muy conveniente que lo sitúa en el pub del pueblo precisamente a la hora en que el señor Finch murió electrocutado.

La boca de Percy se movió en silencio, como la de un pez que de pronto se encuentra fuera del agua.

—Yo no lo maté —alcanzó a decir al fin, con la voz apenas por encima de un susurro—. Se lo juro por la tumba de mi querida madre, lady Ashcombe, no tuve absolutamente nada que ver con la muerte del señor Finch.

—Pero sí tuvo algo que ver con el propio señor Finch, ¿no es así? Algo más que un simple interés académico en su trabajo arqueológico.

Los hombros de Percy se hundieron, como si el peso de mantener su farsa se hubiera vuelto demasiado grande.

—Iba a robárselo todo —dijo en voz baja, y las palabras brotaron como una confesión—. Tesoros que por derecho pertenecen a Little

Codding.

—¿Y eso lo enfureció lo suficiente como para impedírselo?

—¡Quería hacerlo entrar en razón! Quería que entendiera que el tesoro —si es que de verdad existe— pertenece al pueblo, no a un académico londinense que busca labrarse una reputación con los descubrimientos ajenos.

La voz de Percy cobró fuerza a medida que la indignación moral vencía al miedo.

—Puede que haya dicho que alguien debía detenerlo, pero nunca quise decir… jamás habría sido capaz de…

—¿Qué tesoro, señor Pettigrew? ¿Qué creía exactamente el señor Finch que iba a encontrar?

Percy vaciló, claramente sopesando cuánto revelar sin perjudicarse todavía más.

—Por lo que pude entender, afirmaba haber descifrado los planos del jardín de Silas. Decía que contenían un mapa que indicaba dónde había escondido el viejo jardinero su descubrimiento más valioso.

—¿Y usted creyó esas afirmaciones?

—Silas Winterbottom no era un jardinero cualquiera —dijo Percy con una convicción serena que sonó más verdadera que sus anteriores declaraciones teatrales—. Ese hombre llevaba a cabo experimentos eléctricos décadas antes de que Edison lograra encender con éxito su primera bombilla. Si sus descubrimientos se conservaron en algún rincón oculto del jardín…

No necesitaba terminar la frase. Ese conocimiento, en efecto, bien podía valer la pena matar por él… o morir por él.

Antes de que Percy pudiera continuar, la señora Fotheringill apareció en la puerta con el aire agobiado de una mujer cuya rutina matutina

había sido completamente trastornada por fuerzas ajenas a su control.

—Le pido disculpas, mi lady, pero la señorita Pumble pide hablar con usted. Dice que es bastante urgente y que tiene que ver con los materiales de investigación del señor Finch.

Cecily miró a Percy.

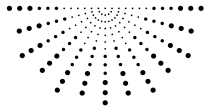
—Señor Pettigrew, creo que nuestra conversación puede esperar hasta más tarde, pero le aconsejo muy seriamente que reconsidere cualquier plan de organizar visitas sobre la maldición. En las circunstancias actuales, esas actividades serían tan impropias como potencialmente peligrosas.

—Señora Fotheringill, por favor pídale a la señorita Pumble que se reúna conmigo en la biblioteca. Y quizá alguien podría ayudar al señor Pettigrew a recoger sus… aparatos de investigación.

Mientras Percy se apresuraba a recoger sus aparatos electrónicos con la mayor dignidad posible, Cecily regresó a la biblioteca. Su mente iba a toda velocidad con las revelaciones de la mañana: Percy Pettigrew poseía conocimientos de electricidad y también poderosos motivos para oponerse al trabajo del señor Finch; además, su coartada era convenientemente vaga.

35

SEÑORITA PUMBLE



Eleanor Pumble entró en la biblioteca con la serena compostura que había caracterizado todas sus interacciones desde su llegada a Ashcombe. Sin embargo, Cecily notó un cambio sutil en su comportamiento. Una tensión alrededor de los ojos y una rigidez en la mandíbula que sugerían una emoción apenas controlada hirviendo bajo su exterior profesional.

—Lady Ashcombe, gracias por recibirme. Espero no estar importunando en un momento tan difícil.

—En absoluto, señorita Pumble. Por favor, siéntese. La señora Fotheringill mencionó que esto tenía que ver con la investigación del señor Finch.

La señorita Pumble se sentó en el borde de una silla de cuero. Tenía las manos fuertemente entrelazadas en el regazo, los nudillos blancos por la tensión reprimida.

—Sí, mi lady. Siento que debo hablar con sinceridad sobre mi... relación con mi empleador. Las preguntas del agente ayer fueron bastante directas, y me temo que no fui del todo franca sobre la verdadera naturaleza de mi situación.

Cecily se inclinó hacia adelante con interés.

—¿Ah, sí? ¿En qué sentido?

—El señor Finch no era simplemente un jefe difícil; estaba robando sistemáticamente mis teorías científicas y presentándolas como sus propios descubrimientos —las palabras salieron de golpe, como si la señorita Pumble las hubiera estado conteniendo hasta entonces—. Tengo formación en física e ingeniería eléctrica de Cambridge, pero por ser mujer, solo pude encontrar empleo como asistente. Finch se aprovechó descaradamente de esta situación.

—Eso debió de haber sido extremadamente frustrante —dijo Cecily con delicadeza, aunque en privado sintió una oleada de indignación en nombre de la joven—. Las barreras que enfrentaban las mujeres educadas seguían siendo formidables, y hombres como Finch se aprovechaban de ello sin el menor escrúpulo.

—Frustrante no alcanza a describirlo —la fachada compuesta de la señorita Pumble se agrietó levemente, revelando una ira genuina que ardía bajo su exterior controlado—. ¿Las teorías eléctricas que decía haber descifrado de los planos de Winterbottom? Se basaban en cálculos que yo le había entregado tras semanas de análisis cuidadoso. ¿Las aplicaciones innovadoras de corriente eléctrica para excavación arqueológica? Mis diseños, mis innovaciones, presentadas al mundo bajo su nombre mientras yo permanecía invisible.

Esta revelación arrojaba una luz totalmente nueva sobre la relación entre Finch y su asistente.

—Señorita Pumble, Miles Penrose mencionó haberla visto cerca de la casa del generador ayer por la noche. ¿Podría explicar qué estaba haciendo allí?

Las mejillas de la señorita Pumble se sonrojaron, pero sostuvo la mirada de Cecily directamente con el valor de alguien que había decidido abandonar las apariencias.

—Estaba examinando la instalación eléctrica que alimenta el equipo de la fuente del señor Goodfellow. Finch había estado haciendo preguntas cada vez más incisivas sobre el voltaje y amperaje disponibles, y sospechaba que estaba planeando... robar algunas de las innovaciones del señor Goodfellow también. Pensé que si entendía el sistema yo misma, podría evitar que robara el trabajo de otra persona más.

—¿Y qué descubrió?

—Que el sistema es mucho más sofisticado de lo que parece a simple vista. El señor Goodfellow es bastante brillante, aunque lo disimula tras esa practicidad de Yorkshire y esa actitud modesta. El generador produce suficiente energía para mucho más que simples bombas de fuente. Suficiente para los experimentos eléctricos serios que Finch tenía en mente.

—Señorita Pumble, ¿dónde estuvo durante las horas de la noche de ayer? Digamos, ¿entre las nueve y las once?

—En mi habitación parte del tiempo, y luego en los cuartos del servicio con Mary Jenkins y Lucy Thompson. Pasamos varias horas trabajando en bordado; Lucy me está enseñando los puntos más finos de la costura, que confieso nunca aprendí cómo es debido —la voz de la señorita Pumble se volvió más cálida al mencionar a las dos jóvenes—. Su compañía me resultó mucho más agradable que cenar con Finch, quien pasó toda la cena reprendiéndome por unos cálculos que afirmaba eran incorrectos pero que yo sabía que eran perfectamente correctos.

—¿Mary y Lucy confirmarán esto?

—Creo que sí. Lucy nos estaba contando de las cartas de su tía desde la prisión, que al parecer son bastante entretenidas a pesar de las desafortunadas circunstancias de su origen.

Cecily decidió verificar esta coartada con Mary y Lucy, aunque los modales de la señorita Pumble sugerían completa honestidad, un

cambio refrescante tras las entrevistas de esa mañana.

—Señorita Pumble, hay algo más que debo preguntarle. El cuaderno del señor Finch, el que contenía sus planos del jardín y teorías, parece haber desaparecido. ¿Tiene alguna idea de qué pudo haberle sucedido?

La expresión de la señorita Pumble se volvió pensativa, su formación académica evidente en la manera cuidadosa en que consideró la pregunta.

—Nunca estaba sin ese cuaderno. Lo protegía con más celo que las joyas de la Corona, llevándolo a todas partes y haciendo grandes aspavientos para ocultarlo cada vez que alguien se acercaba. Si está desaparecido...

Hizo una pausa, como sopesando implicaciones que iban más allá de un simple robo.

—Lady Ashcombe, ese cuaderno contenía mucho más que solo planos del jardín y teorías históricas. Finch había estado documentando experimentos eléctricos, aplicaciones teóricas, incluso algunas ideas que sonaban bastante peligrosas sobre el uso de corriente de alto voltaje con fines de excavación. Ideas que estaban basadas en gran medida en mis cálculos preliminares, debo agregar.

—¿Peligrosas en qué sentido, exactamente?

—Del tipo de cosas que fácilmente podrían resultar fatales si las manipulara alguien sin la formación adecuada. Finch era innegablemente brillante pero completamente imprudente; no tenía comprensión práctica de los protocolos de seguridad eléctrica. Le había advertido repetidamente sobre los peligros de trabajar con corriente viva, especialmente en condiciones húmedas, pero descartaba mis preocupaciones tachándolas de timidez femenina y exceso de cautela.

Antes de que Cecily pudiera responder, Elsie apareció en la entrada con una expresión que sugería desarrollos importantes ocurriendo

en otra parte de la casa.

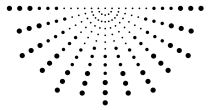
—Mi lady, el canónigo Bott solicita hablar con usted. Dice que tiene inquietudes sobre el señor Pettigrew y que se siente en el deber de compartirlas con alguien con autoridad.

La señorita Pumble se levantó de inmediato.

—Debería dejarla con sus otras reuniones. Gracias por escuchar, lady Ashcombe. Me siento bastante mejor habiendo hablado honestamente sobre el verdadero carácter de Finch al fin.

Mientras se marchaba, Cecily reflexionó sobre el carácter de la señorita Pumble. Ciertamente tenía motivos de peso para hacerle daño a Finch, pero su coartada parecía sólida. ¿Alguien que planeara un asesinato revelaría tan abiertamente su motivo para cometerlo?

36
UN PELIGROSO DOBLE ENGAÑO



El canónigo Bott entró en la biblioteca con la energía nerviosa que caracterizó todas sus interacciones desde su llegada a Little Codding.

—Lady Ashcombe, espero que me perdone la intrusión, pero he estado observando a nuestros compañeros huéspedes y residentes, debo admitir, con el ojo analítico de alguien que escribe sobre crímenes y criminales —se acomodó en la silla que la señorita Pumble había desocupado, con las manos inquietas sobre su libreta —. Me preocupa cada vez más el comportamiento y las motivaciones del señor Pettigrew.

—¿Ah, sí? ¿En qué sentido?

—Bueno, su repentina aparición esta mañana con esa charla sobre recorridos sobre la maldición me pareció notablemente insensible, pero hay muchas otras cosas que me inquietan —el canónigo Bott abrió su libreta y consultó varias páginas cubiertas con su cuidadosa escritura académica—. He estado anotando varias observaciones, puramente con fines de investigación, por supuesto, y varios detalles sobre el señor Pettigrew simplemente no cuadran.

Cecily lo animó a continuar con un gesto de interés.

—Su conocimiento eléctrico, por ejemplo. Ese detector de fantasmas suyo… reconocí varios componentes que requerirían considerable experiencia para adquirir y modificar. Mucho más sofisticados de lo que se necesitaría para una simple recepción inalámbrica o detección amateur.

—¿Tiene usted conocimiento de tales asuntos técnicos?

El canónigo Bott se sonrojó levemente, pero continuó con determinación académica.

—Investigo mis novelas con bastante minuciosidad, y los aparatos eléctricos aparecen de manera prominente en uno de mis misterios más progresistas de Silas Bellweather. He mantenido una extensa correspondencia con varios expertos técnicos para asegurar una exactitud absoluta. Los componentes que observé en el dispositivo de Pettigrew sugieren a alguien con acceso a suministros eléctricos de grado profesional y un conocimiento teórico avanzado.

—¿Y esto le preocupa por qué?

—Porque si posee tal conocimiento y equipo, ciertamente sería capaz de preparar el tipo de trampa eléctrica que mató al señor Finch —la voz del canónigo Bott bajó a un susurro conspiratorio, como si temiera ser escuchado por fuerzas hostiles—. Además, lo he notado haciendo preguntas muy específicas sobre los sistemas eléctricos de la finca, preguntas que parecen ir mucho más allá de la mera curiosidad histórica o investigación sobrenatural.

Cecily se recostó en su silla, procesando esta información junto con todo lo demás que había descubierto.

—Canónigo, ¿cree usted que el señor Pettigrew está tratando deliberadamente de dirigir la atención hacia la leyenda de la maldición como forma de desviar la sospecha de motivos más terrenales?

—¡Precisamente! —los ojos del canónigo Bott se iluminaron—. Crear una explicación sobrenatural para un crimen muy terrenal. En

realidad, es bastante inteligente desde una perspectiva criminal. ¿Quién sospecharía del historiador local y cazador de fantasmas de ser un asesino calculador con conocimientos de electricidad?

—Aunque se podría argumentar que su propia prominencia al promover la explicación sobrenatural lo vuelve bastante obvio para cualquier observador entrenado.

—Cierto, cierto. Pero considere este ángulo psicológico. Al ser tan teatralmente obvio con lo de la maldición, logra parecer inofensivo y levemente ridículo. Un asesino genuino no llamaría la atención sobre sí mismo con detectores de fantasmas y propuestas absurdas de recorridos, ¿verdad? Es una forma de doble engaño que se basa en las suposiciones de la gente sobre el comportamiento criminal.

El canónigo Bott había señalado algo intrigante, aunque Cecily no estaba del todo convencida por la lógica. En su experiencia admitidamente limitada con criminales genuinos, a menudo sobreestimaban su propia astucia al tiempo que subestimaban la inteligencia de todos los demás.

—¿Qué aconsejaría usted, canónigo?

—Vigilarlo muy cuidadosamente. Me temo que el señor Pettigrew puede volver a atacar si cree que alguien más se está acercando peligrosamente a descubrir cualquier secreto que esté enterrado en ese jardín, ya sean las innovaciones eléctricas de Silas Winterbottom o algo completamente diferente.

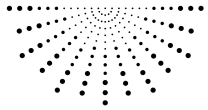
Cuando el canónigo Bott se marchó, dejando atrás solo el olor persistente de sudor nervioso y el leve olor a tinta de su libreta siempre presente, Cecily se quedó mirando la lista cada vez más larga de sospechosos. Cada uno parecía poseer tanto motivos convincentes como oportunidades razonables, pero ninguno terminaba de convencerla como asesino cuando lo consideraba por separado.

Quizás ese era precisamente el punto. Quizás quien había matado a Alistair Finch era exactamente el tipo de persona que parecía inofensiva, académica o respetable, hasta que alguien amenazaba algo que valoraban lo suficiente como para matar por ello.

El resto de la tarde transcurrió con una quietud engañosa, varios miembros de la casa dedicados a sus propias actividades mientras mantenían la cuidadosa cortesía que marcaba una casa bajo investigación. Pero cuando se acercó la noche y las sombras comenzaron a alargarse sobre el Jardín Salvaje, Cecily no podía sacudirse la creciente convicción de que el asesino todavía estaba entre ellos, observando y esperando la siguiente oportunidad para proteger sus secretos.

El Jardín Salvaje mantenía sus misterios guardados como tesoros en una bóveda, pero no por mucho más tiempo, sospechaba Cecily con creciente determinación.

37
TODO BIEN ATADO



A la mañana siguiente amaneció fresco y despejado, con esa clase de luz dorada de otoño que transformaba hasta el paisaje rural más corriente en algo cercano a la perfección pastoril. Cecily estaba de pie junto a la ventana de su dormitorio, viendo cómo la niebla se alzaba del Jardín Salvaje como espíritus que se retiraban, y tomó una decisión que habría horrorizado el sentido del decoro de sus difuntos padres.

Iba a alentar la macabra visita acerca de la maldición de Percy Pettigrew.

La estrategia era sólida, se aseguró a sí misma. La mejor manera de observar a su creciente colección de sospechosos era reunirlos a todos en el lugar exacto donde Alistair Finch había hallado su final eléctrico. La gente solía revelar más de lo que pretendía al regresar a lugares importantes, y la clara habilidad de Percy con los componentes eléctricos lo convertía en una persona de considerable interés.

Un suave golpe en la puerta interrumpió los cálculos de Cecily, y Mary Jenkins entró con la bandeja del té de la mañana, moviéndose con una precisión de relojería a pesar de su juventud. La doncella de diecisiete años había desarrollado una admirable capacidad para

intuir cuándo su ama necesitaba un poco de sustento, aunque de vez en cuando su puntualidad delataba un talento igualmente admirable para pegar la oreja en las cerraduras.

—Su té, mi lady —anunció Mary, dejando la bandeja sobre la mesita junto a la ventana.

—Qué atenta —Cecily aceptó la delicada taza de porcelana, advirtiendo que Mary había recordado incluir la mezcla particular de Ceilán y Earl Grey que prefería—. Mary, ¿podría llevarle un recado al señor Pettigrew? Infórmele, por favor, que he decidido aceptar su propuesta de la visita acerca de la maldición, aunque con ciertas condiciones.

—Por supuesto, mi lady —los ojos de Mary se iluminaron con una curiosidad más que evidente—. ¿Quiere que le diga una hora en particular?

—A media mañana, creo. Eso debería darle tiempo suficiente para preparar sus... artilugios científicos —Cecily bebió un sorbo de té, pensativa, y luego dejó la taza con un pequeño clic decidido—. Y Mary, antes de que se vaya, quisiera preguntarle algo. La señorita Pumble parecía bastante apagada anoche después del desafortunado accidente del señor Finch. Espero que toda la conmoción no haya sido demasiado abrumadora para alguien de su delicado temperamento artístico.

La expresión de Mary se animó de inmediato; su inclinación natural al chisme doméstico pudo más que su formación en la discreción.

—Oh, la señorita Pumble estaba perfectamente serena, mi lady. De hecho, de una manera bastante notable. Pasó gran parte de la velada con Lucy y conmigo en el cuarto de costura, trabajando en algunas prendas del señor Finch.

—Qué aplicada de su parte —observó Cecily con suavidad, aunque sus instintos detectivescos se habían agudizado considerablemente

—. ¿Mencionó que usted la animó a aprender algunas técnicas nuevas de costura?

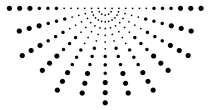
—Así fue, mi lady. Estaba remendando una de las camisas de trabajo del señor Finch. Dijo que tenía un desgarrón en la manga. Aprendía rápido, y sus puntadas eran absolutamente perfectas, ¿sabe? —La voz de Mary dejaba oír una admiración genuina—. Tan pulcras y precisas como sus dibujos botánicos. Ni un solo hilo fuera de lugar, cada puntada exactamente del mismo largo. Es casi... —hizo una pausa, buscando la palabra adecuada— quirúrgico ver lo firmes que tiene las manos. La verdad, nunca había visto nada igual. La señora Fotheringill comentó que la señorita Pumble probablemente podría hacer una cirugía con su costurero, de tan precisa como es.

—Qué notable. Gracias, Mary. Eso será todo por ahora; vaya a entregarle mi mensaje al señor Pettigrew.

—Sí, mi lady —Mary hizo una rápida reverencia y salió apresuradamente del cuarto; sus pasos resonaron por el corredor con la prisa ansiosa de alguien que tenía habladurías que compartir y encargos que prometían más intriga.

38

INVESTIGACIONES ESPIRITISTAS



Para cuando Cecily se vistió y bajó, encontró a Percy ya instalado en el salón de la mañana. Al parecer había llegado apenas media hora después de recibir la invitación, lleno de renovado entusiasmo y con una versión reparada a toda prisa de su aparato detector de fantasmas. Su vergüenza anterior había sido reemplazada por una energía fervorosa, aunque las manos le temblaban un poco mientras ajustaba varios componentes.

—¡Lady Ashcombe! —anunció, poniéndose de pie tan rápido que casi volcó la taza de té—. He pasado toda la noche perfeccionando mi sistema de detección electromagnética. ¡La visita de hoy nos dará la prueba definitiva de que el viejo Silas sigue aquí!

—Qué fascinante, señor Pettigrew.

Cecily se acomodó frente a él y observó que el artefacto reconstruido parecía todavía más precario que el anterior.

—Mis condiciones son pocas y sencillas. Primero, solo miembros de la casa e invitados. Segundo, el agente Fenchurch debe acompañarnos por seguridad. Y tercero, me reservo el derecho de dar por terminada la visita si las circunstancias lo ameritan.

—¡De lo más razonable!

El entusiasmo de Percy se desbordó pese a aquellas restricciones.

—Aunque debo advertirle que la actividad psíquica podría ser bastante intensa. Mi equipo está calibrado para detectar las vibraciones etéreas más sutiles.

Antes de que Cecily pudiera responder, el canónigo Bott apareció en la puerta con la expresión resuelta de un hombre que se prepara para combatir las fuerzas de las tinieblas.

—Lady Ashcombe, entiendo que hoy se llevará a cabo algún tipo de... investigación espiritual.

Su voz transmitía una neutralidad cuidadosamente medida.

—Considero que es mi deber acompañar esta expedición, aunque solo sea para atender mis preocupaciones anteriores.

El agente Fenchurch llegó de inmediato. Su expresión sugería que preferiría investigar carteristas en Oxford antes que manifestaciones sobrenaturales en jardines campestres.

—Lady Ashcombe, tengo entendido que ha solicitado mi presencia para esta... visita.

Cargó la última palabra con un escepticismo capaz de hundir un barco.

—Debo decirle que yo me formé para robos y agresiones, no para fantasmas.

—Su perspectiva práctica será invaluable, agente Fenchurch —le aseguró Cecily con diplomacia—. A veces las explicaciones más terrenales resultan ser las más acertadas.

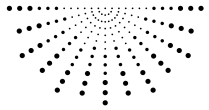
Lady Connie irrumpió en la habitación en ese momento, espléndida con un traje de paseo que sin duda costaba más de lo que la mayoría ganaba en meses. Su atuendo estaba perfectamente coordinado, aunque Cecily advirtió la notoria ausencia de sus guantes.

—¿De verdad vamos a ir a cazar fantasmas esta mañana? —preguntó lady Connie con un entusiasmo que podía ser genuino o cuidadosamente fabricado—. ¡Qué maravillosamente emocionante! No he tenido una experiencia sobrenatural de verdad desde aquella sesión espiritista en Belgravia en la que lady Pemberton aseguró haber contactado a Napoleón..., aunque el acento francés del espíritu sonaba sospechosamente parecido al de su jardinero.

El grupo que finalmente se reunió incluía a la mayoría de los residentes de Ashcombe Hall. Lady Fenella había declinado asistir, alegando que las entidades sobrenaturales auténticas encontraban su presencia "más bien abrumadora". Elsie había pedido permiso para unirse, en apariencia por curiosidad, pero en realidad, sospechaba Cecily, porque estaba desarrollando un muy saludable instinto investigador. Señorita Pumble también había pedido ser incluida. Su formación científica despertaba su curiosidad por los métodos de detección electromagnética de Percy, aunque su expresión sugería un escepticismo considerable.

39

EL RECORRIDO DE LA MALDICIÓN



—Señoras y señores —empezó Percy con una floritura de maestro de ceremonias de circo—, ¡bienvenidos a lo que bien podría resultar la investigación sobrenatural más importante jamás realizada en Little Codding!

Se colocó frente a su aparato con orgullo evidente, pese a su aspecto cada vez más precario. Durante la noche le habían añadido varios componentes nuevos, entre ellos algo que sospechosamente parecía parte de un colador de cocina.

—Antes de continuar, debo explicar los principios teóricos que sustentan esta empresa.

Percy se lanzó a una exposición muy ensayada.

—El reino etéreo interactúa constantemente con nuestra realidad física, creando perturbaciones electromagnéticas mensurables que mi equipo, calibrado especialmente, puede detectar con notable precisión.

El canónigo Bott se persignó discretamente mientras el agente Fenchurch consultaba su libreta con aire de estar anotando pruebas. La señorita Pumble examinó el artefacto de Percy, mientras lady

Connie mantenía una atención absorta que habría convencido a cualquiera que no conociera su capacidad para el engaño.

—La Matriz de Detección Espectral Mark IV representa la cumbre de la tecnología de investigación sobrenatural. ¡Observen cómo demuestra su sensibilidad a las influencias de ultratumba!

Percy aferró las asas de bronce con solemnidad teatral y cerró los ojos mientras los observadores aguardaban con distintos grados de expectativa y aprensión.

Durante unos momentos no ocurrió nada, salvo un leve crepitar. Luego vino el silencio, seguido de un «wrrrr», un fragmento del boletín marítimo de la BBC y un mecánico *¡pop!*.

—Quizá podríamos continuar con la visita —sugirió Cecily con diplomacia, al notar lo inestables que se habían vuelto las manos de Percy mientras intentaba calibrar su aparato.

—¡Sí, por supuesto! —se animó Percy—. ¡Síganme y prepárense para un encuentro con el más allá!

Al acercarse a la entrada invadida por maleza del Jardín Salvaje, Percy empezó a soltar datos históricos.

—El viejo Silas Winterbottom desapareció sin dejar rastro el 31 de octubre de 1747 —entonó dramáticamente—. Su cuerpo fue hallado a la mañana siguiente exactamente en el lugar donde el señor Finch encontró ayer su trágico final: bajo el viejo roble, con una expresión de absoluto terror.

—¿Y cómo sabemos qué expresión tenía? —preguntó la señorita Pumble—. Desde luego no existen fotografías de aquella época, y los testimonios de 1747 serían bastante poco fiables hoy en día.

Percy vaciló un instante.

—Los relatos contemporáneos quedaron registrados en los archivos parroquiales. El canónigo Throckmorton documentó el hallazgo con considerable detalle, incluidos algunos bocetos.

—A estas alturas, los archivos parroquiales de 1747 ya deben de estar en Oxford —observó con suavidad el canónigo Bott—. No supongo que haya examinado esos documentos originales.

—Bueno, los originales propiamente dichos no —admitió Percy, a regañadientes—. Pero los historiadores locales han conservado copias de los detalles esenciales. Lo importante es el patrón constante de actividad sobrenatural.

Atravesaron la puerta del jardín y entraron en la atmósfera evocadora del Jardín Salvaje. Las sombras de la mañana creaban el ambiente perfecto para las especulaciones sobrenaturales. Percy avanzó con su aparato, pidiendo silencio con un gesto mientras tomaba lecturas preliminares.

—Fluctuaciones electromagnéticas extraordinarias —susurró con intensidad teatral—. Estoy detectando patrones compatibles con manifestaciones espirituales nacidas de un trauma.

Como si lo hubiera invocado con su declaración, un olor francamente desagradable empezó a llegar hasta el grupo.

Lady Connie rebuscó en su bolso de mano y sacó un pañuelo para cubrirse la nariz. El pañuelo grande estaba mugriento, como si lo hubieran manoseado con frecuencia manos sucias.

—¡Santo cielo! ¿Qué es ese olor espantoso?

—Perturbación ectoplásmica —declaró Percy con aire de triunfo—. Las manifestaciones espirituales suelen producir olores distintivos cuando la materia etérea se cruza con nuestro mundo físico.

—Es el aroma de la premiada pila de compost de Barty Bloom —corrigió el agente Fenchurch con su habitual practicidad—. La removieron ayer por la mañana. Cuando cambia el viento, despide un olor bastante fuerte.

—Mezclado con el olor de hojas quemadas, si no me equivoco. Barty debe de estar despejando una zona de hojas caídas prematuramente

—añadió Cecily.

Siguieron internándose en el Jardín Salvaje mientras Percy iba narrándolo todo y su artefacto producía de vez en cuando crepitaciones que él interpretaba como actividad espiritual.

—Esta sección en particular —anunció junto a unos rododendros crecidos sin control— siempre ha estado asociada con fenómenos inexplicables. Los habitantes del lugar hablan de luces extrañas y sonidos misteriosos después del anochecer.

—O podrían ser los cables eléctricos que el señor Goodfellow instaló para el sistema de la fuente —observó clínicamente la señorita Pumble—. Las instalaciones eléctricas suelen crear campos electromagnéticos que las personas sensibles podrían malinterpretar como algo sobrenatural.

La mandíbula de Percy se tensó ante aquella refutación sistemática, aunque mantuvo el aplomo con admirable persistencia.

Llegaron a la zona donde, al parecer, Percy había escondido su «linterna espiritual» para dar mayor efecto dramático. Buscó entre la maleza con evidente expectación, claramente convencido de que estaba a punto de ofrecer una demostración debidamente teatral.

—Muy bien, si mis cálculos son correctos, deberíamos presenciar una manifestación de energía de ultratumba justo… ¡aquí!

Presionó lo que parecía un interruptor oculto con una floritura teatral, pero en vez de una misteriosa iluminación espiritual, hubo un chasquido seco, una lluvia de chispas y una pequeña explosión que chamuscó las hojas cercanas y lanzó a Percy hacia atrás, con el pelo completamente erizado.

—¡Rayos y centellas! —exclamó, dándose palmadas frenéticas en el chaleco humeante—. ¡El cableado debe de haber sufrido un cortocircuito durante la noche!

—¿Se encuentra bien, señor Pettigrew? —preguntó Cecily con auténtica preocupación.

—Perfectamente bien —insistió Percy, aunque le temblaban visiblemente las manos mientras examinaba su aparato, arruinado—. Solo una pequeña dificultad técnica.

Lady Connie anunció entonces que necesitaba un momento para «recobrarse después de un encuentro sobrenatural tan intenso» y desapareció detrás de unos arbustos demasiado crecidos con una premura sospechosa.

Cecily intercambió una mirada significativa con Elsie, que de inmediato empezó a dirigirse hacia donde había ido lady Connie, en apariencia admirando las plantas, pero en realidad observando cualquier actividad clandestina que su invitada pudiera estar llevando a cabo.

Percy reanudó el recorrido hacia el viejo roble donde tanto Old Silas como Alistair Finch habían encontrado la muerte. Su detector de fantasmas producía lecturas cada vez más erráticas a medida que se acercaban al punto clave.

—Hemos llegado —anunció con renovado dramatismo—, justo en el centro del legado sobrenatural de Little Codding. ¡Bajo este antiguo roble, dos hombres han muerto en circunstancias que desafían toda explicación racional!

El canónigo Bott alzó la vista hacia el árbol gigantesco con reverencia por su majestad natural.

—Sin duda es un ejemplar magnífico. Se entiende por qué podría volverse legendario. «El justo florecerá como la palmera», escribe el salmista.

—Estamos ante fenómenos sobrenaturales documentados que requieren investigación científica, no interpretación teológica —replicó Percy con una leve impaciencia, agitando su aparato con dramatismo y chisporroteando de forma dudosa.

Lady Connie reapareció con aspecto algo descompuesto, pese a sus evidentes intentos por arreglarse. Su atuendo de paseo mostraba claras señales de contacto con tierra y vegetación, mientras que en su cabello, cuidadosamente dispuesto, se habían enganchado varias ramitas y una telaraña. Más importante aún, despedía el inconfundible olor a humo de leña y pelo quemado, adherido a la ropa pese al fresco aire otoñal.

—Qué vegetación tan fascinante hay en estos sectores históricos —declaró con un entusiasmo quebradizo—. Una no puede evitar examinar estas plantas más de cerca.

Cecily notó que las botas de lady Connie tenían manchas de tierra fresca que antes no estaban allí.

Elsie se materializó junto a Cecily con silenciosa eficacia.

—De lo más interesante —murmuró en voz baja—. Estaba particularmente concentrada en las zonas cercanas al incinerador de Barty.

—Qué instructivo —respondió Cecily en voz igualmente baja, anotando mentalmente la información para investigarla más adelante.

Percy había retomado sus pesquisas electromagnéticas, avanzando hacia las zarzas donde habían encontrado el cuerpo de Finch. Sus lecturas se intensificaban, produciendo crepitaciones cada vez más dramáticas y un retumbo profundo. El suelo empezó a temblar mientras Percy se mostraba cada vez más exaltado.

—¡Las perturbaciones etéreas están por las nubes! ¡Puede que estemos presenciando la manifestación sobrenatural más importante de la historia de Little Codding! —anunció con evidente entusiasmo.

El retumbo distante fue creciendo de manera constante, acompañado por un sonido que se parecía muchísimo al de agua, a gran presión, desplazándose por tuberías no del todo preparadas para soportar semejante volumen.

—Ay, cielos —observó la señorita Pumble con frialdad científica—. Eso suena más bien a una avería grave en las tuberías.

Su observación resultó notablemente certera. Instantes después, una tubería que alimentaba la fuente del norte reventó en una espectacular columna de agua a presión que se elevó casi seis metros en el aire, creando una magnífica pero absolutamente inoportuna ducha que enseguida empezó a empapar todo en un amplio radio.

El grupo de la visita guiada se desperdigó con mayor o menor decoro. El canónigo Bott intentó refugiarse detrás del viejo roble, mientras lady Connie se recogía las faldas y huía hacia terreno más alto. El agente Fenchurch se mantuvo en su sitio con admirable estoicismo, aunque su libreta quedó completamente empapada en cuestión de segundos.

Percy, quizá aturdido por los desastres de la mañana, simplemente se quedó inmóvil mientras el chorro de la fuente caía sobre él, aferrado a su detector de fantasmas, con el agua escurriéndole del cabello como un espantapájaros destartalado atrapado en una tormenta.

La fuente siguió con su espectacular avería durante varios minutos antes de que la presión del agua por fin empezara a bajar, dejando al grupo reunido en distintos grados de empapamiento y desaliño. El cabello cuidadosamente arreglado de Percy se le había venido abajo en mechones lacios que goteaban sobre sus anteojos, mientras que su detector de fantasmas mostraba señales evidentes de daño por agua.

—Bueno —anunció el canónigo Bott con esa jovialidad forzada tan propia de después de un desastre—, eso fue, sin duda, de lo más vigorizante. No hay nada como una buena ducha fría para despejar la mente.

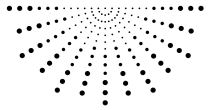
—Despejar la mente para ir a ponerse ropa seca —murmuró lady Connie, escurriendo el agua de su costosa falda de paseo—.

Supongo que nadie nos dijo que la investigación espiritual incluía un bautizo involuntario.

Cuando el maltrecho grupo llegó a la terraza, algo escarmentado por la inesperada conclusión de su investigación sobrenatural, Cecily lamentó que el recorrido de la maldición no hubiera sacado a la luz más secretos, y menos aún la clase de manifestaciones sobrenaturales que Percy esperaba documentar.

40

EL SUELO RECUERDA



El aire de la tarde se deslizaba por su ventana abierta, trayendo consigo los aromas mezclados de las rosas y el leve olor a tierra que parecía adherida permanentemente al Jardín Salvaje. En algún lugar de esa espesura crecida yacían respuestas, estaba segura.

Un suave golpe interrumpió sus pensamientos.

—Adelante —llamó.

Miles Penrose apareció en el umbral, su expresión habitualmente reservada teñida con algo que se acercaba a la preocupación. Tenía las mangas arremangadas de manera muy práctica, lo que sugería que había estado atendiendo asuntos de la finca.

—Disculpe, mi lady, pero me preguntaba si necesitaría ayuda con su investigación. La sala del personal está bastante alborotada con especulaciones, y algunas de las teorías que andan circulando son... bueno, más fantasiosas que una novela de folletín.

Cecily sonrió a pesar de la gravedad de su situación.

—Supongo que la señora Fotheringill ha estado pontificando con sus fascinantes explicaciones otra vez.

—Entre otros, me temo. La cocinera está convencida de que el Jardín Salvaje está maldito, y la joven Mary se niega a recoger hierbas cerca de las zarzas. Aunque noté que parecía bastante pensativa después de la expedición de esta mañana. ¿Encontramos algo que pudiera conducir a algún lugar útil?

La pregunta se hizo con una franqueza característica, y Cecily se encontró apreciando el enfoque práctico de Miles ante su situación cada vez más compleja. A diferencia de la tendencia del pueblo al drama, digna de la mejor novela gótica, él poseía el tipo de pensamiento metódico que complementaba a la perfección sus propios instintos de investigadora.

—Nada más concreto que las manifestaciones fantasmales de Pettigrew, me temo —respondió—, aunque sospecho que las respuestas que buscamos yacen en el suelo mismo. Señor Penrose, ¿qué tan bien conoce la distribución del Jardín Salvaje?

—Bastante bien, mi lady. Pasé mucho tiempo allí cuando era muchacho, antes de que las zarzas lo invadieran por completo y lo convirtieran en algo parecido a una fortaleza medieval. ¿Por qué me lo pregunta?

—Después de la inundación de esta mañana, Jeremiah Crimp vino a verme y me hizo una observación bastante interesante sobre que el suelo recuerda las cosas. Se me ocurrió que nos hemos estado concentrando solo en lo que la gente podría ocultar, en lugar de en lo que la tierra misma podría estar dispuesta a revelarle a quien sea lo bastante listo para formular las preguntas correctas.

Miles asintió lentamente, mientras la comprensión se dibujaba en su rostro.

—¿Está pensando que todavía hay algo oculto en ese jardín, mi lady?

Cecily se dirigió a la puerta con renovado propósito, sintiendo la familiar emoción que acompañaba a una nueva línea de

investigación prometedora.

—¿Estaría dispuesto a acompañarme en una inspección más sistemática de la zona alrededor de ese roble antiguo? Tengo la sensación de que el viejo Silas podría haber dejado algo más que meras historias fantasiosas enterradas en su jardín.

Miles se enderezó con evidente interés.

—Por supuesto, mi lady. Aunque, si vamos a cavar en serio, ¿podría sugerir que llevemos herramientas apropiadas? ¿Y quizás evitar anunciar nuestras actividades a toda la casa? Algunos descubrimientos se hacen mejor sin una audiencia de sirvientes curiosos dispuestos a dar su opinión.

Veinte minutos después, Cecily se encontró siguiendo a Miles por los senderos cubiertos de maleza del Jardín Salvaje, armada con un desplantador prestado del cobertizo y con bastante más optimismo del que había justificado el recorrido sobrenatural de la mañana. Miles llevaba una pala robusta.

La tarde había adquirido ese tono dorado perfecto que hacía que incluso la espesura salvaje pareciera encantadora, aunque las zarzas seguían siendo decididamente hostiles con cualquiera que intentara pasar.

Cuando llegaron al matorral de zarzas, las consecuencias del dramático diluvio del día anterior se manifestaron como una inesperada explosión de papeles por todo el Jardín Salvaje. Lo que encontraron fue una escena que habría deleitado a cualquier novelista que buscara inspiración para el caos: cientos de páginas de cuaderno completamente empapadas esparcidas por la espesura espinosa como confeti después de una celebración particularmente descontrolada.

—Dios mío —susurró Cecily, examinando la devastación de papel con creciente asombro. Las zarzas habían atrapado docenas de páginas en su abrazo espinoso, mientras que otras se aferraban a las ramas

inferiores del roble antiguo como desesperadas banderitas blancas de rendición. Todavía más yacían pegadas contra cualquier superficie disponible, con la tinta corrida formando abstracciones acuareladas ilegibles que volvían misterioso y tentador su contenido original.

Miles se detuvo junto a un grupo particularmente grande de páginas atrapadas entre dos tallos de zarza, su mente práctica ya procesando las implicaciones.

—Parece que en su retirada algo apresurada del espectáculo de fuente improvisado de ayer, pasó por alto la causa de la obstrucción —señaló hacia el papel empapado—. Alguien ha estado desechando una enorme cantidad de papel a través del sistema de drenaje de la mansión.

—Y cuando la presión se acumuló lo suficiente —continuó Cecily, siguiendo su razonamiento con creciente emoción—, la explosión resultante esparció las pruebas por medio jardín para que las descubriéramos. Como recibir los secretos de alguien por correo especial, ¿no le parece?

La gran cantidad de páginas descartadas sugería algo mucho más significativo que una correspondencia casual o unas cuentas domésticas. Esto representaba una destrucción sistemática de documentos: el tipo de eliminación deliberada de pruebas.

Miles comenzó a extraer cuidadosamente páginas de las zarzas.

—La calidad del papel sugiere que estos no son documentos domésticos ordinarios —observó, sosteniendo un fragmento parcialmente legible a la luz de la tarde—. Este es el tipo de papel caro que se usa para correspondencia importante o para llevar registros detallados.

—O un diario científico apreciado y muy codiciado —replicó Cecily.

Varias páginas se mantenían lo bastante intactas para revelar vislumbres tentadores de su contenido original. Cecily se encontró estudiando fragmentos de lo que parecían ser diagramas técnicos,

cálculos matemáticos y notas detalladas. El texto que sobrevivía aludía a sistemas eléctricos, diseños de jardines y referencias a documentos históricos que le aceleraron el pulso.

—Mire esto —llamó, despegando con cuidado una página relativamente intacta de donde se había enrollado en una rama de zarza. El documento presentaba varias líneas de texto legible que hablaban de "las especificaciones de Winterbottom" y de "mediciones de triangulación consistentes con el estudio original".

Miles se acercó para examinarla, y su expresión se volvió cada vez más grave mientras revisaba los fragmentos que quedaban.

Las páginas esparcidas confirmaban la obsesión de Finch con los secretos que yacían bajo el suelo de Ashcombe.

—Qué momento tan desafortunado para quien intentaba destruir los hallazgos de Finch —observó Cecily, viendo a Miles extraer otro grupo de páginas de su prisión espinosa—. Uno no suele esperar que sus métodos de eliminación resulten en una dispersión tan flagrante de las pruebas.

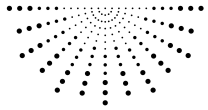
La ironía era deliciosamente apropiada: quien había intentado eliminar estos documentos había asegurado en cambio su descubrimiento. El desastre de fontanería de ayer se había transformado de una mera molestia en el tipo de revelación providencial que sugería que el Jardín Salvaje poseía su propio sentido de la justicia investigativa.

—Y fíjese en las fechas de estas páginas —añadió Cecily—. Las últimas entradas fueron hechas apenas unos días antes de la muerte del señor Finch.

Alistair Finch había muerto porque alguien más había estado mucho más cerca de encontrar el tesoro del viejo Silas de lo que nadie imaginaba.

41

HALLAZGOS DEL INCINERADOR



Mientras se preparaban para salir del Jardín Salvaje, con los brazos cargados de fragmentos rescatados de lo que alguna vez había sido la investigación más preciada de Alistair Finch, Cecily se detuvo al borde del jardín. Algo la inquietaba: un detalle que amenazaba con escapársele si no lo seguía de inmediato.

—Señor Penrose —llamó.

Miles se volvió desde el sendero, con las cejas enarcadas en silenciosa pregunta.

—Acabo de recordar algo bastante importante. Ayer Barty estaba quemando basura en su incinerador. Teniendo en cuenta lo que acabamos de descubrir sobre la destrucción de documentos, quizá deberíamos investigar exactamente qué fue lo que echaron a las llamas.

—Tiene razón, mi lady. Si alguien ha estado destruyendo pruebas sistemáticamente, bien pudo haber usado varios métodos para deshacerse de ellas.

Encontraron el incinerador de Barty detrás del cobertizo de herramientas.

El contenido había quedado reducido, en su mayor parte, a cenizas y fragmentos carbonizados, pero algo brilló entre los restos grises. Algo que había resultado demasiado resistente para ser destruido por completo.

—Mire esto —murmuró, usando su palita de jardinería para extraer con cuidado lo que parecía ser el broche metálico de un cuaderno de cuero.

La pieza de latón había sobrevivido a las llamas, aunque llevaba la pátina ennegrecida de un calor intenso. Junto a ella, descubrió varios trozos de cuero que alguna vez habían formado la encuadernación de un libro, con los bordes curvados y quebradizos, pero todavía reconocibles como los restos de un volumen considerable.

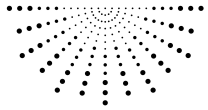
El hallazgo añadió otra capa a su rompecabezas cada vez más complejo. Alguien se había dedicado a destruir pruebas de forma exhaustiva, recurriendo tanto al fuego como al agua con lo que presumiblemente creyó una minuciosidad suficiente. La ironía de que ambos intentos hubieran terminado por contribuir a la investigación, en vez de obstaculizarla, le resultó a Cecily particularmente satisfactoria.

Miles envolvió con cuidado el broche metálico y los fragmentos de cuero en su pañuelo, tratándolos con el respeto que merecían como pruebas potencialmente cruciales.

Cecily lanzó una última mirada al incinerador, que había revelado sus secretos con tanta facilidad.

—Quienquiera que haya orquestado esta destrucción subestimó seriamente la resistencia de los broches metálicos y la capacidad de los desagües sobrecargados.

42
LA SALA DEL DUELO



Una hora más tarde, Cecily se encontró en la sala del duelo de la mansión, más pequeña y poco frecuentada, acomodando metódicamente los fragmentos rescatados sobre la pulida mesa de caoba como piezas de un elaborado rompecabezas. Las altas ventanas de la habitación proporcionaban una excelente luz natural para examinar los documentos dañados por el agua, aunque la tarea requería considerable paciencia ya que muchas páginas se habían secado formando masas arrugadas y rebeldes que se resistían a cualquier intento de aplanarlas.

Le había hecho llegar un mensaje a Ellie Pumble pidiendo su ayuda con "un asunto de importancia científica", aunque deliberadamente había evitado mencionar la naturaleza exacta del descubrimiento. Algunas revelaciones era mejor darlas en persona, particularmente cuando involucraban el renacimiento dramático de una investigación supuestamente destruida.

Cuando Ellie llegó, llevaba su cartera de cuero y un vestido práctico de paseo que sugería que esperaba otra expedición a la espinosa espesura del Jardín Salvaje. Su expresión cambió de cortés curiosidad a genuino asombro mientras examinaba los papeles esparcidos sobre la mesa de la sala del duelo.

—Dios mío —exhaló Ellie, acercándose para examinar los fragmentos —. Parecen notas de investigación de considerable complejidad. ¿Dónde las...? —Se interrumpió a mitad de frase cuando el reconocimiento iluminó sus facciones, transformando su rostro de leve interés en casi estupefacción—. ¡Las páginas del cuaderno del señor Finch!

—En efecto lo son —confirmó Cecily, observando la reacción de Ellie con creciente fascinación—. Descubiertas gracias al desastre de fontanería de ayer, esparcidas por el Jardín Salvaje como prueba de una forma particularmente dramática de deshacerse de ellas.

La expresión de Ellie se tornó de justa indignación que habría impresionado a cualquier activista sufragista.

—¿Alguien intentó destruir esto? ¡La ignorancia absoluta! ¿Tienen alguna idea de la importancia científica del trabajo del señor Finch? ¿De los meses de cuidadosa investigación y cálculo que aquí se representan? —Señaló los fragmentos con visible consternación—. Es como usar los cuadernos de Da Vinci para encender un fuego.

La verdadera aflicción en su voz sugería algo más que mera apreciación académica por el trabajo de Finch. Cecily se encontró estudiando la reacción de Ellie con renovado interés, notando cómo los dedos de la joven temblaban ligeramente mientras examinaba las páginas dañadas por el agua.

—Aunque debo confesar que me alivia que al menos algunas partes sobrevivieran a una destrucción tan dramática —continuó Ellie, su voz estabilizándose mientras se concentraba en los fragmentos rescatados—. Mire aquí: esta sección trata los cálculos de triangulación que resolvimos juntas el mes pasado. —Señaló una página parcialmente legible donde una tinta desvaída revelaba notaciones matemáticas—. Y este diagrama representa los hallazgos del señor Goodfellow sobre los sistemas eléctricos subterráneos de la finca. Parece que Finch debió de husmear y apropiarse de ellos también.

Ellie metió la mano en su cartera y sacó su propio diario encuadernado, cuya cubierta de cuero llevaba un diseño grabado distintivo que brillaba con la luz de la tarde. Algo en ese diseño le resultaba familiar a Cecily, aunque no lograba recordar dónde lo había visto antes. El asunto urgente de descifrar la investigación de Finch demandaba su atención inmediata, dejando que esa misteriosa familiaridad la rondara en los límites de su conciencia.

—Si cruzamos estos fragmentos con mis propias notas —explicó Ellie, abriendo su diario para revelar páginas cubiertas de diagramas y cálculos prolijos—, deberíamos poder reconstruir gran parte de las conclusiones finales del señor Finch. —Comenzó a comparar las páginas rescatadas con su propia documentación, su expresión volviéndose cada vez más animada conforme las conexiones se hacían evidentes.

—La brillantez de sus interpretaciones sobre los diseños originales de Silas Winterbottom es realmente notable —continuó, colocando con cuidado un fragmento muy manchado junto a un diagrama de su diario—. Había logrado descifrar referencias que habían desconcertado a los investigadores durante décadas. Mire estos cálculos: determinó las especificaciones exactas del aparato eléctrico experimental de Winterbottom.

Mientras Ellie continuaba su examen, su entusiasmo gradualmente dio paso a una creciente preocupación. Estudió un grupo de páginas qque habían sobrevivido al agua con inusual claridad, y su expresión pasó de la apreciación académica a una creciente alarma.

Entonces jadeó, su rostro perdiendo el color mientras asimilaba las implicaciones de lo que estaba leyendo.

—Oh, Dios mío —susurró, dejándose caer en la silla más cercana como si las piernas de pronto le hubieran fallado—. Esto es mucho peor de lo que temía.

—¿Señorita Pumble? —Cecily se acercó, notando cómo las manos de Ellie habían comenzado a temblar mientras sostenía los documentos

incriminadores—. ¿Qué ha descubierto?

—El señor Finch había desarrollado un plan para resucitar algunos experimentos de Silas Winterbottom —explicó Ellie, con la voz tensa por el horror—. Pero pretendía amplificar la potencia del generador de la finca de la forma más peligrosa e imprudente imaginable. Estos cálculos muestran que planeaba aumentar la producción eléctrica casi diez veces sin ninguno de los protocolos de seguridad que requiere la ingeniería eléctrica moderna.

Señaló la evidencia condenatoria con evidente preocupación.

—Los niveles de potencia que contemplaba podrían haber electrificado medio condado, o haber matado a cualquiera que tuviera la desgracia de estar cerca cuando el sistema se sobrecargara, lo cual era inevitable.

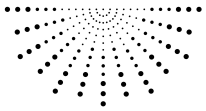
Cecily examinó los fragmentos por encima del hombro de Ellie, notando la caligrafía cada vez más errática de lo que parecían ser las últimas anotaciones de Finch. La cuidadosa notación académica había dado paso a algo muy cercano al garabateo frenético, lo que sugería obsesión más que investigación metódica.

—Quizás —continuó Ellie en voz baja— la muerte del señor Finch fue en realidad un accidente provocado por su propia impaciencia y su temerario desprecio por los protocolos de seguridad. El tipo de fuerzas eléctricas que intentaba manipular... —Se estremeció visiblemente—. Un solo error de cálculo, un momento de descuido, y el resultado habría sido instantáneo y absolutamente mortal.

Un silencio se adueñó de la sala del duelo mientras ambas mujeres contemplaban las implicaciones de su descubrimiento. Los fragmentos dispersos de la investigación de Finch pintaban un cuadro no de indagación erudita, sino de una peligrosa obsesión que al final había consumido a quien la practicaba.

43

LA ÚLTIMA PIEZA DEL ROMPECABEZAS



El sueño resultó tan esquivo como una explicación satisfactoria para los descubrimientos de la tarde. Cecily se encontró dando vueltas sin descanso entre las finas sábanas de lino, su mente se negaba a calmarse a pesar del silencio pacífico de la mansión. Cada vez que se acercaba al umbral del sueño, algún detalle de su investigación emergía con renovada urgencia, exigiendo su atención como un visitante impaciente en la puerta principal.

Cambió de posición por lo que parecía ser la centésima vez, observando las sombras que jugaban sobre el techo mientras sus pensamientos giraban en torno a las crecientes pruebas. Quizás un repaso metódico tendría éxito donde los intentos de descanso habían fallado tan espectacularmente.

Primero, estaba la tarjeta de presentación de Finch que se le cayó a lady Cecily.

Luego vino la vieja llave de cobre, esa misteriosa pieza metálica que había provocado una discusión tan animada entre los sirvientes. Más allá de los adornos dramáticos, la edad de la llave y su distintiva pátina sugerían que pertenecía a una era anterior de la mansión, quizás incluso al viejo Silas mismo. Pero las llaves se hacían con

propósitos específicos, y esta aún no había revelado la cerradura a la que estaba destinada.

Los guantes chamuscados presentaban su propio enigma. El cuero no adquiría patrones de quemadura tan distintivos por contacto casual con fuegos domésticos ordinarios. El daño sugería exposición a algo mucho más intenso: el tipo de descarga eléctrica que Finch había estado intentando manipular imprudentemente en sus experimentos finales.

Luego estaban los propios papeles dispersos, rescatados de su tumba acuática en el Jardín Salvaje. Alguien se había tomado considerable trabajo para destruir la investigación de Finch, empleando tanto fuego como agua en sus esfuerzos. Sin embargo, ambos métodos de eliminación habían terminado ayudando a la investigación en lugar de entorpecerla: una ironía deliciosa que sugería pánico o estupidez profunda, quizás desesperación, por parte del destructor.

Las reuniones y salidas nocturnas que varios testigos habían reportado añadían otra capa de intriga. Los chismes de los sirvientes podían ser notoriamente poco fiables, pero la consistencia de sus relatos sugería verdadera actividad clandestina. Alguien había estado llevando a cabo asuntos bajo el manto de la oscuridad: el tipo de conducta furtiva que inevitablemente acompañaba a quienes tienen algo que ocultar.

Finalmente, estaban las numerosas cuentas pendientes que parecían rodear la presencia de Finch en Ashcombe. El hombre había logrado antagonizar a un impresionante conjunto de individuos, desde rivales profesionales hasta personal doméstico.

Cecily se dio vuelta una vez más, y acomodó su almohada en una posición más favorable mientras continuaba su inventario mental. Cada pista poseía su propia importancia, pero su verdadero significado residía en cómo se conectaban para formar un patrón mayor. Como piezas de un elaborado rompecabezas, esperaban el arreglo apropiado que revelaría su imagen completa.

La tarjeta de presentación de Finch... el distintivo labrado de la llave de cobre... las quemaduras eléctricas y las marcas en los guantes... la destrucción sistemática de las notas de investigación...

Y entonces, en ese momento peculiar entre el pensamiento despierto y la inspiración onírica, las conexiones se cristalizaron con claridad sorprendente.

Cecily se incorporó de golpe, con el corazón acelerado, mientras las implicaciones caían en su conciencia como fichas de dominó en perfecta secuencia.

Cecily sacó las piernas de la cama, olvidando su fatiga ante la urgencia del descubrimiento. Faltaban horas para el amanecer, pero se encontró demasiado despierta para seguir intentando dormir. En cambio, se dirigió a su escritorio y comenzó a componer mentalmente una lista para la confrontación que la aguardaba.

La mañana no podía llegar lo suficientemente pronto.

Cuando los primeros indicios de luz del día comenzaron a filtrarse por las ventanas de su habitación, Cecily ya se había vestido y preparado para lo que prometía ser una reunión de lo más reveladora. Su noche de revelación se había cristalizado en un plan de acción que requeriría tanto coraje como un considerable sentido de la oportunidad dramática.

Llamó a su doncella y, cuando Mary apareció con obvia sorpresa ante la convocatoria temprana, dio sus instrucciones con autoridad precisa.

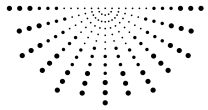
—Por favor, informe a la señora Fotheringill que requiero su presencia inmediata —anunció Cecily—. Y tenga la amabilidad de pedirle que convoque a todos, absolutamente a todos, a la biblioteca dentro de una hora. El personal principal, los invitados, cualquiera que resida actualmente en Ashcombe. Y llame al agente Fenchurch y al doctor Bell. Este asunto no admite demora.

Los ojos de la doncella se abrieron de par en par ante una petición tan sin precedentes, pero años de servicio doméstico le habían enseñado a aceptar incluso las órdenes más inusuales de sus superiores. Hizo una rápida reverencia y partió de inmediato, dejando a Cecily hacer sus preparativos finales.

Había llegado el momento de las revelaciones, y el jardín de la mansión de Ashcombe finalmente revelaría su secreto más celosamente guardado.

44

LA VERDAD ELÉCTRICA



La biblioteca de Ashcombe Hall nunca había albergado una reunión como la que Cecily había organizado para las siete de esa mañana. Los presentes se sentaban en sillas cuidadosamente posicionadas —algunos con nerviosismo evidente, otros con impaciencia apenas contenida— mientras la lluvia otoñal tamborileaba contra los altos ventanales con una persistencia que cualquier novelista gótico habría envidiado. El drama que se desarrollaba dentro de la sala forrada de libros, sin embargo, prometía eclipsar cualquier misterio ficticio que los volúmenes encuadernados en cuero pudieran contener.

Cecily estaba de pie frente a la chimenea con las pruebas acumuladas de su investigación desplegadas sobre una mesa auxiliar de caoba, como en un tribunal particularmente peculiar; cada pieza representaba un fragmento de verdad que pronto formaría una imagen completa y bastante perturbadora.

Pip se había apostado estratégicamente cerca de la puerta, como si sus instintos de terrier le sugirieran que los acontecimientos interesantes probablemente requerirían su intervención. Su presencia aportaba un toque reconfortante de normalidad a lo que prometía ser una mañana de considerables revelaciones.

—Damas y caballeros —comenzó Cecily—, los he convocado aquí porque creo que finalmente podemos comprender lo que realmente le sucedió a Alistair Finch, y por qué. ¿Fue su muerte un accidente trágico, o algo mucho más nefasto?

El agente Fenchurch estaba sentado con su libreta abierta y el lápiz listo. Miles Penrose se había situado cerca de la puerta con la previsión práctica de quien anticipa posibles dificultades, una presencia que Cecily encontraba cada vez más reconfortante.

El canónigo Bott aferraba su propia libreta, con los ojos saltando nerviosamente de un sospechoso a otro y la atención inquieta de alguien cuya investigación sobre novelas policiales estaba resultando mucho más práctica de lo que jamás había anticipado.

Lady Connie mantenía su habitual compostura elegante, aunque un leve temblor en sus manos enguantadas delataba que su exterior sofisticado ocultaba una considerable ansiedad ante las posibles revelaciones de esa mañana.

Percy Pettigrew, recién llegado del pueblo, jugueteaba constantemente con sus lentes, y su rostro ya comenzaba a mostrar el familiar tinte rojizo que marcaba su creciente angustia. El sudor le perlaba la frente a pesar de la temperatura otoñal.

La señorita Pumble estaba sentada con compostura científica, toda su aguda inteligencia concentrada en los preparativos de Cecily, con ese tipo de atención analítica que sin duda la había convertido en una asistente de investigación tan valiosa.

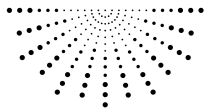
Goodfellow se había posicionado en la esquina más alejada del fuego, junto a Barty Bloom, el jardinero jefe. Las manos del ingeniero descansaban con cuidado sobre las rodillas. Miradas suspicaces se cruzaban por toda la sala.

—Espero de verdad que esto no lleve demasiado tiempo, Lady Ashcombe —murmuró Goodfellow con nerviosismo.

—La verdad no admite prisas —continuó Cecily, mirando a los reunidos—, y no reside en maldiciones antiguas ni manifestaciones sobrenaturales, sino en algo mucho más terrenal: un individuo con algo precioso que proteger. ¿No es así, señor Bloom?

Su atención se volvió hacia el jardinero jefe.

45
BLOOM



Bartholomew Bloom se retorcía, incómodo bajo tantas miradas, pues no estaba acostumbrado a tanta atención.

—Mi lady —murmuró, quitándose la gorra con ese gesto respetuoso que pasaba de generación en generación entre la gente del pueblo.

—¿Es cierto que usted sentía una profunda aversión por las... excavaciones arqueológicas del señor Finch?

Una sombra cruzó los rasgos curtidos de Bloom.

—Ese hombre no entendía lo que estaba destruyendo, igual que un vándalo no entiende la catedral que profana.

La señora Fotheringill asintió con aprobación.

—El Jardín Salvaje representa más de cuarenta años de labor devota de Silas Winterbottom, seguidos por generaciones desde entonces —continuó Bloom, y su voz adquirió una intensidad apasionada—. Cada planta colocada con un propósito, cada sendero diseñado con cuidado. Finch atacó ese jardín con la delicadeza de un bulldozer.

El doctor Bell alzó una ceja.

—¿Y el enfrentamiento entre ustedes dos fue bastante acalorado?

—Me llamó campesino ignorante —dijo Bloom, y las palabras aún conservaban la punzada de aquella humillación—. Sugirió que regresara a mis macizos de flores y dejara los asuntos históricos a hombres con una educación adecuada.

El público congregado murmuró, comprendiendo de pronto la clase de pasión que podía llevar a un hombre a medidas desesperadas.

—Sin embargo —dijo Cecily—, aunque la dedicación del señor Bloom es admirable, debo señalar una limitación importante en la teoría de que su pasión lo condujo al homicidio. El crimen ocurrió el miércoles por la noche —explicó Cecily—. Durante ese período preciso, el señor Bloom no estaba cavilando sobre los crímenes del señor Finch, sino ocupado en una actividad que ha marcado sus miércoles por la noche durante tres décadas con precisión ferroviaria.

La multitud se inclinó hacia adelante con curiosidad colectiva.

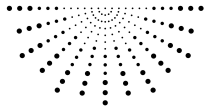
—Como las estaciones del año, el señor Bloom es un hombre de ritmos inquebrantables. Cada miércoles por la noche desde mil ochocientos noventa y cuatro, el señor Bartholomew Bloom ha sido capitán del equipo de dardos de Little Codding en el Black Swan. El miércoles pasado, jugaron un partido crucial de liga contra Much Toffington, que duró desde las siete hasta bien pasada la hora de cierre.

—Además —añadió Elsie—, catorce testigos pueden dar fe de la presencia del señor Bloom durante toda la noche.

El alivio en el rostro de Bloom era palpable, aunque matizado por una preocupación evidente por su amado jardín.

46

¿UN CONSPIRADOR LOCAL?



Cecily tocó entonces algunos de los papeles arrugados sobre la mesa, cuya superficie manchada de humedad mostraba intrincados dibujos técnicos que habían resultado tan reveladores y devastadores.

—El señor Finch llegó a Little Codding convencido de que podía descifrar el secreto del legendario tesoro de Silas Winterbottom. Lo que descubrió fue que el viejo Silas sí había dejado algo extraordinario enterrado en su jardín: no oro ni joyas, sino innovaciones eléctricas revolucionarias que se adelantaban décadas a su tiempo. Un conocimiento científico que aún podría resultar inmensamente valioso para quien fuera lo bastante inteligente para comprenderlo y desarrollarlo correctamente.

Percy Pettigrew se movió incómodo en su silla de cuero, retorciendo ahora sus anteojos con creciente agitación.

—Lady Ashcombe, aunque ciertamente aprecio su entusiasmo detectivesco, me temo que sería de una imprudencia mayúscula precipitarse a extraer conclusiones en asuntos de tal gravedad...

—¡Oh, pero no he llegado a ninguna conclusión de manera apresurada, señor Pettigrew! —interrumpió Cecily con una gentil firmeza que no admitía réplica—. Todo lo contrario. Permítame

compartir lo que la evidencia ha revelado tras un análisis cuidadoso, no con especulaciones teatrales ni patrañas sobrenaturales.

—El señor Finch había estado realizando una investigación exhaustiva sobre nuestro Jardín Salvaje durante meses antes de su llegada. Solo, y quizás en connivencia con un cómplice que posee un amplio conocimiento histórico y experiencia técnica. Sus notas también revelan otra evidencia sorprendente y bastante reveladora.

La señorita Pumble se inclinó hacia adelante con evidente interés profesional. Lady Connie se removió incómoda en su asiento.

—Y cuando examinamos quién en Little Codding posee tal conocimiento especializado... —la mirada de Cecily recorrió a los sospechosos reunidos con deliberada consideración, notando cómo reaccionaba cada persona a su escrutinio—, la lista se vuelve, en realidad, bastante manejable.

—Estos circuitos no fueron diseñados por un arquitecto paisajista con interés casual en aplicaciones eléctricas. Representan ingeniería avanzada que solo pudo ser creada por alguien con verdadera pericia en sistemas eléctricos de alto voltaje: el tipo de conocimiento que requiere años de estudio riguroso y experiencia práctica.

El canónigo Bott levantó una mano vacilante, como un colegial nervioso que busca permiso para hablar.

—Pero seguramente el señor Finch podría haber consultado con expertos técnicos durante su investigación. La colaboración académica es bastante común en investigaciones de este tipo, particularmente cuando se requiere conocimiento especializado.

—Así es, canónigo. Y eso es precisamente lo que sucedió, aunque no exactamente de la manera colaborativa que usted podría esperar. —La voz de Cecily se volvió más seria al acercarse al corazón de su revelación—. El señor Finch sí trabajó con alguien que poseía conocimiento eléctrico superior. Alguien cuyas innovaciones planeaba reclamar como sus propios descubrimientos, tal como

aparentemente había hecho a lo largo de su carrera con despiadada sistematicidad.

El silencio que siguió a esta declaración solo fue interrumpido por el constante tic-tac del reloj de la repisa, el tamborileo de la lluvia contra las ventanas y lo que sonaba sospechosamente como la respiración entrecortada de Percy Pettigrew, que se aceleraba.

Lady Connie se aclaró la garganta.

—¿No estará insinuando en serio que alguien en esta misma sala asesinó a ese hombre espantoso? Quiero decir, todos somos personas perfectamente respetables, sin el menor motivo para perpetrar un acto tan violento y sórdido.

—La respetabilidad y la desesperación a menudo coexisten bastante cómodamente, lady Connie. Al igual que las mentes brillantes y las decisiones terribles cuando alguien amenaza con destruir años de trabajo cuidadoso y avance profesional.

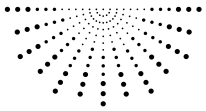
Hizo una pausa, permitiendo que las implicaciones hicieran efecto mientras estudiaba cada rostro en busca de reacciones reveladoras. El canónigo Bott parecía genuinamente fascinado por los aspectos históricos, mientras que lady Connie parecía más preocupada por el posible escándalo que por los descubrimientos científicos. Percy continuaba con sus movimientos nerviosos, Reginald Goodfellow se veía cada vez más pálido a pesar de su posición lejos del fuego, y la señorita Pumble mantenía su compostura analítica con disciplina profesional.

—La pregunta entonces es —continuó Cecily—: ¿fue el motivo académico, financiero o quizás algo mucho más personal?

Una inhalación colectiva recorrió al grupo reunido cuando Cecily dio un paso adelante, su mirada posándose sobre Archibald Goodfellow con una expresión que sugería que estaba a punto de pronunciar la absolución o sentenciar la condena.

47

¿ES EL SEÑOR GOODFELLOW UN BUEN HOMBRE?



—Señor Goodfellow —empezó, y su voz resonó con claridad en el silencio expectante.

El rostro de Goodfellow adquirió el color enfermizo de las gachas de ayer.

—Su reputación de trato honrado y sus firmes principios respecto a la propiedad ajena le han ganado una gran estima entre quienes de verdad lo conocen. Podría decirse que ha cultivado su integridad con el mismo esmero que la mayoría de los hombres reserva para sus rosas de concurso.

Cecily prosiguió, y su tono se volvió más compasivo al advertir la creciente incomodidad de Goodfellow.

—Pero usted es una de las pocas personas que tenían tanto el conocimiento como el motivo para manipular el aparato eléctrico del señor Finch, o sabotear el suyo para que resultara mortal para cualquiera que husmeara. Su comprensión de estos asuntos es mucho más sofisticada de lo que la mayoría supondría, y sin duda habría bastado para la tarea.

Un murmullo colectivo recorrió la habitación, señal de que los presentes empezaban a comprender una historia que hasta entonces

no habían comprendido del todo.

—Sin embargo —el tono de Cecily cambió y cobró una nota de profundo respeto—, su firme rectitud moral, señor Goodfellow, le impidió dar un paso fatal contra su némesis, pese a todas las provocaciones.

El propio Goodfellow se enderezó, con las manos curtidas temblándole apenas, mientras décadas de dolor reprimido le surcaban el rostro.

—Entonces lo sabe —dijo en voz baja, con el peso de viejas heridas en la voz.

—Sé que el «socio de Londres» que lo arruinó hace años no era otro que Alistair Finch —respondió Cecily con suavidad—. Sé que él, entonces un joven especulador, le robó sus planos y los patentó a su propio nombre, dejándolo en la ruina y el descrédito.

Un jadeo colectivo recorrió al grupo reunido cuando empezó a revelarse la verdadera magnitud de la tragedia.

—Verán —explicó Cecily, volviéndose hacia los presentes—, cuando el señor Goodfellow descubrió a Finch husmeando en su cobertizo, sin duda tratando de robar otro juego de planos innovadores, discutieron. Y, desde luego, el señor Goodfellow tomó precauciones para proteger sus inventos de nuevos robos. Pero, aunque las pruebas efectivamente apuntan a alguien con motivo y conocimientos técnicos, también revelan algo mucho más importante sobre el carácter del señor Goodfellow.

La señora Fotheringill, que había permanecido al borde del grupo con aire de estar dispuesta a emitir un juicio moral, suavizó su expresión con comprensión.

—Pero, con todo respeto, mi lady —intervino el agente Fenchurch, con la libreta preparada como si aún pudiera obtener alguna confesión—, el hombre tenía motivos de sobra para querer sacar de

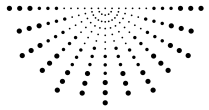
en medio al señor Finch. Después de años de injusticia, verlo a punto de volver a robar…

—Oh, desde luego —convino Cecily sin vacilar—. Ver a Finch en Ashcombe, dispuesto a recurrir a esas mismas tácticas rapaces para robar no solo el legado de Silas Winterbottom, sino también sus propios diseños perfeccionados, habría sido insoportable para cualquier hombre. Usted mismo me dijo que pasó horas recorriendo los jardines, debatiéndose con su indignación. Pero la fibra moral del señor Goodfellow, templada en años de lucha honrada, resultó más fuerte que su deseo de venganza.

Unos cuantos asentimientos respetuosos se propagaron por el grupo, como si la verdadera naturaleza de Goodfellow se comprendiera ahora mejor de lo que nadie había advertido antes.

—El verdadero culpable —continuó Cecily, y su voz adquirió un tono más sombrío— actuó movido por un instinto protector no muy distinto del de Goodfellow, y también estaba en el jardín aquella noche. Y aunque el señor Goodfellow ha sufrido enormemente, abandonar sus convicciones morales, desde luego, no figura entre sus faltas.

48
LA DAMA DEL JARDÍN



La atención de Cecily se volvió hacia la resplandeciente figura de lady Constance Pemberton-Price, quien había estado observando la escena desde debajo de un sombrero que podría haber servido como refugio para una pequeña merienda.

—Lady Constance —comenzó Cecily, su voz con la gentil autoridad de alguien acostumbrada a arrancar la verdad de testigos renuentes —, creo que pudo haber tenido ocasión de discutir ciertos asuntos con el difunto señor Finch.

Connie se irguió hasta alcanzar su altura completa, que era considerable incluso sin las magníficas plumas que adornaban su sombrero. Sus manos enguantadas revolotearon momentáneamente antes de asentarse en una pose que habría hecho honor a lady Macbeth contemplando sus impulsos más oscuros.

—En efecto —respondió, su voz luchando por mantener el aire de alguien entrenada en dicción—, tuve motivos para buscar conversación con ese hombrecillo espantoso. Aunque confieso que nuestra asociación no era algo que me agradara airear en buena sociedad.

El canónigo Bott se removió incómodo, sus sensibilidades clericales evidentemente perturbadas por la sugerencia de impropiedad

acechando bajo una fachada de respetabilidad cuidadosamente mantenida.

—Quizás —sugirió Cecily diplomáticamente—, podría ilustrarnos sobre la naturaleza general de estas conversaciones. Sospecho que se referían a asuntos bastante más complejos que el clima o las modas de campo de este año.

La compostura de lady Constance vaciló ligeramente, como una bandera en viento incierto. Echó un vistazo alrededor de la sala llena de gente con la expresión de alguien que de pronto se había dado cuenta de que su audiencia era bastante más grande y atenta de lo que hubiera preferido.

—Si debe saberlo —dijo, levantando el mentón con dignidad desafiante—, el señor Finch había estado... asesorándome en ciertos temas financieros. Oportunidades de inversión que me aseguró resultarían sumamente provechosas en estos tiempos difíciles tras la guerra.

La señora Fotheringill frunció los labios con el aire de quien sospechaba influencia extranjera de por medio, mientras lady Fenella se inclinaba hacia adelante con renovado interés.

—Estas inversiones —indagó Cecily gentilmente—, asumo que no procedieron como se anticipaba.

La risa de lady Constance no tenía rastro de humor, sino que llevaba la amargura de quien había comprobado que hasta los planes mejor trazados tienden a desmoronarse en el momento más inconveniente.

—¿Proceder? Mi querida lady Cecily, se desvanecieron tan completamente como la niebla matutina. Cada centavo que había confiado a la supuesta experiencia de ese hombre desapareció en empresas que existían solo en su imaginación febril.

La multitud se agitó inquieta, las implicaciones de sus palabras cayeron sobre la asamblea como una niebla espesa.

—Ya veo —respondió Cecily pensativamente—. Y el interés del señor Finch en el tesoro de Ashcombe, ¿estaba conectado con su arreglo financiero?

La compostura teatral de lady Constance finalmente se desmoronó, revelando en su lugar una vulnerabilidad tanto más impactante por lo genuina. Sus manos temblaron ligeramente mientras se quitaba los guantes, y cuando volvió a hablar, su voz había perdido su proyección cuidadosamente cultivada.

—Me prometió —dijo, las palabras costándole un esfuerzo visible—, que la búsqueda del tesoro sería mi salvación. Que cualquier fortuna que yaciera oculta en estos terrenos restauraría lo que su incompetencia había destruido. Afirmaba tener información privilegiada sobre los secretos familiares, acceso otorgado a través de nuestra... relación de negocios.

Hizo una pausa, tomando aire entrecortado que sugería que estaba a punto de revelar algo que le costaría un gran orgullo.

—Lo que no logré comprender —continuó, su voz apenas por encima de un susurro—, fue que había estado usando mi posición social todo el tiempo. Mis conexiones, mi acceso a salones y conversaciones privadas. Me veía no como una clienta a la que servir, sino como un recurso a explotar mientras mantenía la ruina financiera total de mi familia suspendida sobre mi cabeza como la espada de Damocles.

La expresión de Fenella se suavizó considerablemente, su compasión natural evidentemente conmovida por esta confesión inesperada de vulnerabilidad.

—¿La ruptura llegó cuando descubrió sus verdaderas intenciones? —instó Cecily gentilmente, su tono cuidadosamente libre de juicio.

—Me enteré —dijo lady Constance, las palabras saliendo con visible dificultad—, de que no tenía la menor intención de compartir ningún descubrimiento que pudiera hacer. Peor aún, amenazó con exponer

la insolvencia de mi familia a toda la sociedad londinense si me atrevía a quejarme sobre su manejo de mis asuntos. El escándalo habría destruido no solo mi reputación, sino también la de mis hijos.

El silencio que siguió a esta confesión fue profundo, roto solo por el sonido distante de Pip husmeando algo debajo del sofá.

—¿Y el libro perdido de diseños y cálculos que pertenecía al señor Finch? —indagó el agente Fenchurch.

La compostura de lady Constance se desmoronó aún más, lágrimas comenzando a trazar senderos plateados por sus mejillas cuidadosamente empolvadas.

—Lo tomé —admitió, su voz cargada de desesperación y del miedo que recordaba—. Mientras dormía me deslicé a su habitación. Siempre lo mantenía cerca, así que sabía que estaría junto a su cama. Supuse que contendría evidencia de nuestros tratos financieros que podría usarse en mi contra. Destruí esas páginas antes de que él tuviera oportunidad de hundir mi reputación en el escándalo. Arrojé lo que quedaba a la chimenea del señor Bloom.

—La discusión que los testigos reportaron —observó Cecily en voz baja— ¿ocurrió cuando lo confrontó sobre sus tratos deshonestos?

—Cuando quedó claro —confirmó lady Constance, secándose los ojos con un pañuelo que mostraba señales de lágrimas previas—, que veía mi desesperación como un mero instrumento para sus planes, y el bienestar de mi familia como daño colateral en su búsqueda del tesoro.

—Y esa misma noche, se encontró con el señor Goodfellow mientras él paseaba por los jardines. Al verla llorar, le ofreció su pañuelo. ¿No es así, lady Constance?

Connie simplemente asintió, enjugándose otra lágrima de la mejilla.

El agente Fenchurch levantó la vista de su libreta con una expresión de comprensión naciente, aunque su confusión habitual aún rondaba

los límites de su comprensión.

—Sin embargo —dijo Cecily, su voz adoptando el mismo tono autoritario que había empleado al exonerar al señor Goodfellow—, si bien las acciones de lady Constance ciertamente estuvieron motivadas por desesperación e ira justificada, y si bien la evidencia de la discusión y el robo del libro del señor Finch de hecho la señalan, me encuentro obligada a señalar una falla significativa en esta teoría particular.

Lady Constance levantó la vista entre lágrimas con una expresión de esperanza desconcertada, como alguien que se había preparado para la ejecución solo para enterarse de que el cadalso requería reparaciones.

—El aparato eléctrico del señor Finch —explicó Cecily a la multitud reunida— no era meramente tosco en su construcción, sino que representaba un nivel de complejidad técnica que habría requerido considerable conocimiento especializado para emplearse efectivamente. El tipo de conocimientos que no se obtienen leyendo libros robados ni sufriendo reputaciones maltrechas.

Cecily continuó amablemente: —Lady Constance, a pesar de sus muchos talentos considerables y su desafortunada familiaridad con planes financieros cuestionables, no posee antecedentes en ingeniería eléctrica o dispositivos mecánicos. El libro que tomó, si bien era ciertamente valioso para el señor Finch, habría sido en gran medida incomprensible para alguien sin la base apropiada de educación técnica.

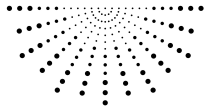
El alivio de lady Constance era palpable, aunque estaba atenuado por la humillación obvia de tener su ruina financiera y medidas desesperadas expuestas ante todos los presentes. Se aferraba a su pañuelo como si fuera un salvavidas, su porte teatral completamente abandonado ante una vulnerabilidad humana genuina.

—Es por esto —observó Cecily, su mirada recorriendo pensativamente los rostros reunidos— que la evidencia nos señala

hacia un tipo de sospechoso bastante diferente.

49

¿UN RENCOR MEZQUINO?



La atención de Cecily volvió a desplazarse hacia la figura larguirucha de Percival Pettigrew, que había permanecido en la periferia del grupo con esa atención estudiosa que cabría esperar de un hombre acostumbrado a catalogar artefactos polvorientos.

—Señor Pettigrew —empezó Cecily—, creo que expresó usted un interés considerable en las actividades de cazatesoros del señor Finch.

El conservador dio un leve respingo y los lentes se le deslizaron por la nariz, como si hubiera esperado pasar inadvertido entre los presentes. Se los empujó hacia arriba con un gesto nervioso que delataba una larga costumbre y una ansiedad nada despreciable.

—En efecto, mi lady —respondió—. Las actividades del señor Finch representaban un enfoque sumamente… preocupante de la preservación histórica. Podría decirse que sus métodos eran bastante más destructivos que eruditos.

El agente Fenchurch arqueó una ceja.

—¿Destructivos en qué sentido, señor Pettigrew?

La expresión del conservador se animó, y su pasión erudita venció su reticencia natural.

—Ese hombre abordaba la investigación histórica con la delicadeza de un elefante en una cristalería, si me disculpa la expresión. Sin documentación adecuada, sin consideración alguna por el contexto arqueológico; solo un deseo burdo de extraer cualquier cosa que pudiera tener valor monetario.

—¿Y sintió usted que debía intervenir de alguna manera? —preguntó Cecily con suavidad, aunque su mirada penetrante sugería que observaba mucho más de lo que su tono afable dejaba ver.

Las manos de Pettigrew revolotearon con nerviosismo. Se acomodó otra vez los lentes antes de adoptar la postura protectora de quien defiende un manuscrito particularmente preciado de un manejo descuidado.

—Intenté hacer entrar en razón a ese hombre, naturalmente. Explicarle los protocolos adecuados para una investigación histórica, la importancia de preservar el contexto, el valor de una investigación metódica por encima de una excavación burda. Sin embargo, el señor Finch demostró ser notablemente… poco receptivo a la orientación académica.

El agente Fenchurch levantó la vista de su libreta, preparado para la conclusión final.

—Ese aparato que construyó, señor Pettigrew —continuó Cecily, sin perder su suave autoridad—, el dispositivo que afirmó podía detectar presencias sobrenaturales… tengo entendido que demostró capacidades bastante impresionantes.

El rostro del conservador se sonrojó un poco; una mezcla de orgullo y vergüenza le tiñó las facciones. Pettigrew se aclaró la garganta con nerviosismo, mientras sus ambiciones académicas parecían debatirse visiblemente con su deseo de no llamar demasiado la atención.

—El aparato resultó notablemente eficaz para detectar perturbaciones electromagnéticas, aunque no necesariamente del tipo sobrenatural. Al parecer estaba recibiendo… bueno, emisiones de radio, en realidad. Música, boletines de noticias, una que otra dramatización. Muy peculiar, la verdad.

—Ese aparato suyo —observó Cecily pensativamente—, pese a sus fallas evidentes, sugeriría un conocimiento considerable de los principios de la ingeniería eléctrica. Mucho mayor, me atrevería a decir, de lo que su aspecto de ratón de biblioteca haría pensar.

La precisión de esa observación se hizo evidente en la forma en que el aire nervioso de Pettigrew cambió sutilmente, dejando entrever destellos de una inteligencia más aguda bajo su torpeza. Sus ojos, agrandados por los lentes, tenían una fijeza que sugería una atención obsesiva por el detalle.

—Confieso que mi interés por la preservación histórica me ha llevado a adquirir ciertas… habilidades técnicas —admitió, y en su voz apareció una nota de orgullo defensivo—. Después de todo, uno no puede comprender debidamente las técnicas constructivas antiguas sin cierta familiaridad con los principios de la ingeniería.

Lady Connie, que había estado secándose los ojos con su pañuelo, alzó la vista con renovado interés.

—El deseo fanático de poseer y controlar el legado histórico —prosiguió Cecily, con la mirada fija en el conservador— puede llevar incluso al individuo más erudito a extremos considerables. Su pasión por la preservación, señor Pettigrew, roza lo obsesivo.

Aquella valoración dio en el blanco de manera evidente.

—La historia pertenece a la humanidad, mi lady, no a burdos cazatesoros en busca de enriquecimiento personal. El legado de nuestros antepasados merece protección frente a quienes lo destruirían por mera ganancia monetaria.

La multitud se removió, incómoda, ante la vehemencia de su tono, reconociendo esa clase de convicción apasionada que bien podría llevar a alguien a extremos.

—Sin embargo —dijo Cecily—, aunque la devoción del señor Pettigrew por la preservación histórica es en verdad formidable, y aunque su conocimiento técnico ciertamente rebasa la modestia de su propia presentación, me veo obligada a señalar una limitación importante de esta teoría.

Pettigrew alzó la vista con una expresión en la que se mezclaban el alivio y la curiosidad académica.

—El aparato de detección espectral del señor Pettigrew, aunque sin duda demuestra un ingenio considerable, representa una aplicación relativamente simple de principios eléctricos —explicó Cecily a la concurrencia—. Sin embargo, las modificaciones precisas necesarias para transformar la burda instalación eléctrica del señor Finch en una trampa mortal habrían exigido un grado de sofisticación técnica que va más allá incluso de las considerables capacidades del señor Pettigrew.

La doctora Bell asintió con aprobación, y su dictamen médico respaldó la conclusión de Cecily.

—La clase de modificación eléctrica de la que estamos hablando requeriría no solo conocimientos teóricos, sino una amplia experiencia práctica con sistemas de alta tensión y protocolos de seguridad. Es el tipo de conocimiento que, al parecer, el propio señor Finch poseía.

El alivio de Pettigrew era evidente, aunque se veía atenuado por lo que parecía una decepción académica genuina al considerar insuficientes sus habilidades técnicas para cometer un asesinato.

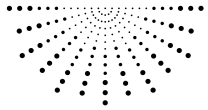
—El verdadero culpable —observó Cecily, mientras su mirada recorría pensativamente los rostros reunidos— poseía no solo la pasión por preservar el legado histórico, sino la pericia de ingeniería

necesaria para ejecutar un sabotaje tan sofisticado. Y esa pericia, me temo, nos señala a alguien cuyas capacidades técnicas han sido sistemáticamente subestimadas por quienes la rodean.

Su mirada se detuvo en la figura discreta de la señorita Pumble, que había permanecido al fondo del grupo con la presencia discreta de alguien acostumbrada a pasar inadvertida.

—Señorita Pumble —dijo Cecily con suavidad, con la misma compasión que había mostrado durante todo el interrogatorio—, creo que quizá tenía usted bastante más que decir sobre las actividades del señor Finch de lo que dio a entender al principio.

50
LA TRÁGICA VERDAD SALE A LA LUZ



Eleonor Pumble se movió casi imperceptiblemente cuando la atención de Cecily se posó sobre ella, y las manos de la señorita Pumble se apretaron visiblemente en su regazo.

—Señorita Pumble —continuó Cecily—, creo que el señor Finch tenía bastante más que responder respecto a sus aportes profesionales de lo que nadie podría haber sospechado.

La apariencia de la señorita Pumble pareció estremecerse levemente, como el agua al caerle una piedra inesperada. Sus ojos contenían una agudeza que sugería capacidades sistemáticamente pasadas por alto por quienes la juzgaban únicamente por su modesta presentación.

—Me temo que no comprendo lo que quiere decir, mi lady —respondió la señorita Pumble.

—Oh, pero creo que sí lo comprende —observó Cecily con suavidad —. Las modificaciones eléctricas del aparato del señor Finch tenían todas las características propias de alguien con extensa experiencia práctica en sistemas de alto voltaje. No solo conocimiento teórico extraído de libros, sino el tipo de pericia que nace de años de aplicación práctica.

La compostura de la señorita Pumble flaqueó casi imperceptiblemente, aunque mantuvo su postura rígida.

—Esos asuntos técnicos no son propios de alguien con mi... escasa educación y condición.

—¿Educación limitada? —el tono de Cecily llevaba una nota de suave contradicción—. Señorita Pumble, sospecho que su educación ha sido mucho más exhaustiva de lo que ha permitido que otros crean. El agente Fenchurch hizo algunas averiguaciones, y su correspondencia con el Instituto Londinense de Ingenieros Eléctricos, por ejemplo, revela un dominio teórico y práctico que rivalizaría con el de cualquier caballero.

El efecto de esta observación fue inmediato y dramático. La fachada cuidadosamente mantenida de la señorita Pumble se agrietó, revelando debajo a una mujer cuyas capacidades intelectuales habían sido sistemáticamente desestimadas y disminuidas por quienes la rodeaban.

—¿Cómo podría saber usted sobre...? —comenzó, y luego se detuvo, las manos temblando levemente mientras ajustaba su modesto sombrero con nerviosa precisión.

—Porque el señor Finch había estado robando sistemáticamente sus innovaciones durante meses —respondió Cecily, su voz cargada de indignación contenida—. ¿Esas «mejoras revolucionarias» que afirmaba como inspiración propia? ¿Los métodos mejorados de los que se jactaba que revolucionarían el panorama tecnológico? Eran sus diseños, ¿no es así, señorita Pumble? Sus cuidadosos cálculos, su minuciosa investigación, todo arrebatado por un hombre sin la menor consideración por lo que era debido.

Todos en la sala escuchaban con avidez el desmoronamiento de un engaño mucho más complejo de lo que cualquiera había anticipado.

—Desestimó su pericia por completo —continuó Cecily, su voz volviéndose más cálida por la simpatía incluso mientras sus palabras

se volvían más condenatorias—. La descartó como poco más que una débil asistente femenina cuyas contribuciones podían ignorarse sin riesgo en la buena sociedad. Sin embargo, no tuvo escrúpulos en presentar sus innovaciones como los frutos de su propio genio masculino.

La señora Fotheringill hizo un sonido de disgusto, mientras lady Constance alzaba la vista con una expresión de solidaridad femenina.

La cuidadosa compostura de la señorita Pumble se disolvió por completo, años de resentimiento suprimido y frustración profesional evidentes en su postura cada vez más rígida.

—Las llamaba «sugerencias interesantes de su secretaria» —dijo, su voz apenas un susurro pero cargada con el dolor acumulado de incontables desprecios y humillaciones—. Mis años de investigación, mis aplicaciones innovadoras de la teoría electromagnética, quedaron reducidos a meras intuiciones femeninas que requerían refinamiento masculino para alcanzar algún valor práctico.

—Tal apropiación sistemática de propiedad intelectual representa más que mera descortesía profesional. Eso era una forma de fraude académico —señaló Cecily a los reunidos, su atención sin apartarse nunca del semblante cada vez más angustiado de la señorita Pumble —. Un fraude que habría destruido cualquier posibilidad de que ella recibiera el reconocimiento apropiado por sus innovaciones. Poseía usted no solo el motivo para ver frustrados los planes del señor Finch, sino el conocimiento técnico específico necesario para volver sus propias aspiraciones codiciosas en su contra.

La multitud reunida se removió inquieta, al reconocer que presenciaban una acusación mucho más seria que un simple drama pueblerino o un acto de desesperación financiera.

—Sin embargo —continuó Cecily, su voz tomando un matiz de suave desafío—, lo que más me intriga no son los aspectos técnicos de la muerte del señor Finch, sino el dilema moral de la situación que

condujo a ella. Este no fue, sospecho, un caso de venganza a sangre fría nacida del orgullo herido.

La cabeza de la señorita Pumble se levantó bruscamente ante esta caracterización, sus ojos llameando con una indignación que parecía quemar los últimos vestigios de su fachada cuidadosamente mantenida de modesta respetabilidad.

—¿A sangre fría? —repitió, y en su voz había una nota de genuina indignación—. Mi lady, puede que me hayan llevado a medidas desesperadas, pero desde luego no soy de sangre fría. El hombre era una amenaza, no solo para mi reputación profesional, sino para cualquiera con la desgracia de estar presente cuando su aparato eléctrico criminalmente inadecuado inevitablemente fallara.

La pasión en su voz era inconfundible, y no llevaba nada de malicia calculadora que uno podría esperar de alguien que había planeado un asesinato deliberado. En cambio, contenía el tipo de frustración desesperada que pertenecía a alguien que había sido llevado más allá de los límites de la resistencia razonable.

—Nunca tuve la intención de matarlo —continuó, y las palabras brotaron con el alivio de una verdad largamente suprimida que por fin encontraba voz—. Simplemente no podía quedarme de brazos cruzados viéndolo electrocutarse a sí mismo, o peor aún, a algún inocente que estuviera cerca, con esa trampa de muerte que había construido. Mis modificaciones estaban destinadas a inutilizar su equipo, no a dañar al señor Finch mismo.

El agente Fenchurch garabateaba furiosamente mientras Ellie continuaba su confesión.

—Usted buscaba prevenir otras muertes, no provocar una —observó Cecily, y en su tono había una nota de comprensión que pareció proporcionar a la señorita Pumble un considerable consuelo.

—Exactamente —confirmó la señorita Pumble, su voz volviéndose más fuerte al encontrarse finalmente capaz de hablar abiertamente

del conocimiento y la pericia que había sido obligada a ocultar durante tanto tiempo—. La comprensión del hombre sobre seguridad eléctrica era tan profundamente inadecuada que su aparato representaba una amenaza genuina para cualquiera que pudiera entrar en contacto con él. Alguien tenía que actuar antes de que su imprudencia resultara en tragedia.

La ironía de esta declaración no pasó desapercibida para nadie presente, y la expresión de la señorita Pumble se desmoronó cuando cayó sobre ella todo el peso de las consecuencias imprevistas.

La sala había quedado completamente en silencio. Su anterior apetito por el drama del pueblo había sido reemplazado por algo que se acercaba a una preocupación genuina por esta mujer tranquila, cuyos dones intelectuales habían sido tan sistemáticamente desestimados y explotados. Incluso Pip percibió la gravedad del momento, abandonando sus investigaciones para sentarse tranquilamente junto a los pies de Cecily.

—Lo que encuentro más revelador —dijo Cecily con suavidad— no es la precisión técnica de sus acciones, señorita Pumble, sino lo que la impulsó a cometerlas. Esto no fue simple venganza, sino el acto desesperado de alguien cuya experiencia había sido ignorada, cuyas advertencias habían sido desestimadas, y que de verdad temía por la seguridad de otros.

La señorita Pumble asintió agradecida, y las lágrimas comenzaron a resbalar por sus mejillas al sentirse finalmente comprendida y no simplemente acusada.

Su confesión avanzó con precisión metódica, aunque su voz temblaba ligeramente al relatar los acontecimientos. Efectivamente había intentado razonar con Finch, explicó, con las manos fuertemente entrelazadas en su regazo. Pero el hombre había resultado insoportablemente desdeñoso, ridiculizando sus preocupaciones con la crueldad casual de quien estaba acostumbrado a esgrimir su género como un arma.

—Me llamó «hembra timorata» —dijo, con amargura en la voz—. Sugirió que volviera a mi bordado y dejara los asuntos serios a los hombres, que sí entienden.

Lady Cecily intercambió una mirada con la doctora Bell, quien simplemente alzó una ceja de esa manera particular que sugería haber encontrado tales actitudes con demasiada frecuencia en su práctica médica.

—Cuando quedó perfectamente claro que no escucharía razones —continuó la señorita Pumble—, resolví tomar el asunto en mis propias manos. No podía quedarme de brazos cruzados viendo cómo destruía algo de tanto potencial, no cuando poseía el conocimiento para impedirlo.

—¿Qué planeaba destruir? —preguntó Cecily.

—Había robado mi teoría por completo, sin comprender los peligros —dijo, firme ahora en el relato—. La aplicación de corrientes controladas para leer la tierra en busca de lo que oculta: fallas, vacíos, perturbaciones. Solo que, donde yo proponía un estudio delicado, él pretendía usar un ariete. Tenía la intención, esa misma noche, de forzar al suelo a «ceder» bajo el roble de Silas Winterbottom haciendo pasar una descarga monstruosa por él, como si el suelo fuera una caja fuerte recalcitrante y la naturaleza un empleado al que intimidar.

Un temblor recorrió a la multitud. Incluso la rigidez almidonada de la señora Fotheringill pareció marchitarse.

La señorita Pumble prosiguió, cada palabra medida por una mente que ya había hecho los cálculos y no le gustaba su resultado.

—Había conseguido tomar prestado el generador de la finca, la gran dínamo del edificio auxiliar que sirve a la mansión, y sobrecargarlo vergonzosamente. Sus cables estaban mal aislados, sus puntos de conexión a tierra eran improvisados, sus fusibles —cuando existían— eran completamente inadecuados para la carga que proponía. Una

chispa sobre esas ramas secas, una conexión suelta, y habríamos tenido un incendio capaz de llevarse la cabaña, el invernadero y, con un viento contrario, la mansión misma. Y si algún alma curiosa hubiera pasado cerca en el momento equivocado... bueno. —Su boca se tensó—. La electrocución no da segundas oportunidades.

La doctora Bell emitió un pequeño sonido de disgusto profesional.

—Faraday malinterpretado como Guy Fawkes —murmuró—. El tipo no podía distinguir un experimento de una explosión.

El canónigo Bott, pálido bajo su alzacuello, juntó las manos y dijo suavemente:

—Antes del quebrantamiento es la soberbia —lo cual ninguno de los presentes se sintió con ánimo de discutir.

—No aceptaba que le advirtieran nada —terminó la señorita Pumble, los últimos hilos de su compostura deshilachándose—. Se rió de las precauciones, menospreció los riesgos y se burló por igual de las Escrituras y la ciencia. Si hubiera accionado esa palanca sin impedimento, habríamos perdido, en el mejor de los casos, un roble venerable y un buen tramo de cableado; en el peor, podríamos haber perdido una vida, o temo que varias vidas, que no eran la suya. —Tomó aliento, buscando un apoyo invisible—. No podía permitir que semejante insensatez siguiera adelante sin oposición.

Su profundo entendimiento de la ingeniería eléctrica, cultivado a través de años de estudio privado y correspondencia con destacados especialistas en la materia, le había proporcionado los medios para actuar. Al amparo de la noche, se había dirigido al cobertizo de herramientas donde Finch había ensamblado su tosco aparato, mucho después de que otros se hubieran retirado. El desprecio del hombre por los protocolos de seguridad apropiados había vuelto su tarea inquietantemente simple.

—Preparé lo que podría llamarse una trampa —admitió, su voz apenas por encima de un susurro—. Un piso húmedo conectado a la

línea de alto voltaje que había instalado tan descuidadamente. El mecanismo estaba preparado para dispararse en el momento en que accionara el interruptor principal y provocara un cortocircuito localizado en el sistema mortal que había instalado en el Jardín Salvaje.

Cecily la alentó a continuar.

—Trágicamente, Finch fue víctima de uno de los bautismos improvisados que las fuentes venían repartiendo, en su camino al cobertizo. Empapado, su cuerpo entero habría sido un conductor perfecto incluso para la más leve corriente.

El agente Fenchurch se movió incómodo en su silla, su libreta olvidada mientras luchaba por comprender los aspectos técnicos de su confesión.

—Debo enfatizar —dijo la señorita Pumble con urgencia— que nunca fue mi intención causar su muerte. Esperaba meramente inutilizar su equipo, hacerlo inoperable hasta que alguien entrara en razón. Pero Finch... —Sacudió la cabeza con una mezcla de frustración y pesar —. La arrogancia del hombre fue su perdición. Ignoró toda precaución básica, entró a ese cobertizo con la confianza ciega de quien se cree invulnerable.

Cecily intervino:

—¿La corriente eléctrica lo mató instantáneamente en el momento en que activó su dispositivo?

—Precisamente, y entonces descubrí el cuerpo cuando regresé para evaluar el daño al equipo, esperando no encontrar nada más alarmante que un cazador de tesoros completamente escarmentado y algo de maquinaria chamuscada.

La señorita Pumble bajó la cabeza.

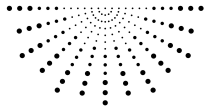
—Confieso que entré en pánico —dijo, su compostura finalmente quebrándose—. La conciencia de que mis acciones habían conducido

a... a tales consecuencias... Temo que no pensé con claridad. Arrastré su cuerpo hasta el matorral de zarzas, con la vana esperanza de que la muerte pudiera atribuirse a algún accidente, o quizás a la misma «maldición» que el propio Finch había desestimado tan rotundamente.

El guante chamuscado, explicó con evidente mortificación, había sido su propia perdición. Un guante de cuero fino que llevaba el escudo de su familia, esas distintivas serpientes entrelazadas que habían marcado su linaje durante generaciones, que se le había caído en su prisa por ocultar la evidencia.

—Un detalle heráldico bastante inconveniente —observó Cecily con sequedad, aunque no sin simpatía—. El mismo que vi en la encuadernación de cuero de su diario.

51
EL SECRETO DEL VIEJO SILAS



El agente Fenchurch se encontró en la incómoda situación de tener que tramitar una confesión que era al mismo tiempo clara en su intención y enrevesada en sus motivos. Aunque los hechos apuntaban con claridad a un homicidio culposo, la autopsia de la doctora Bell había revelado la escandalosa insuficiencia de la instalación eléctrica de Finch. El hombre había sido, como ella lo expresó con su franqueza característica, un desastre anunciado.

—Ese sujeto tenía tan poco que hacer manipulando equipo de alto voltaje como Pip realizando procedimientos quirúrgicos —declaró, lanzándole una mirada divertida al terrier, que estaba afanado en sacar algo interesante de debajo de los cojines del sofá—. De hecho, menos. Pip al menos tiene algo de instinto de supervivencia.

La emoción desgarradora de la confesión de la señorita Pumble afectó a todos los presentes, aunque reconocían el terrible precio de sus actos.

El agente Fenchurch se puso de pie con gravedad oficial, aunque en su expresión había una simpatía genuina por las complejas circunstancias que habían empujado a una joven evidentemente brillante a actos tan desesperados y destructivos.

—Señorita Eleanor Pumble —anunció—, debo arrestarla por el homicidio culposo del señor Alistair Finch. No tiene obligación de declarar, pero le advierto que cualquier cosa que diga podrá constar en actas y ser usada como prueba.

Mientras el agente se acercaba con las esposas, con una cortesía que respetaba la dignidad de la señorita Pumble pese a la gravedad de su delito, Cecily no pudo evitar pensar en el trágico derroche de talento y potencial que había desembocado en aquel momento devastador.

Lady Cecily, conmovida por la situación de aquella joven brillante, que había sido tan víctima de los prejuicios de su época como de la codicia de Finch, resolvió en silencio actuar en favor de Ellie.

Los presentes observaron con distintos grados de conmoción, compasión y alivio cómo sacaban a la señorita Pumble de la biblioteca, con la cabeza en alto a pesar de las esposas.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, quienes quedaron en la biblioteca permanecieron sentados en un silencio atónito, cada uno asimilando a su manera las revelaciones del día. El fuego siguió crepitando alegremente en la chimenea, aparentemente ajeno a la tragedia humana que acababa de desarrollarse al amparo de su calor.

El canónigo Bott fue el primero en hablar, con la voz apenas por encima de un susurro.

—Un potencial tan brillante, destruido por completo por la injusticia y la desesperación. No puede uno evitar sentir que la propia sociedad carga con parte de la responsabilidad por crear circunstancias en las que actos tan desesperados parecían el único recurso.

—En efecto —dijo Cecily en voz baja, recogiendo las pruebas de la mesa auxiliar con manos cuidadosas—. Aunque nunca debemos

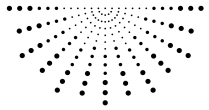
olvidar que comprender las circunstancias que empujan a alguien a actos peligrosos no es lo mismo que excusar el crimen en sí.

Percy Pettigrew, que había permanecido inusualmente callado tras su propia exoneración, por fin habló.

—Lady Ashcombe, creo que le debo a usted —y, en verdad, a todos — una profunda disculpa por mis excentricidades teatrales sobre maldiciones y manifestaciones sobrenaturales. Mi detector de fantasmas y mi charla sobre perturbaciones etéreas deben de parecer francamente ridículos a la luz de una investigación criminal tan seria.

—De ningún modo, querido señor Pettigrew —respondió Cecily con una calidez inesperada—. Su entusiasmo sincero por la historia de Little Codding, por teatral que sea su expresión, demuestra un afecto verdadero por nuestra comunidad. Quizá en el futuro podríamos encauzar ese entusiasmo hacia proyectos que celebren el patrimonio de nuestro pueblo sin recurrir a... aparatos eléctricos.

52
UN CASO COMPLEJO



Cuando la sombría mañana llegó a su fin y los diversos participantes partieron hacia sus respectivos hogares y habitaciones, Cecily se encontró a solas con Miles en el vestíbulo, el peso de la investigación por fin se alivió de sus hombros, aunque dejó tras de sí una profunda tristeza por el desperdicio de un potencial brillante y las trágicas consecuencias de tantas injusticias acumuladas.

—Un caso complejo —observó Miles en voz baja, con esa sabiduría práctica que reconfortaba después de una noche tan intensa—. Uno no puede evitar sentir simpatía por la situación de la señorita Pumble.

Afuera, la lluvia continuaba su tamborileo constante contra las ventanas, lavando el Jardín Salvaje de los secretos que había guardado durante tantas décadas. Las innovaciones eléctricas del viejo Silas Winterbottom acabarían recibiendo la atención académica que merecían, aunque en circunstancias muy distintas a las que cualquiera habría anticipado.

El roble ancestral continuaría en pie como centinela en su rincón del jardín, ya no custodiando un tesoro enterrado, sino simplemente alzándose hacia la luz con la paciente dignidad que lo había

convertido en un punto de referencia para generaciones de residentes de Little Codding.

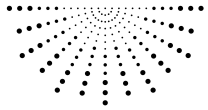
Cuando Cecily finalmente se retiró a descansar, reflexionó sobre cómo la búsqueda de conocimiento y reconocimiento podía llevar incluso a mentes brillantes a actos desesperados. El caso estaba cerrado, la justicia seguiría su curso, pero las causas profundas de aquella tragedia persistirían mucho después de que Eleanor Pumble enfrentara el juicio por sus actos y por el crimen que estos provocaron.

Los misterios del Jardín Salvaje finalmente habían sido resueltos, aunque el costo humano había sido mucho más alto de lo que nadie habría podido imaginar cuando Alistair Finch llegó por primera vez con sus grandiosas ambiciones arqueológicas y su sistemática costumbre de robar el trabajo ajeno.

Algunos tesoros, pensó Cecily mientras el sueño la reclamaba al fin, eran simplemente demasiado peligrosos para que valiera la pena buscarlos.

53

DESPUÉS DE LA TORMENTA



La mañana siguiente al arresto de Eleanor Pumble amaneció con esa claridad cristalina que suele seguir a las tormentas violentas, como si el aire mismo hubiera quedado lavado de secretos y engaños.

Cecily estaba de pie junto a la ventana de su dormitorio, observando cómo el Jardín Salvaje emergía de las dramáticas revelaciones del día anterior como un paisaje que se repone de una batalla: todavía llevaba las cicatrices de una investigación exhaustiva, pero de algún modo se veía más apacible por haber entregado al fin los misterios que había guardado durante tanto tiempo.

El viejo roble seguía inmutable bajo la luz dorada de la mañana; su tronco macizo y sus ramas extendidas conservaban la misma presencia digna que habían mantenido durante siglos. Aún se aferraban a sus hojas gotas de lluvia como diminutos prismas, captando la primera luz del sol y esparciendo arcoíris sobre la tierra húmeda de abajo. Y, sin embargo, todo lo demás parecía profundamente alterado, como si el propio jardín se hubiera transformado con la verdad, por fin revelada en voz alta después de décadas de especulaciones susurradas y disparates sobrenaturales.

Pip dormitaba satisfecho sobre la cama, con una oreja que se movía de vez en cuando al oír sonidos lejanos, mientras se recuperaba de la agitación del día anterior. Su talento para descubrir pruebas cruciales había resultado notablemente constante a lo largo de toda la investigación, aunque Cecily sospechaba que sus métodos jamás cumplirían con los métodos de la policía para revisar la escena de un crimen.

Un golpecito suave interrumpió su contemplación matutina. Era inconfundiblemente el de Elsie, cortés pero insistente.

—Adelante —llamó Cecily, apartándose de la ventana, con verdadero interés por saber cómo estaba sobrellevando la casa las secuelas de unas circunstancias tan extraordinarias.

Elsie entró con un aire apagado que claramente había reemplazado su habitual e incontenible alegría.

—Buenos días, mi lady —dijo en voz baja, dejando la bandeja del té —. Pensé que quizá agradecería desayunar en su habitación hoy, con todo el… bueno, en vista de lo sucedido. La casa está toda revuelta, si no le molesta que se lo diga.

—No me molesta en absoluto, Elsie. De hecho, agradecería mucho conocer su opinión sobre todo lo que ha pasado. —Cecily se acomodó en su confortable sillón de lectura, haciéndole señas para que se sentara con esa clase de invitación informal que reconocía la alianza investigativa entre ambas—. Siempre ha tenido un instinto excelente para juzgar el carácter de la gente. ¿Cómo está llevando todo esto la gente?

Elsie se sentó en el borde de la silla ofrecida, con una expresión que mezclaba fascinación y genuino desconcierto.

—Bueno, la señora Fotheringill ha estado murmurando sobre «la clase de personas en las que una sencillamente ya no puede confiar hoy en día» mientras reorganizaba el armario de la ropa blanca con bastante agresividad, que es su manera particular de lidiar con

circunstancias totalmente fuera de su control o comprensión —empezó Elsie—. Cook está convencida de que todo este asunto demuestra que demasiada educación vuelve peligrosas a las mujeres para la sociedad decente, y no ha dejado de persignarse cada vez que alguien menciona, aunque sea de pasada, las universidades o asuntos científicos. Esta mañana la sorprendí escondiendo sus lentes de lectura, como si evitar los libros pudiera protegerla de desarrollar tendencias asesinas.

A pesar de la gravedad de la situación, Cecily se descubrió sonriendo ante las distintas maneras en que cada uno en la casa intentaba sobrellevarla, cada una perfectamente acorde con la personalidad de quien la ponía en práctica y con sus más profundas convicciones sobre cómo debía funcionar el mundo.

—¿Y nuestros huéspedes restantes?

—Lady Connie pidió hablar con usted en privado cuando le resulte conveniente —continuó Elsie con el tono cuidadoso que reservaba para situaciones sociales potencialmente delicadas—. Aunque esta mañana parecía bastante… como otra persona, si me entiende. Como alguien que ha decidido dejar de actuar y empezar a ser sincera.

—Hay algo más, mi lady —añadió Elsie con ese tono deliberadamente casual que invariablemente anunciaba sus noticias más importantes—. Miles, es decir, el señor Penrose, ha estado preguntando por usted muy especialmente. Quería saber si le gustaría acompañarlo a dar un paseo por los terrenos de la finca más tarde esta mañana, cuando ya hubiera tenido tiempo de recuperarse de todo lo intenso que fue el día de ayer.

La sugerencia le provocó una repentina inquietud, aunque por fuera mantuvo la compostura, con esa digna contención que le había inculcado haberse criado en la vicaría.

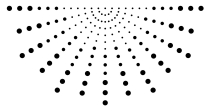
—Suena muy agradable, Elsie. Por favor, dígale al señor Penrose que aceptaré encantada su invitación para más tarde esta mañana, quizá

hacia las diez, cuando los jardines hayan tenido tiempo de secarse bien.

Cuando Elsie se retiró, visiblemente satisfecha de haber transmitido lo que sin duda consideraba un estímulo romántico disfrazado de inocente plan social, Cecily se quedó reflexionando sobre los cambios fundamentales que las revelaciones del día anterior habían traído a su comprensión de las personas que la rodeaban en Ashcombe Hall.

La brillante inteligencia de Eleanor Pumble se había visto sofocada por la injusticia sistemática y el despojo profesional. Los obstáculos que enfrentaban las mujeres instruidas en 1924 eran reales y a menudo obstáculos casi infranqueables, creando circunstancias desesperadas que podían llevar incluso a personas de principios a cruzar límites morales imperdonables.

54
UNA CONNIE ARREPENTIDA



Unos golpes a la puerta, más seguros, interrumpieron las reflexiones filosóficas de Cecily. Lady Connie entró con permiso, aunque su habitual elegancia teatral había sido reemplazada por algo cercano a una vulnerabilidad auténtica.

—Lady Ashcombe, de veras espero que me perdone esta intromisión tan temprano, pero sentí que debía hablar con usted en privado antes de… bueno, antes de que las circunstancias me obliguen a marcharme de Ashcombe Hall y dejar atrás su generosa hospitalidad.

Lady Connie tomó asiento en la silla que se le ofreció con una vacilación impropia de ella; sus manos jugueteaban con sus elegantes guantes de una manera que delataba una considerable agitación nerviosa, apenas contenida por su educación aristocrática.

—Por supuesto, lady Connie. Hable con toda la franqueza que le sea posible.

—Las revelaciones de ayer me han obligado a enfrentar algunas verdades bastante incómodas sobre mi propia conducta y mis motivaciones —comenzó lady Connie con evidente dificultad.

—La verdad es, lady Ashcombe, que mi situación financiera es mucho más… precaria de lo que cualquiera supondría al ver mi estilo de vida o mis actividades sociales. Mi difunto esposo dejó deudas considerables que me han obligado a buscar soluciones cada vez más creativas y desesperadas, y yo había albergado la esperanza, más bien descabellada, de que descubrir el legendario tesoro del viejo Silas pudiera salvarme del inminente desastre económico y de la humillación social que inevitablemente acompañaría el reconocimiento público de mis verdaderas circunstancias.

—Ya veo —respondió Cecily con suavidad, consciente de la enorme dificultad emocional que semejante sinceridad exigía de alguien cuya supervivencia social dependía por completo de mantener una apariencia impecable de prosperidad sin esfuerzo y seguridad aristocrática—. Debe de haber sido extraordinariamente difícil manejar todo eso y, al mismo tiempo, conservar la dignidad pública y la posición social.

—Más bien como caminar por la cuerda floja mientras una finge estar bailando en una fiesta en el jardín —convino lady Connie con una tristeza muy consciente de sí misma—. Pero los acontecimientos de ayer —ver hasta qué extremo la desesperación y la injusticia sistemática empujaron a la señorita Pumble, y lo que terminó haciendo— me han dejado absolutamente claro que hay soluciones que simplemente son demasiado peligrosas, por desesperadas que se vuelvan las circunstancias o por imposibles que parezcan las alternativas.

Su voz cobró una fuerza inesperada al continuar.

—He decidido abandonar por completo la búsqueda del tesoro y afrontar mis dificultades financieras por medios más convencionales y honestos, aunque eso me obligue a reconocer públicamente que mi situación es bastante menos glamurosa y segura de lo que hasta ahora he dado a entender.

—Eso me parece enormemente valiente y notablemente sensato, lady Connie.

—Me marcharé hoy, y solo quería agradecerle su hospitalidad. Su dignidad y sus modales de lady son admirables, Cecily, y me siento profundamente avergonzada por más motivos de los que podría mencionar.

—Rezaré por usted, querida Connie —dijo Cecily, y hablaba con total sinceridad.

55
EL SEÑOR PROVEE

La conversación se vio interrumpida por la llegada de Miles Penrose, aunque se detuvo con diplomacia en el umbral al reconocer que ya había una charla seria en curso; su respeto natural por la privacidad ajena era evidente. Se detuvo evaluando con cuidado si su presencia sería bienvenida o una intromisión.

—No quisiera interrumpir discusiones importantes —dijo—, pero quería confirmar nuestro paseo para más tarde esta mañana y compartir algunas noticias bastante alentadoras sobre las innovaciones del viejo Silas que quizá les interesen a todos los presentes.

—Por favor, únase a nosotros —dijo Cecily con una calidez que esperaba no resultara demasiado personal, aunque descubrió que le importaba menos la perfecta discreción social que el genuino placer que su compañía le proporcionaba siempre—. ¿Qué avances ha descubierto?

—He estado en correspondencia con ingenieros eléctricos de la Universidad de Oxford sobre la adecuada preservación y documentación académica de las innovaciones de Silas —explicó con un entusiasmo que iluminaba sus facciones, por lo general reservadas, de un modo que lo hacía notablemente apuesto—. Al

parecer, sus diseños experimentales se adelantaron de verdad décadas a su tiempo y representan un verdadero avance conceptual que todavía podría aportar mucho a la ingeniería eléctrica moderna si se estudia y desarrolla como es debido.

—Por lo visto, varios profesores están muy interesados en examinar debidamente las innovaciones, asegurándose a la vez de que todo el mérito académico recaiga sobre el genio original de Silas Winterbottom y no en intérpretes modernos ni en parásitos académicos oportunistas como Finch —continuó.

—Qué maravillosamente apropiado —observó lady Connie con genuino agrado—. Después de tantos robos y de toda la apropiación escandalosa que ha rodeado estas innovaciones durante décadas, resulta profundamente satisfactorio saber que por fin recibirán el reconocimiento académico adecuado, bajo el nombre correcto y con el contexto histórico que corresponde.

—Además —prosiguió Miles, cada vez más entusiasmado—, la universidad ha sugerido que la pericia de la señorita Pumble en ingeniería eléctrica, pese a sus actuales y desafortunadas circunstancias, revela un talento académico auténtico que la comunidad académica no debería desperdiciar ni ignorar por completo.

—Proponen que sus aportes técnicos para interpretar el trabajo de Silas se reconozcan por separado de los intentos de apropiación de Finch, aunque, desde luego, su situación legal actual impedirá cualquier aplicación práctica inmediata de ese reconocimiento o cualquier avance profesional —explicó Miles, con cuidadosa atención a las complejidades morales del asunto.

—Así que, después de todo, algo verdaderamente bueno podría surgir de estas circunstancias trágicas —observó Connie—. La brillante inteligencia de la señorita Pumble no se perderá del todo.

—Además, el valor de los diseños de Winterbottom aquí mismo, en los jardines de la mansión, es considerable —dijo Miles con

entusiasmo—, y se reunirían sumas importantes si decidiéramos permitir que la comunidad académica acceda a desenterrarlos y documentarlos.

—«Mi Dios, pues, suplirá todo lo que les falte conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús» —citó Cecily con una amplia sonrisa—. El Señor ciertamente es fiel para suplir nuestras necesidades.



Tras la partida de lady Connie, Cecily encontró a Miles esperándola en los escalones de la mansión.

—Ese paseo prometido por la finca —dijo—. La mañana está absolutamente perfecta para ello, y sospecho que a ambos nos vendría bien un poco de aire fresco y un entorno tranquilo después de lo intenso de ayer.

—Me encantaría más que nada —respondió él, poniéndose de pie con quizá más entusiasmo del que la estricta corrección aconsejaba.

Mientras se preparaban para salir, apareció Pip con la evidente intención de unirse al paseo, meneando la cola con entusiasmo decidido.

—Supongo que nuestro paseo incluirá a cierto distinguido terrier detective —observó Miles con una sonrisa divertida que suavizó su expresión habitualmente reservada, haciéndolo parecer casi encantadoramente juvenil—. Aunque, dadas sus notables contribuciones a la resolución del caso, sin duda se ha ganado el derecho a participar en cualquier celebración que se nos ocurra.

El aire de la mañana traía esa frescura nítida que hacía que hasta los paisajes familiares parecieran recién embellecidos tras las recientes tormentas emocionales, mientras la luz dorada del sol se filtraba entre los árboles antiguos que rodeaban Ashcombe Hall con una

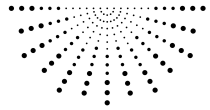
belleza etérea que hacía parecer todo tocado por la posibilidad y la esperanza de días mejores.

Mientras caminaban hacia los rosaledales, donde la luz matinal creaba las condiciones perfectas tanto para una conversación verdaderamente importante como para una compañía grata, Cecily reflexionó sobre cuánto había cambiado su vida desde que heredó Ashcombe Hall con todos sus misterios complicados, sus responsabilidades exigentes y sus oportunidades inesperadas.

El futuro se extendía ante ella con una promesa radiante, un misterio delicioso y la profunda certeza de que la mano gentil del Señor había guiado su camino en cada recodo y vuelta de su extraordinario recorrido. Lady Cecily Ashcombe había descubierto no solo su vocación, sino el contentamiento más hondo de su corazón en las circunstancias más maravillosamente improbables: rodeada de amigos queridos, bendecida con un propósito verdadero y lista para cualquier aventura futura que la vida en Little Codding quisiera depararle.

56

EPÍLOGO



Esa misma semana, Cecily contrató los servicios del abogado más competente de Londres: un caballero progresista que se especializaba en casos relacionados con lo que él llamaba «la colisión entre el avance científico y las expectativas sociales».

Afortunadamente, el proceso judicial, cuando por fin llegó, fue breve. El carácter intachable de la señorita Pumble, sumado a las pruebas de la temeraria indiferencia de Finch ante la seguridad y del trato despectivo que dio a sus legítimas preocupaciones, resultó en una condena notablemente benigna. Más importante aún, su genio para la ingeniería —durante tanto tiempo desdeñado y pasado por alto— por fin recibió el reconocimiento que merecía.

Al recobrar la libertad, Archibald Goodfellow se acercó a ella; había seguido el caso con considerable interés. Juntos emprendieron una exploración sistemática y enteramente segura del verdadero legado de Silas Winterbottom, financiada por completo por la comunidad académica. Lo que descubrieron resultó mucho más valioso que el simple oro: un método revolucionario para aprovechar la energía geotérmica que, con el tiempo, beneficiaría no solo a Little Codding, sino a innumerables comunidades más allá.

—Bastante apropiado, ¿no le parece? —comentó lady Cecily a Elsie mientras observaban a la señorita Pumble y al señor Goodfellow absortos en los meticulosos cálculos que Winterbottom había conservado—. Que la codicia de Finch terminara conduciendo, al final, al mismo reconocimiento que sus prejuicios habían querido negarle.

Elsie asintió con aprobación.

—La justicia siempre encuentra su cauce, mi lady, igual que el agua en los canales ocultos del jardín.

~

¡Gracias por elegir un libro de PureRead!

Esperamos que haya disfrutado la historia y, como forma de agradecerle por elegir PureRead, nos gustaría enviarle esta edición especial gratuita de misterio y otras divertidas recompensas para lectores…

[![Sunny Cove Sleuths](images/sunny-cover-2.jpg)](http://PureRead.com/cozy)

Haga clic aquí para descargar gratis su misterio PureRead.com/cozy

Gracias de nuevo por leer.

¡Hasta pronto!